

ME LOS
CONTARON
DE NOCHE

SALVADOR RANGEL
ABUD

ME LOS CONTARON DE NOCHE

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Existe un momento sagrado en cada noche: ese instante preciso en que la civilización se despoja de sus certezas diurnas y permite que lo imposible roce con sus dedos helados los bordes de nuestra cordura. Es entonces cuando quienes han caminado por senderos que no aparecen en mapa alguno se deciden, por fin, a compartir sus secretos más oscuros.

Me los contaron de noche es una colección de cuatro novelas cortas unidas por una misma voz narradora — un coleccionista de historias que las ha recogido en tabernas, caminos polvorientos y pueblos donde el tiempo parece detenido — y por una misma advertencia: algunas historias solo pueden contarse de noche, cuando las palabras tienen más peso que los hechos y las verdades duelen más que las mentiras.

La primera, *La asombrosa historia de Eligio Montaña y la dama de las pociones*, sigue a un hombre común que encuentra tres frascos cuyo poder transforma su vida de maneras que no supo merecer. La segunda, *Juana y sus maridos*, acompaña a una mujer cuya belleza era solo la superficie de una inteligencia que sus cuatro maridos subestimaron fatalmente. La tercera, *Lo supe cuando desperté*, desciende al interior de una mente hospitalizada que no puede distinguir entre el miedo y la lucidez. La cuarta, *El sombrero de la abuela*, advierte que ciertas herencias familiares esconden una naturaleza que solo revela cuando ya es demasiado tarde para devolver el regalo.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En esta colección el autor trabaja el registro que más deliberadamente se aleja de su formación científica: el fantástico, el gótico costumbrista y el thriller psicológico narrado desde la inestabilidad de la percepción. Y sin embargo, en la tercera novela — *Lo supe cuando desperté* — la mirada clínica sobre la experiencia del internamiento psiquiátrico impone una precisión que ningún escritor ajeno a la medicina podría sostener con igual convicción.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Me los contaron de noche

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Ficción onírica / Novela gótica costumbrista / Thriller psicológico

Extensión: ~47,175 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 4 novelas cortas (29 capítulos en total)

Ambientación: Pueblos y ciudades de tiempo indeterminado, México

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

He sido testigo de esos momentos nocturnos. Los he buscado con la obsesión de un coleccionista, los he esperado con la paciencia de un cazador, los he cosechado como quien recoge frutos venenosos en un huerto abandonado por Dios.

Estas cuatro historias no comparten personajes ni lugares, pero comparten algo más difícil de nombrar: la certeza de que lo que se desea con demasiada intensidad termina cobrando un precio que nadie leyó en letra pequeña. Eligio quiso demasiado. Juana también, aunque en dirección distinta. La voz que despertó en el hospital quiso recuperar algo que tal vez nunca estuvo del todo perdido. Y quien hereda el sombrero recibe con él una advertencia que ya llegó demasiado tarde.

Cada historia termina con la misma frase: *porque me lo contaron de noche*. Es el sello del coleccionista. Y su única garantía de que lo que leyó es verdad.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

ficción onírica · novela gótica · thriller psicológico · México · pociones · herencia maldita · internamiento psiquiátrico · novela en español · colección de relatos · fantástico · maldición · costumbrismo · lo sobrenatural · deseo y consecuencia · noche

TEMAS PRINCIPALES

Las cuatro novelas convergen en un tema que la colección explora desde ángulos distintos: el deseo como fuerza que transforma a quien lo ejerce, casi siempre en una dirección que no anticipaba.

Eligio Montaña trabaja el don como trampa — los poderes que se reciben sin haber sido merecidos terminan siendo exactamente tan costosos como lo que otorgan.

Juana y sus maridos invierte la perspectiva: aquí el poder no viene de afuera sino de adentro, y la pregunta es qué se pierde cuando se ejerce sin freno.

Lo supe cuando desperté abandona el registro fantástico para adentrarse en el horror más íntimo: la posibilidad de que la propia mente sea el territorio más peligroso.

El sombrero de la abuela cierra la colección con una advertencia que llega demasiado tarde, como todas las advertencias que importan.

CITAS DESTACADAS

"En el umbral donde se encuentran la realidad y la pesadilla, donde la memoria se convierte en profecía y el silencio habla más fuerte que los gritos, nacen las historias que nadie se atreve a contar cuando el sol aún ilumina el mundo."

"Las palabras tienen más peso que los hechos, y las verdades duelen más que las mentiras."

"Eligio Montaña sigue cabalgando. Buscando algo que perdió hace mucho tiempo. Algo que tal vez nunca tuvo realmente."

"Los objetos malditos susurran sus promesas más dulces, y las herencias familiares revelan su verdadera naturaleza."

"No lo uses. O úsalo. Pero recuerda que esta advertencia existía antes de que decidieras ignorarla."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Me los contaron de noche* un territorio narrativo cercano, con la voz propia de su autor.

Juan Rulfo (*El llano en llamas, Pedro Páramo*): el México rural como espacio donde lo sobrenatural no irrumpe desde afuera sino que ya estaba ahí, tejido en la misma trama de lo cotidiano.

Amparo Dávila: la tradición mexicana del fantástico femenino que convierte la domesticidad en territorio de horror sin necesidad de monstruos externos.

H.P. Lovecraft (en su dimensión estructural, no en su mitología): el narrador como coleccionista de historias que lo superan y que transmite con la advertencia implícita de que conocerlas ya tiene un costo.

Patricia Highsmith (*la saga Ripley*): la psicología del personaje que actúa fuera de los límites morales convencionales narrada con una frialdad que resulta más perturbadora que cualquier exceso.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta colección representa su registro más decididamente oscuro y fantástico: donde otras obras trabajan con la ciencia o la historia, *Me los contaron de noche* trabaja con lo que la ciencia y la historia no pueden explicar del todo.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Cada historia termina con la frase "porque me lo contaron de noche". ¿Qué función cumple ese sello narrativo — es una garantía de verdad, una advertencia o una manera de transferir la responsabilidad al lector?

Eligio usa las tres pociones de maneras que la Dama no aprobó. ¿Es eso una falla moral o simplemente la naturaleza humana actuando con coherencia?

Juana elimina a sus maridos con métodos que la novela describe con cierta admiración. ¿Cómo procesa el lector ese tono ante actos que deberían resultar condenables?

Lo supe cuando desperté trabaja desde la perspectiva de un narrador cuya percepción es inestable. ¿Hasta qué punto confió en él durante la lectura, y en qué momento dejó de hacerlo?

El sombrero llega con una advertencia. ¿Habría cambiado algo saberla desde el principio, o el deseo siempre encuentra la manera de ignorar lo que no quiere escuchar?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *Me los contaron de noche*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *Me los contaron de noche*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *Me los contaron de noche*. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa política, la novela coral carcelaria y —como demuestra esta entrega— la colección de novela corta gótica costumbrista. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay un pacto implícito en cada historia que se cuenta de noche: quien escucha acepta cargar con lo que escucha. No hay manera de devolver una historia una vez recibida. No hay manera de no saber lo que ya se sabe.

Las cuatro novelas de esta colección operan sobre ese pacto. Eligio lo firmó sin leer la letra chica. Juana lo firmó y supo exactamente lo que firmaba. La voz del hospital lo firmó sin recordar cuándo. Y quien recibió el sombrero lo firmó creyendo que era un regalo.

Me los contaron de noche es una advertencia sobre los pactos que se hacen en la oscuridad. Y también una invitación a hacerlos de todas formas, porque eso es, en el fondo, lo que hace la literatura: ofrecerte una historia que ya sabes que va a costarte algo, y apostar a que aceptarás el precio.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 · wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

PRÓLOGO

LA ASOMBROSA HISTORIA DE ELIGIO MONTAÑO Y LA DAMA DE LAS POCIONES

Capítulo 1: El camino y la zanja

Capítulo 2: La casa de la Dama de las Pociones

Capítulo 3: Los tres frascos lacrados

Capítulo 4: El primer uso - la Poción Roja

Capítulo 5: El segundo uso - la Poción Amarilla

Capítulo 6: El tercer uso - la Poción Negra

Epílogo

JUANA Y SUS MARIDOS

Capítulo 1: Juana, la flor indómita y Fernando

Capítulo 2: Gracián el encantador

Capítulo 3: Crispín el celoso millonario

Capítulo 4: León el psicópata ilustrado

Capítulo 5: El arte perfecto de matar

Capítulo 6: El duelo final de las mentes perversas

Capítulo 7: La justicia que llega de quien menos se espera

Epílogo: El eco de la flor venenosa

LO SUPE CUANDO DESPERTÉ

Capítulo 1: El internamiento

Capítulo 2: Los horrores de la niebla

Capítulo 3: Voces en mi mente

Capítulo 4: Un lugar para pensar

Capítulo 5: El ciclo de los pensamientos

Capítulo 6: El despertar del miedo

Capítulo 7: La luz en el pasado

Epílogo

EL SOMBRERO DE LA ABUELA

Capítulo 1: El sombrero en el desván

Capítulo 2: La primera vez

Capítulo 3: Coincidencias y rarezas

Capítulo 4: El sueño del amor perfecto

Capítulo 5: El giro en carne propia

Capítulo 6: Herencia maldita

Capítulo 7: Intentos de liberación

Epílogo: El deseo final

PRÓLOGO

En el umbral donde se encuentran la realidad y la pesadilla, donde la memoria se convierte en profecía y el silencio habla más fuerte que los gritos, nacen las historias que nadie se atreve a contar cuando el sol aún ilumina el mundo.

Existe un momento sagrado en cada noche: ese instante preciso en que la civilización se despoja de sus certezas diurnas y permite que lo imposible roce con sus dedos helados los bordes de nuestra cordura. Es entonces cuando las lenguas se liberan de sus ataduras, cuando los ojos brillan con reflejos que no provienen de ninguna llama visible, y cuando quienes han caminado por senderos que no aparecen en mapa alguno se deciden, por fin, a compartir sus secretos más oscuros.

He sido testigo de esos momentos. Los he buscado con la obsesión de un coleccionista, los he esperado con la paciencia de un cazador, los he cosechado como quien recoge frutos venenosos en un huerto abandonado por Dios. Durante años he recorrido caminos polvorientos que serpentean entre pueblos donde el tiempo parece haberse detenido hace décadas, he visitado ciudades que existen solo en los márgenes de los mapas oficiales, he pasado noches enteras en tabernas donde el vino sabe a historias no contadas y el humo del tabaco dibuja en el aire las siluetas de recuerdos que no pertenecen a ninguno de los presentes.

En cada uno de esos lugares, en cada una de esas noches cargadas de electricidad sobrenatural, alguien ha murmurado en mi oído palabras que jamás debieron pronunciarse. Relatos que llegan envueltos en el aroma del café frío y el miedo, en el temblor de una voz que ha visto demasiado, en la pausa calculada de quien sabe que ciertas verdades solo pueden revelarse a medias, como si el universo mismo hubiera establecido límites invisibles para proteger a los incautos de conocimientos que podrían destruirlos.

No todos los que me han contado estas historias estaban completamente cuerdos cuando las relataron. Tampoco todos estaban completamente locos. Algunos juraban haber vivido cada detalle de lo que narraban; otros admitían que tal vez habían soñado, pero que el sueño había sido tan vívido que las cicatrices aún le dolían al despertar. Unos pocos, los más inquietantes de

todos, simplemente sonreían cuando les preguntaba por la veracidad de sus palabras, como si la pregunta misma fuera una muestra imperdonable de mi ingenuidad.

Porque la verdad, he aprendido en mis andanzas nocturnas, es un concepto demasiado simple para abarcar la complejidad de lo que ocurre en los márgenes de nuestra percepción limitada. Hay hechos que suceden sin dejar rastro físico pero que marcan para siempre a quienes los experimentan, como heridas invisibles que nunca cicatrizan. Hay mentiras que contienen verdades más profundas que cualquier testimonio juramentado. Hay historias que se vuelven reales por el simple acto de ser contadas, como si las palabras tuvieran el poder diabólico de invocar aquello que describen.

De todas las historias que he recolectado en mis andanzas nocturnas — historias de amor imposible y venganza perfecta, de locura brillante y cordura sospechosa, de poderes que no deberían existir y de precios que jamás deberían pagarse— he seleccionado cuatro para ustedes. Cuatro relatos que me fueron susurrados en noches donde las estrellas parecían palpar como corazones ancestrales y donde el viento arrastraba ecos de épocas que el calendario oficial ha olvidado deliberadamente.

La primera es la historia de Eligio Montaña, un hombre común que se encontró con lo extraordinario en una zanja perdida junto a un camino rural, y que aprendió, demasiado tarde, que algunos regalos vienen envueltos en maldiciones milenarias que se transmiten como una enfermedad hereditaria.

La segunda habla de Juana, una mujer cuya belleza era solo la superficie de una mente laberíntica, capaz de tejer planes tan complejos que ni la muerte parecía ser obstáculo para sus designios macabros.

La tercera es el testimonio fragmentado de Matías que despertó de lo que creía un sueño, solo para descubrir que la pesadilla apenas comenzaba, y que los lazos de sangre pueden ser tanto refugio como prisión de máxima seguridad.

La cuarta y última es la herencia maldita de un sombrero olvidado en un desván, que demostró que algunos objetos pueden ser depositarios de deseos tan poderosos que trascienden la muerte de quien los concibió, convirtiéndose en parásitos sobrenaturales.

Estas historias no pretenden ser ciertas. Tampoco pretenden ser falsas. Simplemente pretenden ser contadas, porque en algún lugar de su estructura narrativa se esconde una verdad que cada lector debe descubrir por sí mismo, a riesgo de no volver a ser el mismo. Una verdad que cambia de forma según quien la mire, que se adapta a los miedos y deseos de cada alma que se atreve a internarse en sus laberintos de palabras envenenadas.

Porque al final, querido lector, todas las historias son ciertas para alguien, en algún momento, en algún lugar donde la luz de la razón no alcanza a iluminar por completo los rincones más oscuros de la experiencia humana. Y algunas de estas verdades, una vez conocidas, nos siguen para siempre.

Solo me resta advertirte: estas historias fueron concebidas para ser leídas en la intimidad de la noche, cuando el mundo cotidiano se desvanece y nuestra

mente se vuelve más receptiva a las frecuencias que emiten los relatos verdaderamente peligrosos. Léelas con una copa de vino tinto en la mano, con una vela encendida como única compañía, y prepárate para que, al terminar cada una, algo en ti haya cambiado para siempre.

Porque hay historias que no se leen: se viven. Y una vez que se han vivido, se vuelven parte de nosotros, anidándose en los rincones más oscuros de nuestra memoria como semillas esperando el momento adecuado para germinar.

Bienvenido a este territorio sin mapas, donde cada página es una encrucijada y cada línea, una decisión que no tiene vuelta atrás.

La noche te espera. Las historias también.

Y recuerda: Las historias me las contaron de noche... tal como ahora te las cuento a ti.

LA ASOMBROSA HISTORIA DE ELIGIO MONTAÑO Y LA DAMA DE LAS POCIONES

Capítulo 1

El camino y la zanja

La noche se deslizaba sobre la llanura con la precisión quirúrgica de un depredador que conoce exactamente dónde atacar. Eligio Montaña observó desde su montura cómo las sombras devoraban, una por una, las referencias familiares del camino que había recorrido cientos de veces durante el día. Primero desapareció el contorno serrado de las montañas lejanas, luego los mezquites solitarios que flanqueaban la vereda como centinelas mudos, y finalmente, en un acto de prestidigitación que la oscuridad ejecutaba cada atardecer, el sendero mismo se volvió invisible.

Su caballo resopló con inquietud, las orejas girando como antenas buscando el origen de algún peligro que solo los animales pueden percibir. Una advertencia primitiva que Eligio debería haber atendido.

A diez kilómetros de cualquier lugar con nombre en los mapas oficiales, el silencio parecía una presencia física, tangible, como si pudiera tocarse con los dedos. No era la ausencia de sonido, sino algo más perturbador: el sonido de la ausencia misma. Eligio sabía que debió haber pernoctado en el último

pueblo, en esa posada miserable pero segura donde las paredes tenían la decencia de protegerlo de la vastedad de la noche. Pero algo —quizás orgullo, quizás una prisa inexplicable que ahora no lograba recordar— le había empujado a continuar cuando la luz comenzaba a escasear como una reserva agotándose.

Un coyote aulló en la distancia, un sonido que se extendió por la llanura como una mancha de tinta sobre papel secante. Su llamada no encontró respuesta, y ese silencio posterior fue más inquietante que el aullido mismo.

Eligio ajustó el sombrero sobre su frente sudorosa. Era un gesto automático, heredado de su padre y del padre de su padre: cuando la incertidumbre amenaza, uno se asegura de que su cabeza esté bien cubierta, como si el fieltro pudiera proteger no solo del sol o la lluvia, sino también de los caprichos del destino. Palpó el machete en su cinto, otro gesto automático que le tranquilizaba desde niño, cuando su abuelo le enseñó que un hombre nunca debe estar completamente desarmado. El metal frío contra sus dedos le recordaba que no estaba indefenso. Aún no.

El caballo se detuvo sin previo aviso, con esa brusquedad que solo los animales emplean cuando sus instintos les gritan que algo está terriblemente mal. Sus orejas se movían como radares, buscando captar algún sonido imperceptible para los oídos humanos, alguna vibración que alertara sobre el peligro que se aproximaba.

—Vamos, vamos —murmuró Eligio, dando un leve golpe con los talones en los costados del animal, un gesto que había funcionado miles de veces antes—. No hay nada que temer aquí.

El caballo no se movió. Sus músculos se tensaron bajo la montura como resortes a punto de saltar.

A un metro de distancia, invisible en la oscuridad que se había vuelto sólida como una pared, aguardaba la zanja. Un accidente geográfico que no aparecía en ningún mapa, una herida abierta en la tierra que parecía haber estado esperando precisamente este momento, esta noche, este viajero específico.

Cualquier jinete experimentado habría notado los sutiles cambios en el terreno: el casi imperceptible declive, la manera en que el sonido de los cascos cambiaba al acercarse al vacío, la forma en que incluso el aire parecía comportarse de manera diferente cerca del abismo. Pero Eligio llevaba demasiadas horas cabalgando, y su mente vagaba lejos de la tierra que pisaba, perdida en pensamientos sobre la cena que le esperaba en casa, sobre la mujer que tal vez lo estaría esperando despierta, sobre los pequeños placeres cotidianos que ahora se le antojaban infinitamente preciosos.

Un paso más y el caballo cedió al instinto primitivo que había mantenido viva a su especie durante milenios. Se encabritó con un relincho que rasgó la noche como una navaja, un sonido que pareció despertar ecos que habían estado dormidos en la llanura.

Eligio sintió el mundo girar con una lentitud cinematográfica. El cielo y la tierra intercambiaron lugares en un instante de confusión absoluta, como si

las leyes de la física hubieran decidido tomarse un descanso. Su cuerpo describió un arco perfecto en el aire, una parábola que habría sido hermosa de contemplar si no hubiera estado protagonizándola, antes de estrellarse contra el suelo con un impacto que le recordó brutalmente que la gravedad no perdona errores.

El golpe expulsó el aire de sus pulmones como si fuera la última exhalación de su vida. Durante un segundo eterno, un segundo que se estiró como chicle caliente, Eligio experimentó la certeza absoluta de que iba a morir ahogado en tierra seca, una muerte absurda e inexplicable que nadie podría entender.

Cuando por fin logró inspirar, el aire entró a sus pulmones como vidrio molido. El dolor se extendió por su costado izquierdo como fuego líquido, una sensación que le resultaba familiar pero que nunca había experimentado con esta intensidad. Una costilla, tal vez dos. No rotas —eso lo sabía por instinto—, pero sí lo suficientemente maltratadas para recordarle cada error de su vida con cada respiración que intentara tomar en las próximas semanas.

Se arrastró hasta el borde de la zanja con movimientos que le parecieron propios de un animal herido. Sus manos encontraron tierra suelta, piedras pequeñas que se desmoronaban al tacto, y finalmente el vacío. Asomó la cabeza con cuidado y miró hacia abajo, esperando ver a su caballo en el fondo, tal vez herido, tal vez muerto.

Lo que vio no fue a su caballo.

Entre las sombras profundas, más densas que la noche misma, más oscuras que cualquier oscuridad que hubiera conocido, distinguió una figura diminuta. Inmóvil, casi fundida con la penumbra, pero inconfundiblemente humana. Una presencia que no debería estar allí, en ese lugar perdido, a esa hora imposible.

Eligio entrecerró los ojos, seguro de estar sufriendo alguna alucinación provocada por el golpe, por la conmoción, por el miedo que empezaba a trepar por su garganta como una enredadera venenosa.

Pero entonces, la figura se movió.

Un gemido débil ascendió desde la zanja, tan tenue que podría haber sido el viento colándose entre las rocas, tan frágil que parecía que podría romperse si alguien lo escuchaba demasiado atentamente. Pero era inequívocamente humano, inequívocamente real.

Eligio sabía lo que debía hacer, lo que cualquier hombre sensato haría en su situación: ignorarlo. En estas tierras, donde la superstición y la realidad se entrelazaban como amantes, lo sobrenatural no siempre adopta formas terroríficas que anuncian su naturaleza diabólica. A veces llega como un lamento, como una petición de ayuda, como una anciana caída en una zanja perdida. Los viajeros prudentes, aquellos que vivían lo suficiente para convertirse en ancianos, seguían su camino sin mirar atrás.

Pero Eligio Montaña nunca había sido un hombre prudente.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, su voz más firme de lo que se sentía, proyectándola hacia el abismo como si fuera una cuerda que pudiera rescatar a quien estuviera allá abajo.

El silencio respondió como una bofetada. Y luego, después de una pausa que se sintió como una eternidad, otro gemido, más débil que el anterior, como si la vida se estuviera escapando gota a gota.

Eligio sacó una cerilla del bolsillo de su camisa y la encendió, protegiéndola del viento nocturno con la mano en forma de cuenco. La pequeña llama apenas iluminaba un radio de treinta centímetros, pero fue suficiente para confirmar lo que ya sabía y lo que había esperado no ver: en el fondo de la zanja había una anciana. Su rostro, surcado de arrugas profundas como surcos en un campo abandonado, tenía esa palidez cerosa de quienes están más cerca de la muerte que de la vida, esa tonalidad que Eligio había visto solo en los velorios.

Con un suspiro que contenía toda su resignación ante el destino que se le imponía, Eligio apagó la cerilla y comenzó a descender. La pendiente era traicionera, sembrada de piedras sueltas que amenazaban con precipitarlo al fondo con cada paso, con cada movimiento mal calculado.

Mi madre siempre decía que moriría por necio, pensó mientras sus botas buscaban puntos de apoyo en la incertidumbre de la oscuridad, *y tal vez esta noche tenga razón*.

Al llegar junto a la anciana, comprobó que estaba consciente, aunque apenas. Sus ojos, dos pozos oscuros en un rostro demacrado, le miraban con una intensidad perturbadora, como si pudiera ver a través de él, como si conociera secretos que él mismo desconocía.

—Voy a sacarla de aquí —dijo Eligio, y se sorprendió al escuchar un temblor involuntario en su propia voz.

Mientras la cargaba, notó algo que le erizó la piel: la mujer pesaba menos de lo esperado, mucho menos, como si sus huesos fueran huecos como los de un pájaro, como si fuera solo una cáscara que guardara algo más ligero que la carne humana. Y su piel, a pesar del frío cortante de la noche, irradiaba un calor febril que traspasaba la ropa como si ardiera desde adentro.

El ascenso fue más difícil que el descenso, como suelen ser todas las cosas importantes en la vida. La anciana se aferraba a él con una fuerza sorprendente para alguien en su estado, una fuerza que parecía sobrenatural. Sus dedos, extrañamente largos, se clavaban en el hombro de Eligio como garras, como si temiera que él pudiera cambiar de opinión y abandonarla en la oscuridad.

Cuando finalmente alcanzaron la superficie, Eligio estaba sudando a pesar del aire frío de la noche, jadeando como si hubiera corrido kilómetros.

—¿Vive cerca, señora? ¿Hay alguien que pueda ayudarnos? —preguntó, mientras buscaba con la mirada a su caballo, que había desaparecido en la oscuridad como si la tierra se lo hubiera tragado.

La anciana se agitó entre sus brazos. Sus labios, resecos y agrietados como tierra en sequía, se movieron apenas, produciendo un sonido que era más aire que palabra.

—La casa... la casa de las raíces colgadas... —susurró con una voz que sonaba como hojas secas arrastradas por el viento, como el eco de algo que había muerto hace mucho tiempo.

Eligio frunció el ceño. No conocía ninguna casa con esa descripción en kilómetros a la redonda, y él conocía estas tierras como conocía las líneas de su propia mano.

La anciana pareció leer su confusión con una claridad que lo inquietó. Con un esfuerzo visible, como si cada movimiento le costara años de vida, alzó un brazo esquelético y señaló hacia el este, donde el bosque de mezquites se espesaba hasta convertirse en una mancha impenetrable contra el cielo nocturno.

—Allá... —murmuró, antes de que su brazo cayera como una rama muerta sobre su regazo.

Eligio titubeó. Internarse en aquel bosque de noche, cargando a una desconocida, sin su caballo, era una receta perfecta para el desastre. La prudencia dictaba buscar un refugio provisional y esperar al amanecer, cuando las cosas recuperaran su forma normal y el mundo volviera a tener sentido.

Pero algo en la mirada de la anciana —un ruego silencioso, una urgencia muda que trascendía las palabras— venció sus reservas racionales.

Con un suspiro de resignación que sonó como una despedida, Eligio ajustó el peso de la mujer en sus brazos y comenzó a caminar hacia el bosque.

No sabía que cada paso lo llevaba no solo hacia una misteriosa casa de raíces colgantes, sino hacia un destino sellado desde mucho antes de que esta noche comenzara. Un destino perfumado con hierbas maceradas, sellado con lacres misteriosos, y marcado por tres frascos cuyo contenido cambiaría su vida para siempre.

Un destino que había estado esperándolo en esa zanja, en esa noche, como una cita que había sido acordada mucho antes de su nacimiento.

Capítulo 2

La casa de la Dama de las Pociones

El bosque parecía retroceder ante ellos con una cortesía sobrenatural. Ramas que segundos antes bloqueaban el camino se apartaban inexplicablemente, como si una mano invisible las moviera desde las sombras. Eligio lo notó al tercer o cuarto incidente, cuando un mezquite particularmente nudoso —que debería haber sido un obstáculo infranqueable— pareció doblarse sobre sí mismo, creando un arco bajo el cual pasaron sin dificultad.

Era como caminar por un teatro donde alguien movía la escenografía en tiempo real.

La anciana pesaba cada vez menos en sus brazos, o quizás Eligio se había acostumbrado a la carga. Su respiración, inicialmente inaudible, ahora marcaba un ritmo constante y perturbador, como el tictac de un reloj defectuoso que cuenta tiempo que no pertenece a este mundo.

No hablaron. El único sonido era el crujir de hojas secas bajo las botas de Eligio y el ocasional ulular de un búho distante que parecía seguirlos, observándolos desde las alturas como un espía emplumado.

Después de lo que pudieron ser minutos u horas —el tiempo parecía fluir de manera distinta en ese bosque, como si estuviera regido por leyes diferentes—, Eligio percibió un cambio en el ambiente. El aire, antes seco y frío, adquirió una cualidad diferente: más espeso, cargado de olores extraños que no supo identificar pero que despertaron en él memorias ancestrales de peligro.

Y entonces la vio.

La casa parecía haber brotado del suelo como un hongo venenoso después de la lluvia, una aparición que desafiaba toda lógica arquitectónica. Una construcción baja, de adobe descolorido y techo combado, que parecía tan antigua como la tierra misma. Pero lo que la hacía inconfundible, lo que la marcaba como el lugar que buscaban, eran las numerosas raíces secas que colgaban de las vigas sobresalientes, meciéndose con una brisa imperceptible que no tocaba ninguna otra cosa.

La casa de las raíces colgadas.

La luz mortecina de un farol colocado junto a la puerta proyectaba sombras danzantes sobre los muros agrietados. En algunas de esas sombras, Eligio habría jurado que figuras antropomorfas ejecutaban una extraña danza ritual, pero cuando parpadeaba para enfocar mejor, las figuras desaparecían, dejándolo con la inquietante sensación de que había estado viendo cosas que preferían no ser vistas.

—Hemos llegado —anunció, innecesariamente, como si necesitara confirmar verbalmente una realidad que se sentía demasiado extraña para ser cierta.

La anciana movió la cabeza en un gesto afirmativo tan leve que Eligio casi lo pasó por alto.

Algo —instinto, quizás, o ese sentido primitivo que advierte sobre el peligro— le dijo que debía darse la vuelta ahora mismo. Dejar a la anciana en el umbral y regresar por donde había venido, correr si era necesario. Pero sabía, con una certeza que le helaba la sangre, que el bosque sería distinto en el camino de vuelta. Más hostil, más laberíntico, más dispuesto a tragárselo para siempre.

La puerta, una plancha de madera carcomida que parecía haber soportado siglos de intemperie, estaba entreabierta. Un rectángulo de luz amarillenta se derramaba sobre el suelo de tierra como miel espesa.

Eligio avanzó con una cautela que no habría reconocido en sí mismo horas antes. Empujó la puerta con el hombro y entró en un mundo diferente.

El interior era mucho más amplio de lo que sugería el exterior, como si el espacio hubiera sido doblado sobre sí mismo mediante algún truco

arquitectónico imposible. Una habitación grande, irregular, iluminada por velas colocadas en nichos excavados en las paredes de adobe. Del techo colgaban racimos de hierbas secas, manojos de raíces y objetos que Eligio no quiso examinar con demasiada atención: huesos pequeños, piedras de colores que parecían pulsar con luz propia, amuletos hechos con materiales irreconocibles que sugerían propósitos siniestros.

Un aroma denso saturaba el ambiente, una mezcla de incienso, hierbas maceradas y algo más antiguo, más elemental, que hablaba de rituales realizados en la oscuridad de siglos pasados. Eligio tuvo que luchar contra el impulso de cubrirse la nariz.

En el centro de la habitación había una mesa baja, de madera oscura y superficie pulida por el uso de generaciones. Sobre ella, como si hubieran estado esperando su llegada, tres pequeños frascos dispuestos en triángulo perfecto. Uno rojo como sangre fresca, uno amarillo como bilis fermentada, y uno negro como una noche sin estrellas ni esperanza. Los tres sellados con lacre del mismo color que su contenido, como si cada uno fuera una pequeña cápsula de destino concentrado.

Eligio depositó a la anciana sobre un catre ubicado en un rincón que parecía haber sido preparado específicamente para ella. Sorprendentemente, la mujer se irguió sin ayuda, como si el simple hecho de estar en su casa le hubiera devuelto fuerzas que había estado guardando para este momento. Sus ojos, antes apagados por la debilidad, ahora brillaban con una luz interior inquietante, una luminosidad que no era del todo humana.

—Me has salvado... —dijo la anciana, con una voz que ya no sonaba débil ni cascada, sino firme y clara, como si hubiera estado fingiendo la fragilidad—, y la salvación exige recompensa, aunque tú ya has pagado el precio.

Eligio retrocedió instintivamente, cada fibra de su ser gritándole que había cometido un error terrible. —No necesito recompensa, señora. Cualquiera habría hecho lo mismo.

La anciana sonrió, y en su sonrisa había algo que no pertenecía a este mundo, algo que hacía que los ángulos de su rostro se recompusieran de manera imposible. Sus dedos, largos y nudosos como raíces de mandrágora, señalaron hacia la mesa donde aguardaban los frascos.

—Acepta mi ofrenda, hijo de la tierra. No te ofrezco oro ni plata... sino poder.

Eligio siguió la dirección de su dedo y miró los tres frascos. Bajo la luz vacilante de las velas, el líquido en su interior parecía moverse con vida propia, como si cada frasco contuviera no solo una sustancia, sino una voluntad.

—Tres esencias que he perfeccionado durante toda mi existencia —continuó la anciana. Su voz adquirió un tono hipnótico, casi musical, que parecía llegar no solo a sus oídos sino directamente a su mente—. El rojo: amor sin límites ni final. El amarillo: olvido más profundo que la muerte. El negro: final silencioso para quien elijas.

Eligio sacudió la cabeza, intentando liberarse del extraño hechizo que las palabras de la anciana tejían a su alrededor como una telaraña invisible.

—No puedo aceptarlos —dijo, pero su voz sonó débil incluso a sus propios oídos, como si algo en él ya hubiera tomado la decisión contraria.

La anciana se incorporó. Parecía más alta ahora, más erguida, como si cada segundo en su entorno le devolviera una fuerza ancestral que había estado dormida. Sus ojos se habían vuelto del color exacto del ámbar, translúcidos y profundos.

—Puedes rechazarlos con palabras, pero tu destino ya está entrelazado con ellos —dijo, con una certeza implacable que no admitía discusión—. Úsalos con sabiduría... o no los uses nunca. Cada gota exige un precio que no siempre paga quien la bebe.

Antes de que Eligio pudiera responder, antes de que pudiera siquiera procesar completamente lo que acababa de escuchar, la anciana tomó los tres frascos con un movimiento sorprendentemente ágil y se los ofreció. Sus ojos, ahora completamente dorados, no admitían negativa.

Eligio extendió las manos, casi contra su voluntad, como si fueran controladas por hilos invisibles. Al tomar los frascos, una corriente eléctrica pareció recorrer sus dedos, subir por sus brazos y alojarse en algún lugar profundo de su pecho. Los frascos eran pesados, mucho más de lo que su tamaño sugería, y emanaban un calor inquietante que traspasaba el vidrio.

La anciana cerró los ojos, como si la simple acción de entregar los frascos hubiera agotado sus reservas. Cuando los abrió de nuevo, Eligio vio que habían vuelto a su color original, un marrón desvaído como tierra seca después de una sequía prolongada.

—Vete ahora —murmuró la anciana, desplomándose sobre el catre como una marioneta cuyos hilos hubieran sido cortados—. La noche se acaba y el camino es largo.

Eligio guardó los frascos en su alforja, sintiendo cómo el cuero parecía contraerse al contacto con el vidrio, como piel que reacciona ante un hierro al rojo vivo.

Al salir, notó que el cielo empezaba a clarear por el este con los primeros indicios tímidos del amanecer. ¿Tanto tiempo había pasado? Parecía imposible. Había entrado en la casa cuando la noche estaba en su apogeo más profundo.

Miró hacia atrás una última vez. La casa seguía allí, inmóvil bajo la luz creciente del amanecer. Pero algo había cambiado. Las raíces que colgaban del techo ya no se movían, y la luz del farol se había extinguido, como si el lugar hubiera vuelto a dormirse hasta la próxima víctima.

Eligio echó a andar, con la alforja golpeando rítmicamente contra su cadera. En la distancia, como una aparición benévola, divisó la silueta familiar de su caballo, pastando tranquilamente como si nunca se hubiera separado de él, como si toda la noche hubiera sido un sueño febril.

Mientras montaba, Eligio se preguntó si todo había sido una alucinación provocada por el golpe, por la conmoción, por el miedo. Pero el peso de los frascos en su alforja —un peso que parecía aumentar con cada metro que se

alejaba de la casa— le recordaba que algunas pesadillas no terminan al despertar.

Algunas apenas comienzan.

Capítulo 3

Los tres frascos lacrados

Las estrellas palidecían en un cielo que se transformaba en gris perla, como si la noche hubiera sido solo un telón que ahora se alzaba para revelar la realidad cotidiana. Eligio cabalgaba sin prisa, permitiendo que el animal estableciera su propio ritmo, consciente de que forzar el paso después de lo vivido sería una invitación al desastre. El camino que se extendía ante él parecía distinto al que había recorrido la noche anterior —más amplio, mejor definido— pero Eligio sabía que era el mismo. El mundo diurno siempre aparenta ser más simple, más comprensible, como si la luz del sol fuera un antídoto universal contra lo inexplicable.

El peso de la alforja contra su costado era una presencia constante, obsesiva. Eligio intentaba no pensar en su contenido, concentrándose en el horizonte, en el sonido hipnótico de los cascos sobre la tierra, en cualquier cosa menos los tres frascos lacrados. Pero su mente volvía a ellos una y otra vez, como lengua que busca instintivamente un diente roto, como una herida que duele más cuando uno trata de ignorarla.

No era un hombre supersticioso por naturaleza. Había crecido entre gente práctica que confiaba más en un buen rifle que en rezos o conjuros, gente que consideraba la superstición como un lujo que solo podían permitirse quienes nunca habían enfrentado problemas reales. Pero algo en aquellos frascos —en el modo en que la luz parecía doblarse alrededor de ellos, en el calor que emanaban a través del cuero de la alforja como brasas vivas— desafiaba toda explicación racional que pudiera ofrecer.

Al mediodía, cuando el sol caía a plomo sobre la llanura reseca como un martillo de fuego, Eligio divisó un mezquite solitario que ofrecía una sombra tentadora, una promesa de respiro en aquel infierno de luz blanca. Desmontó con movimientos cuidadosos, ató el caballo a una rama baja y se sentó con la espalda apoyada contra el tronco nudoso del árbol, sintiendo cómo la corteza rugosa se clavaba a través de su camisa sudada.

Durante casi una hora, se limitó a contemplar el paisaje: la tierra agrietada extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, interrumpida ocasionalmente por formaciones rocosas que parecían huesos de gigantes prehistóricos blanqueándose bajo el sol implacable. El cielo, de un azul tan intenso que casi dolía mirarlo, estaba vacío salvo por un par de zopilotes que trazaban círculos pausados y pacientes, como si supieran algo que él aún no había comprendido.

Finalmente, con un movimiento que intentó hacer parecer casual, como si estuviera simplemente reorganizando sus pertenencias, Eligio abrió la alforja.

Los tres frascos yacían en el fondo, inmóviles, inocentes en apariencia, como si fueran simples recipientes de vidrio y no portadores de misterios que podrían alterar el curso de una vida. Los extrajo uno a uno con manos que temblaban ligeramente y los colocó sobre un pañuelo extendido en el suelo, como si estuviera preparando una extraña ceremonia.

El frasco rojo capturaba la luz del sol y la transformaba, fragmentándola en destellos escarlata que bailaban sobre la tierra como gotas de sangre líquida. Su contenido, espeso como miel recién extraída del panal, se movía con una lentitud hipnótica cuando Eligio inclinaba el frasco, como si poseyera una voluntad propia que resistiera ser perturbada.

El frasco amarillo parecía absorber la luz en lugar de reflejarla, creando una zona de penumbra antinatural a su alrededor. Su contenido tenía la consistencia del aceite espeso, pero algo en él repelía la mirada, como si fuera doloroso observarlo directamente durante más de unos segundos, como si contuviera recuerdos que era mejor no despertar.

El frasco negro era el más inquietante de todos. No brillaba, no reflejaba, no absorbía. Simplemente *estaba*, como un pequeño vacío en forma de frasco, una ausencia con masa y volumen que parecía succionar no solo la luz, sino la esperanza misma del aire circundante.

Eligio extendió un dedo tembloroso y tocó el frasco rojo. El vidrio estaba caliente, como si hubiera estado expuesto al sol durante horas, aunque acababa de salir de las profundidades sombrías de la alforja. El lacre que sellaba el corcho era de un rojo tan brillante que parecía húmedo, como si acabara de ser aplicado.

¿Qué había dicho la anciana? *"El rojo: amor sin límites ni final."*

Eligio pensó en Clotilde Vega, y el pensamiento llegó con la fuerza de una revelación.

La había conocido tres veranos atrás, cuando ella llegó al pueblo con su padre viudo, como una aparición que traía consigo la promesa de cambio. La primera vez que la vio —saliendo de la iglesia una mañana de domingo, con un vestido azul claro que hacía juego con el cielo y el cabello negro recogido en una trenza simple que se balanceaba al caminar— algo se había quebrado dentro de él, algo que hasta ese momento no sabía que existía. Desde entonces, la había observado de lejos, como un astrónomo estudia una estrella inalcanzable, limitándose a saludos corteses cuando sus caminos se cruzaban en las calles polvorientas del pueblo.

Clotilde era amable con todos, pero mantenía una distancia que parecía natural, como si hubiera nacido rodeada de un círculo invisible que nadie se atrevía a cruzar. Algunos decían que había dejado un amor en su pueblo natal, una pasión que la había marcado para siempre. Otros murmuraban que había hecho votos de soltería tras la muerte prematura de su madre, prometiendo dedicar su vida al cuidado de su padre anciano. Eligio nunca había reunido el valor para averiguar la verdad, contentándose con amarla en silencio como se aman las cosas imposibles.

Con el frasco rojo en su poder, no necesitaría valor. Solo una gota y Clotilde lo amaría con la misma intensidad dolorosa con que él la amaba a ella, con esa desesperación que lo mantenía despierto por las noches.

"Úsalos con sabiduría... o no los uses nunca."

Eligio dejó el frasco rojo con cuidado y tomó el amarillo, sintiendo cómo su peso parecía cambiar en sus manos. Al mirarlo de cerca, creyó ver formas difusas moviéndose en su interior, como recuerdos atrapados en ámbar, como pesadillas que intentaran escapar de su prisión líquida.

"El amarillo: olvido más profundo que la muerte."

Su mente viajó inmediatamente a Ramiro Sosa, el cacique del pueblo, un hombre cuya sombra se extendía sobre la vida de todos como una maldición hereditaria. Hacía cinco años, Eligio había tenido la osadía de reclamarle por un terreno robado a su padre muerto, una injusticia que había permanecido sin resolver durante décadas. Desde entonces, Sosa le había hecho la vida imposible: bloqueando sus intentos de conseguir trabajo, esparciendo rumores venenosos sobre su familia, intimidando a quienes se mostraban amigables con él.

Una gota de esta poción en la bebida de Sosa y el hombre olvidaría su existencia, olvidaría el rencor que había cultivado como una planta venenosa. Tal vez incluso olvidaría cómo respirar.

Eligio dejó el frasco amarillo y tomó el negro, sintiendo inmediatamente cómo un frío antinatural se extendía por sus dedos. No era el frío natural de un objeto expuesto a baja temperatura, sino algo más fundamental: la ausencia total de calor, de vida, de existencia misma.

"El negro: final silencioso para quien elijas."

Eligio no quiso seguir ese hilo de pensamiento. La muerte siempre había sido para él un hecho natural, inevitable, no una herramienta que se pudiera empuñar a voluntad como un cuchillo. No un arma que se pudiera dirigir hacia aquellos que uno consideraba enemigos.

Devolvió los tres frascos a la alforja con movimientos precisos, casi rituales, como si estuviera guardando reliquias sagradas. Los envolvió cuidadosamente en el pañuelo antes de guardarlos, como si esa fina capa de tela pudiera contener su poder, como si pudiera protegerlo de la tentación que ya empezaba a crecer en su interior como una semilla maldita.

Cuando reanudó el viaje, el sol comenzaba su descenso hacia el oeste, tiñendo las nubes de naranja y púrpura. Las sombras se alargaban sobre la tierra, estirándose hacia el este como dedos hambrientos que buscaran algo que devorar. Eligio espoleó ligeramente al caballo, ansioso por llegar al pueblo antes del anochecer, antes de que la oscuridad trajera consigo nuevas tentaciones.

No quería pasar otra noche a la intemperie. No con esos tres frascos por única compañía, susurrándole posibilidades que era mejor no considerar.

Mientras cabalgaba, una voz interior —que sonaba sospechosamente como la de la anciana— susurraba en su mente: *"El destino no es lo que nos sucede, hijo de la tierra. El destino es lo que hacemos con lo que nos sucede."*

Eligio apretó las riendas hasta que sus nudillos se volvieron blancos. A lo lejos, las primeras luces del pueblo comenzaban a parpadear en la penumbra creciente, como estrellas caídas que esperaran su regreso, ignorantes del peligro que traía consigo.

Un peligro contenido en tres pequeños frascos que pesaban más que todo el oro del mundo.

Capítulo 4

El primer uso - la Poción Roja

Eligio regresó al pueblo con los primeros suspiros del alba, cuando la bruma se enredaba en los tejados como un velo indeciso y los gallos apenas se atrevían a anunciar el nuevo día. Las calles empedradas resonaban bajo los cascos de su caballo con un eco que parecía despertar secretos enterrados en cada piedra.

Atravesó las callejuelas bajo la mirada somnolienta de algunos perros callejeros, pero no reparó en ellos. Su mente, atrapada en una fiebre silenciosa que había comenzado durante el viaje de regreso, solo podía concentrarse en un nombre que se repetía como un mantra obsesivo: Clotilde.

La había amado desde que pudo entender qué significaba esa palabra, en secreto, como se aman las cosas imposibles: mirando de lejos su silueta recortada contra el sol del atardecer, escuchando su risa como quien escucha un eco celestial que nunca logra alcanzar. Y ahora, en su alforja, escondido entre los pliegues ordinarios de su vida cotidiana, llevaba algo que podía torcer el destino mismo, que podía convertir lo imposible en inevitable.

Pasó la mañana sumido en tareas automáticas: ensillando caballos con movimientos mecánicos, cargando agua del pozo como un autómatas, fingiendo una normalidad que se sentía tan falsa como una obra de teatro mal ensayada. Pero por dentro, era un hervidero de ansiedad apenas contenida, una olla de presión que amenazaba con explotar en cualquier momento. Cada latido de su corazón parecía acompañarse con el peso cálido del frasco rojo que llevaba junto a su pecho, como un segundo corazón que palpitara con ritmo diferente.

Al caer la tarde, cuando las mujeres regresaban del río con sus cántaros de barro y los hombres comenzaban a llenar la cantina con sus voces roncadas y sus risas amargas, Eligio al fin se decidió. El momento había llegado con la inevitabilidad de una marea.

Cruzó la plaza bajo un cielo encendido de naranjas y púrpuras, con paso firme que no sentía propio, como si fuera un actor interpretando un papel que había ensayado en secretos durante años. El aire olía a tierra mojada por el rocío vespertino y a leña recién encendida para las cenas familiares. Al llegar frente

a la casa de adobe donde vivía Clotilde con su padre, la vio, y el mundo se detuvo.

Estaba sentada bajo el portal, bordando con la serenidad de quien ignora el vértigo de la vida que se desarrolla a su alrededor. Su cabello negro, recogido en un moño sencillo que dejaba al descubierto la curva elegante de su cuello, brillaba bajo la luz dorada del atardecer. Sus ojos, serenos como el fondo de un pozo profundo, se alzaron para encontrarse con los suyos.

Eligio se detuvo a unos metros de distancia, sintiendo cómo el corazón le martillaba contra las costillas con una violencia que temía pudiera ser audible.

—Buenas tardes, Clotilde —saludó, y no reconoció su propia voz, que sonaba como si viniera de muy lejos.

Ella alzó la mirada del bordado, sonrió con esa cortesía automática que reservaba para todos los habitantes del pueblo y respondió:

—Buenas tardes, don Eligio.

Nada en su tono ni en su gesto indicaba que lo viera como algo más que parte del paisaje cotidiano, una presencia tan familiar y tan irrelevante como el poste de la esquina o el perro que dormitaba bajo el toldo de la tienda.

Eligio tragó saliva, sintiendo cómo su garganta se había vuelto tan seca como el desierto.

Recordó las palabras de la anciana, que ahora resonaban en su memoria con la claridad de una campana: *"Úsalo con cuidado... o no lo uses nunca."*

Pero ya había cruzado el umbral de la prudencia, ya había pasado el punto donde podía dar marcha atrás sin consecuencias.

Con manos temblorosas que parecían pertenecer a otra persona, deslizó el frasco rojo fuera de su alforja. El vidrio estaba tan caliente que casi quemaba al tacto, como si contuviera fuego líquido en lugar de la sustancia espesa que se movía en su interior. Fingiendo un gesto casual, como quien se dispone a beber agua de su cantimplora, destapó el lacre con un movimiento que requirió más fuerza de la esperada.

El sello se rompió con un sonido casi inaudible, como un suspiro liberado después de siglos de contención.

Una gota, espesa y resplandeciente como un rubí líquido, se desprendió del frasco y flotó en el aire durante un momento que se estiró como la eternidad. Eligio la observó, hipnotizado, mientras era atrapada por la brisa vespertina y llevada hacia donde Clotilde bordaba, invisible para ella, como un mensaje secreto enviado por los dioses.

Eligio contuvo el aliento, todo su mundo reduciéndose a ese instante, a esa gota microscópica que contenía su futuro.

Por un momento que pareció eterno, no ocurrió nada. El mundo siguió girando con su indiferencia habitual. Los niños seguían jugando en la calle, las mujeres seguían conversando en los portales, los hombres seguían dirigiéndose a la cantina con la resignación de la costumbre.

Y entonces, lo vio.

Los ojos de Clotilde —esos ojos tranquilos que habían observado el mundo con la serenidad de quien se sabe protegida por la distancia— se agrandaron como si de pronto descubrieran un secreto que había estado oculto ante sus narices durante toda su vida. Una calidez febril brotó en su mirada, reemplazando la cortesía educada por algo más primitivo, más urgente. Su bordado cayó olvidado sobre su regazo, como si hubiera perdido toda importancia.

—Eligio... —susurró, y su voz era temblorosa como la de una mujer que despierta de un largo sueño para encontrarse en un mundo diferente—. ¿Cómo no me di cuenta antes...? ¿Cómo pude vivir sin ti todos estos años?

Eligio sintió que se le deshacía el alma, pero no de felicidad. Algo estaba terriblemente mal. La transformación había sido demasiado súbita, demasiado radical. Era como ver a una persona ahogarse en tierra firme.

Clotilde, la inalcanzable, la serena, la distante, ahora le pertenecía por completo. Pero al observar sus ojos, Eligio se dio cuenta de que había obtenido exactamente lo que había pedido... y que era precisamente lo contrario de lo que había deseado realmente.

Durante los primeros días, intentó convencerse de que su felicidad era genuina. Clotilde lo seguía a todas partes como una sombra fiel y desesperada: al campo, al mercado, a la iglesia, incluso a lugares donde ninguna mujer decente debería aparecer. Cada palabra suya era recibida como un mandato divino; cada sonrisa, como una bendición que justificaba la existencia.

Pero pronto, Eligio empezó a percibir algo que le helaba la sangre: Clotilde ya no era ella misma. La mujer que había amado por su serenidad, por su independencia, por esa distancia elegante que la hacía parecer intocable, había desaparecido. En su lugar había algo más parecido a una adicta, a alguien cuya única razón de existir era la próxima dosis de su presencia.

No comía si él no estaba presente. Cuando intentaba tomar alimentos en su ausencia, vomitaba inmediatamente, como si su cuerpo rechazara cualquier sustento que no viniera acompañado de su aprobación.

No dormía si no sentía su respiración cerca. Las pocas veces que intentó pasar la noche en su propia casa, la encontró al amanecer sentada en el suelo frente a su puerta, con los ojos inyectados en sangre y temblando como una hoja.

Lo miraba con una intensidad febril que trascendía el amor para convertirse en algo más cercano a la locura, como si temiera que pudiera desvanecerse si ella parpadeaba demasiado tiempo.

Una tarde, bajo la sombra protectora de un mezquite solitario, Eligio intentó hablarle con toda la suavidad de que fue capaz:

—Clotilde... debes vivir tu vida... no puedes atarte a mí de este modo... esto no es amor, es...

Ella lo miró como si hubiera empezado a hablar en un idioma desconocido, como si las palabras que acababa de pronunciar fueran físicamente imposibles de procesar.

—¿Mi vida...? —susurró, con una voz que temblaba al borde del abismo—. Tú eres mi vida, Eligio. Si me dejas... me muero. Literalmente me muero. ¿No lo entiendes?

Eligio sintió un sudor frío correrle por la espalda, un presagio de horror que le hizo comprender la verdadera naturaleza de lo que había desatado.

No había creado amor. Había engendrado una obsesión, una criatura desesperada que lo devoraría lentamente hasta que no quedara nada de él. Una dependencia tan total que la convertía a ella en un parásito y a él en un huésped que no podría liberarse jamás.

Esa misma noche, mientras Clotilde dormía aferrada a él con una desesperación que lo asfixiaba, Eligio tomó la decisión más cobarde y más necesaria de su vida.

Huyó.

Montó su caballo bajo la luz espectral de la luna y cabalgó sin mirar atrás, el corazón latiéndole con una mezcla de alivio y terror. Solo escuchaba, detrás de sí, la voz desgarrada de Clotilde gritando su nombre en la oscuridad, como un eco maldito que prometía seguirlo hasta el fin del mundo.

Cabalgó hasta que las estrellas se disolvieron en el amanecer, hasta que el agotamiento fue más fuerte que el miedo, hasta que solo el viento le hacía compañía en la vastedad de la llanura.

Había usado el primer frasco. Había invocado un amor más fuerte que la vida... y más cruel que la muerte. Y en el fondo de su alma, mientras el sol naciente le quemaba la espalda, Eligio entendió que los otros frascos no ofrecerían redención.

Solo más caminos sin retorno, más decisiones que no podrían deshacerse jamás.

Capítulo 5

El segundo uso - la Poción Amarilla

Eligio se perdió en las montañas como un perro herido que busca morir en silencio, lejos de los ojos que podrían juzgar su agonía. Cabalgó sin rumbo fijo, atravesando cañadas tan remotas que ni el eco se atrevía a repetir los sonidos, lugares donde el silencio era tan denso que parecía tener peso físico. El recuerdo de Clotilde —su mirada febril, su voz quebrada llamándolo en la noche como una sirena desesperada— se le había adherido al alma como lodo frío que no se seca jamás, sin importar cuánto calor le dé el sol.

Cada sombra que se movía bajo los árboles, cada silbido del viento entre las rocas, cada crujido de rama seca traía consigo su imagen deformada por la desesperación. Una Clotilde fantasmal que lo perseguía no con pasos, sino con recuerdos que se habían vuelto más reales que la realidad presente.

Intentaba exorcizar su presencia trabajando de sol a sol hasta el agotamiento: recogiendo leña con una obsesión maníaca, cazando algún venado esquivo que le proporcionara carne fresca, mirando por horas el curso zigzagueante de los ríos secos como si en su lecho pedregoso pudiera encontrar respuestas a preguntas que no se atrevía a formular. Pero nada bastaba para acallar el eco de su voz, para borrar la imagen de sus ojos suplicantes.

El rostro de Clotilde se aparecía incluso en los lugares más inesperados: en el reflejo tembloroso de los charcos estancados, en la bruma que se alzaba al amanecer como dedos de muerto, en la hondura muda de los pozos abandonados por mineros que habían buscado oro y solo habían encontrado desesperanza.

Una tarde, mientras recogía ramas secas en un barranco que parecía no haber conocido vida humana en décadas, Eligio sintió que ya no podía más. El peso de la culpa, el horror de lo que había desatado, la certeza de que había destruido a la única mujer que había amado verdaderamente, todo se concentró en un punto de dolor tan agudo que lo atravesó como una lanza.

Se llevó las manos a la cabeza, apretando los dientes hasta que sus mandíbulas dolieron, y gritó al cielo vacío con una desesperación que no había sabido que poseía:

—¡Quisiera olvidarlo todo! ¡Borrar su rostro, arrancarlo de mi pecho como una espina maldita! ¡Que desaparezca de mi memoria para siempre!

El eco le devolvió su lamento multiplicado, rebotando entre las paredes rocosas del barranco como si la tierra misma se burlara de su dolor. Pero también trajo algo más: un recuerdo que se abrió paso entre su angustia como un rayo de luz envenenada.

La alforja. El frasco amarillo.

Eligio corrió hasta el viejo roble solitario donde había escondido sus pocas pertenencias, temeroso de que alguien pudiera descubrir los secretos que cargaba. Sacó la alforja con manos trémulas, como quien desentierra un objeto que debería haber permanecido sepultado para siempre.

Ahí estaba, entre los pliegues de tela que olían a sudor y a miedo: el pequeño frasco de líquido bilioso, palpitando como un corazón enfermo bajo la última luz del día. Su contenido se movía con una lentitud nauseabunda, como aceite espeso que hubiera adquirido vida propia.

Eligio lo sostuvo en la mano, sintiendo cómo el vidrio vibraba débilmente, como si el olvido mismo reclamara ser liberado de su prisión cristalina.

Durante un momento que se estiró como una hora, vaciló. La voz de la anciana resonó en su memoria con una claridad que lo perturbó: *"Cada gota tiene un precio que no siempre paga quien la bebe."*

Pero Eligio ya había pagado demasiado caro por recordar. El amor pervertido en obsesión, la belleza convertida en horror, la inocencia transformada en dependencia enfermiza. Sin pensarlo más, arrancó el lacre amarillo que sellaba el frasco. Un vaho agrio emergió inmediatamente, impregnando el aire con un hedor ácido que hizo lagrimear sus ojos y le provocó arcadas.

Era un olor que hablaba de cosas que habían sido olvidadas por buenas razones, de recuerdos que era mejor enterrar en lo más profundo de la mente.

Eligio llevó el frasco a sus labios y aspiró una bocanada profunda del vapor que se alzaba de su interior como el aliento de una tumba recién abierta.

El efecto fue instantáneo y brutal. Un frío glacial se deslizó por sus venas como mercurio helado, como si la muerte misma le recorriera el cuerpo desde dentro, congelando cada fibra, cada terminación nerviosa. Eligio cayó de rodillas, jadeando como un pez fuera del agua, mientras el mundo a su alrededor se disolvía en una niebla espesa y sin forma, como si la realidad misma hubiera decidido desintegrarse.

No supo cuánto tiempo permaneció así, suspendido en un limbo donde el tiempo no tenía significado. Cuando finalmente volvió en sí, estaba tendido sobre la tierra dura del barranco, con la boca seca como pergamino y las manos entumecidas por el frío que parecía emanar de sus propios huesos. Se incorporó trabajosamente, sintiendo cómo cada movimiento requería un esfuerzo consciente, como si hubiera olvidado los automatismos básicos de la existencia.

Algo dentro de él había cambiado, algo fundamental había sido alterado. Buscó en su mente el rostro que lo había atormentado durante semanas... y halló un vacío limpio, como una habitación recién barrida donde no queda ni rastro de polvo. El nombre de Clotilde no le decía nada, era solo una combinación de sonidos sin significado. Su rostro, su risa, su lamento desesperado... todo había sido arrancado de raíz, extraído con la precisión quirúrgica de un tumor que amenazaba con extenderse.

Eligio sonrió, y por primera vez en semanas, la sonrisa no le dolió. Estaba libre. Libre del amor, libre de la culpa, libre del recuerdo que lo había estado devorando desde adentro como un cáncer del alma.

Montó su caballo y puso rumbo al pueblo, con una ligereza nueva en los huesos, como si hubiera dejado atrás un lastre invisible que había estado arrastrando sin darse cuenta. El aire le parecía más puro, el cielo más azul, el mundo entero más simple y comprensible.

El sol se deshacía en un poniente de sangre cuando Eligio llegó a las primeras calles polvorientas del pueblo que había abandonado como un fugitivo. Todo parecía igual: las casas de adobe resquebrajadas por el tiempo, los portales sombríos donde se acumulaban las conversaciones vespertinas, los olores familiares de pan recalentado y estiércol seco que definían la vida cotidiana.

Pero cuando los rostros conocidos giraron hacia él al pasar, notó algo diferente en sus miradas. Un recelo denso, una sombra de temor apenas disimulada que no había estado allí antes. Era como si pudieran oler en él algo que había cambiado, algo que los ponía nerviosos sin que pudieran explicar exactamente qué era.

Eligio descendió del caballo y se acercó a un grupo de hombres que murmuraban bajo el portal de la cantina, sus voces bajando automáticamente cuando lo vieron aproximarse.

—Buenas tardes, compadres —saludó, genuinamente animado por primera vez en mucho tiempo.

Los hombres callaron de golpe, como si hubieran estado hablando de él y hubieran sido sorprendidos en flagrante delito de chisme.

Uno de ellos, un viejo de barba hirsuta y ojos que habían visto demasiado, lo miró con una mezcla extraña de horror y compasión, como se mira a alguien que ha sufrido una pérdida terrible pero no se ha dado cuenta todavía.

—Eligio... —murmuró con voz ronca—. ¿Qué haces aquí?

Eligio rio, una risa genuina que sonó extrañamente hueca en el aire vespertino.

—¿Cómo que qué hago? Vine a saludar, a ver a la gente... A retomar mi vida normal.

Los hombres se miraron entre sí con esa comunicación silenciosa que desarrollan quienes han compartido demasiados secretos. Finalmente, el viejo escupió al suelo con disgusto y dijo en voz baja, como si las palabras le quemaran la garganta:

—Clotilde murió, Eligio.

Eligio parpadeó, confuso, como si acabara de escuchar una palabra en un idioma completamente extranjero.

—¿Clotilde...? —repitió, masticando el nombre como si fuera la primera vez que lo pronunciaba—. No sé de quién hablan.

—Hace dos semanas —continuó el viejo, su voz cargada de una gravedad que parecía venir de muy hondo—. Se arrojó al pozo del molino... Gritando tu nombre hasta el último momento. Dicen que se golpeó la cabeza contra las piedras del fondo hasta que el agua se tiñó de rojo.

El silencio cayó sobre ellos como una sábana pesada y asfixiante. Eligio los miraba sin comprender, como si estuvieran describiendo los eventos de una película que nunca hubiera visto.

Clotilde... Pozo... Muerte... Las palabras rebotaban en su mente sin encontrar eco, como piedras lanzadas contra un muro completamente liso. No había dolor, no había reconocimiento, no había nada excepto una curiosidad vaga, como la que se siente ante una anécdota que no nos concierne.

—¿Clotilde...? —balbuceó Eligio, con sinceridad absoluta—. No sé de quién hablan. ¿Era alguien importante?

El viejo retrocedió como si Eligio hubiera pronunciado una blasfemia imperdonable. Sus ojos se llenaron de una mezcla de incredulidad y asco que lo hizo parecer más viejo de lo que ya era.

Y entonces, el rumor se desató como un incendio alimentado por viento seco: Eligio Montaña, el hombre que había provocado la muerte de una muchacha inocente... y que ahora no recordaba ni su existencia. Un monstruo que había borrado de su memoria el rostro de su víctima, como si nunca hubiera importado, como si fuera solo un obstáculo menor en el camino de su vida.

Aquella misma noche, fue expulsado del pueblo. No hubo juicio, ni defensa, ni explicaciones. Solo manos que lo empujaron hacia las afueras, voces que le gritaron maldiciones, piedras que silbaron cerca de su cabeza como advertencias de lo que podría venir si se atrevía a regresar.

Eligio cabalgó bajo un cielo de ceniza, acompañado solo por el golpeteo sordo de su alforja contra el costado del caballo. La alforja donde dormía el tercer frasco, el último, más pesado que nunca, como si hubiera absorbido el peso de todos los errores anteriores.

Había querido olvidar, y había conseguido algo infinitamente peor: un hueco donde antes palpitaba su alma, un vacío que lo protegía del dolor pero también de todo lo que hace que la vida valga la pena.

Eligio comprendió, aunque ya no podía llorar por ello, que el olvido también cobra su precio.

Y a veces, ese precio es más alto que cualquier recuerdo, por doloroso que sea.

Capítulo 6

El tercer uso - la Poción Negra

Eligio cabalgaba como un espectro arrastrado por vientos que solo él podía sentir. No sabía si era de día o de noche, si el camino bajo los cascos de su caballo era real o un hilo de polvo tejido por su propia condena. El mundo a su alrededor —los árboles retorcidos como manos suplicantes, los cerros calcinados por sequías eternas, los arroyos que agonizaban bajo el sol inclemente— parecía desmoronarse junto con él, como si la realidad misma hubiera decidido acompañarlo en su descenso hacia la nada.

En su costado, golpeando como un péndulo maldito con cada paso del caballo, la alforja seguía pesando más de lo que sus fuerzas podían soportar. Dentro, el último frasco esperaba con la paciencia de lo inevitable, como una cita que había sido acordada antes del nacimiento del tiempo.

El frasco negro. La promesa de un final.

Cada noche, junto a fuegos pequeños que apenas vencían la negrura circundante, Eligio sacaba el frasco y lo contemplaba largamente. El vidrio oscuro parecía absorber toda la luz, todo el calor, todo vestigio de esperanza que pudiera quedar en el mundo. Era como mirar al corazón mismo de un abismo que miraba de vuelta, reconociéndolo como suyo.

Había pensado en abrirlo cientos de veces. Pero cada vez, algo —un resto de instinto de supervivencia, de temor ancestral, o simplemente de necia terquedad— le cerraba la mano en el último momento. Hasta que ya no quedó nada que lo detuviera. Ni instinto, ni temor, ni terquedad. Solo el vacío que había crecido dentro de él como un tumor del alma.

Una tarde que se sintió como el final de todas las tardes posibles, llegó a un caserío olvidado de Dios y de los mapas. Unas pocas casas de adobe vencido por el tiempo, una taberna desierta con ventanas ciegas, una capilla sin campanas que había perdido hasta el eco de las oraciones. Los pocos

pobladores que aún resistían allí lo miraron pasar con el recelo que se reserva para los muertos que caminan, como si pudieran oler en él la proximidad de algo definitivo.

Eligio pidió alojamiento en la taberna. Le dieron una habitación desnuda, de paredes agrietadas que susurraban secretos en idiomas muertos, con un catre cojo y un ventanuco sin vidrio que daba a la nada. Era perfecto para lo que tenía planeado. Un lugar para terminar lo que había comenzado en aquella zanja perdida, hace una eternidad que se medía en vidas arruinadas.

Aquella noche no encendió fuego. No quería luz. No quería testigos de lo que estaba a punto de hacer.

Se sentó en el suelo de tierra, frente a la alforja abierta como una herida que nunca había cicatrizado, y sacó el frasco negro. La cera que sellaba el corcho parecía haberse agrietado sola, como si el frasco hubiera estado esperando este momento desde su creación. Eligio acarició el vidrio frío, tan frío que parecía quemar sus dedos con una temperatura que trascendía lo físico.

Luego, con una calma sobrehumana que lo sorprendió a él mismo, rompió el lacre y retiró el tapón.

Un olor indescriptible invadió la habitación, llenando el aire con una presencia que no era exactamente aroma. No era hedor de podredumbre ni fragancia de hierbas. Era algo más primitivo, algo que hablaba de silencio eterno, de desapariciones sin huella, de noches que nunca encontrarían su amanecer. Un olor que existía antes del primer suspiro y que permanecería después del último.

Eligio acercó el frasco a sus labios sin dudarlo, sin una última mirada al mundo que estaba a punto de abandonar. Bebió una sola gota. El líquido era más denso que el aceite, más amargo que la ceniza de todos los sueños quemados.

Durante un instante, no pasó nada. Eligio pensó, con una chispa final de ironía que lo sorprendió, que tal vez había sido engañado después de todo. Que moriría igual que todos: solo, sucio, olvidado, pero de manera ordinaria y predecible.

Pero entonces sintió el cambio.

Un temblor sutil en las entrañas, como si algo fundamental se hubiera desalineado en la arquitectura de su existencia. Un crujido silencioso en el alma, como el sonido que hace una casa cuando sus cimientos se desplazan imperceptiblemente.

La habitación comenzó a girar, lentamente al principio, luego con una velocidad que desafiaba las leyes de la física. Eligio cayó de rodillas sobre la tierra dura. El corazón le latía con un ritmo nuevo, irregular, como tambor lejano de una tribu que danzara bajo estrellas que habían muerto hace milenios.

La tierra temblaba bajo sus manos, o quizás era él quien temblaba con tal violencia que el mundo entero parecía vibrar en respuesta.

Su respiración se volvió un jadeo doloroso, como si el aire mismo se negara a entrar en sus pulmones, como si la atmósfera hubiera decidido rechazarlo. Y entonces llegaron los recuerdos.

Fragmentados. Erráticos. Como vidrios rotos reflejando escenas distorsionadas de una vida que ya no le pertenecía completamente.

La zanja... La anciana... Los frascos... Clotilde...

Clotilde.

Su rostro apareció en su mente, no como la había amado, sino como la había dejado: desesperada, obsesionada, destruida por un amor que no era amor sino posesión. Y luego, la imagen que no había podido formar antes: Clotilde en el fondo del pozo, con los ojos abiertos en un reproche mudo que lo seguiría por toda la eternidad.

Eligio quiso gritar, pero descubrió que no tenía voz. El sonido fue tragado por la oscuridad que crecía dentro de él como una flor negra, expandiéndose para llenar cada espacio, cada recuerdo, cada partícula de lo que una vez había sido Eligio Montaña.

Y entonces comprendió la verdadera naturaleza de la Poción Negra.

No ofrecía una muerte rápida ni piadosa. No prometía el descanso del sueño eterno ni la paz del olvido. Ofrecía algo infinitamente peor: un exilio de la existencia misma.

Eligio no moriría. No sería enterrado, ni llorado, ni siquiera recordado con odio. Sería borrado.

Un espíritu sin cuerpo, un nombre sin eco, un hombre reducido a un susurro arrastrado por los barrancos del tiempo. Afuera, el viento comenzaba a soplar con una furia que parecía personal, ululando entre los tejados como un lamento que venía de muy lejos, como si la naturaleza misma llorara por algo que estaba a punto de perderse para siempre.

Eligio sintió que su cuerpo se disolvía, primero las manos que se volvían transparentes, luego los pies que perdían su solidez, luego la voz que se fragmentaba en ecos sin origen, hasta ser solo un latido sordo en el vacío, un pensamiento sin pensador, una memoria sin dueño.

Nadie lo encontraría. Nadie preguntaría por él. Para el mundo de los vivos, Eligio Montaña había dejado de existir no solo en el presente, sino en el pasado, como si nunca hubiera nacido, como si fuera solo el recuerdo confuso de un sueño olvidado al despertar.

Pero en las noches más oscuras, cuando el viento sopla con furia entre los mezquites secos y las estrellas se ocultan detrás de nubes que parecen tejidas con dolor, algunos dicen que aún puede oírse, muy lejos, el golpeteo fantasmal de un caballo que no existe.

Y si uno afina bien el oído, si tiene el valor de escuchar en la oscuridad absoluta, puede distinguir un susurro casi perdido, más débil que el aliento de un moribundo:

—Clotilde...

El nombre de su amor. Su condena. Su eternidad.

Epílogo

La taberna del caserío olvidado cerró sus puertas tres días después. Nadie supo explicar por qué. El dueño simplemente empacó sus cosas y se marchó, murmurando algo sobre habitaciones que olían a muerte aunque nadie hubiera muerto en ellas.

La habitación donde se alojó el último huésped —un hombre de nombre que nadie logró recordar con claridad— permaneció cerrada. Cuando alguien intentaba abrirla, la cerradura se negaba a ceder, como si hubiera sido sellada desde adentro por una voluntad que trascendía lo mecánico.

Pero algunas noches, los pocos habitantes que quedaban en el caserío juraban escuchar sonidos provenientes de esa habitación: el arrastrar de pies sobre tierra, murmullos en un idioma que sonaba familiar pero que ningún oído humano podía descifrar completamente.

La alforja apareció años después, en el mismo lugar donde había comenzado todo: junto a la zanja perdida en el camino rural. Estaba vacía, pero su cuero conservaba el aroma de hierbas maceradas y secretos antiguos. Un viajero la encontró y la llevó al pueblo más cercano, donde la vendió a un comerciante de antigüedades.

Dicen que la anciana de la casa de las raíces colgadas sonrió cuando se enteró.

Porque algunas historias no terminan nunca. Simplemente esperan al siguiente protagonista, al siguiente corazón que tenga deseos lo suficientemente desesperados como para aceptar cualquier precio por cumplirlos.

Y en algún lugar, en el espacio que existe entre la realidad y el olvido, entre la vida y la muerte, entre el deseo y la satisfacción, Eligio Montaña sigue cabalgando.

Buscando algo que perdió hace mucho tiempo.

Algo que tal vez nunca tuvo realmente.

Algo que, quizás, era mejor no haber deseado jamás.

Porque me lo contaron de noche... cuando las palabras tienen más peso que los hechos, y las verdades duelen más que las mentiras.

JUANA Y SUS MARIDOS

Capítulo 1

Juana, la flor indómita y Fernando

En Santa Amalia —ese puñado de casas polvorientas dispersas entre cerros resecos y caminos que parecían deshilacharse bajo el sol implacable— las mujeres eran apenas un murmullo bajo el viento. Nacían, trabajaban, parían y morían sin levantar la voz más allá del susurro necesario, cargando nombres que otros les habían dado y sueños que otros les habían dictado desde la cuna hasta la tumba.

Pero Juana no.

Desde niña, Juana caminaba como quien sabe que la tierra le pertenece, aunque aún no la haya conquistado completamente. Era una presencia que se sentía antes de verse, como esos vientos que anuncian tormenta mucho antes de que aparezca la primera nube. Tenía un cabello negro como el fondo de un pozo sin luna, y unos ojos verdes y rasgados que no pedían permiso para nada: simplemente tomaban lo que querían, examinaban lo que necesitaban, y desechaban lo que consideraban inútil.

Cuando los hombres hablaban —y en Santa Amalia los hombres hablaban mucho, especialmente cuando creían que las mujeres no los escuchaban— ella no bajaba la mirada ni apretaba el mandil entre las manos como hacían las demás. Los miraba de frente, con la quietud implacable de una tormenta que aún no estalla pero que ya ha decidido cuándo y dónde descargar su furia.

Su belleza era evidente para cualquiera que tuviera ojos: una flor extraña brotada en tierra yerma, con pétalos que prometían tanto placer como peligro. Pero era su carácter —ese fuego sereno y contenido que ardía detrás de sus ojos como una llama que nunca parpadeaba— el que descolocaba a todos. A los dieciocho años, Juana ya había hecho lo impensable en un lugar como Santa Amalia: se había ganado un lugar propio en un mundo donde las mujeres sabían que respirar demasiado hondo era, a veces, una provocación que podía costar cara.

Algunos la respetaban con el tipo de reverencia que se reserva para las fuerzas naturales. Otros la temían con esa clase de miedo primitivo que despierta lo que no se puede controlar ni entender completamente. Pero

todos, en el secreto más profundo de sus corazones, la deseaban con una intensidad que los perturbaba y los hacía sentir pequeños.

Juana conocía el poder que tenía sobre los demás como se conoce un cuchillo bien afilado: no por vanidad, sino por instinto puro de supervivencia. Y lo empuñaba con la sabiduría de quien ha visto caer a muchos antes que ella, de quien ha aprendido que en este mundo hay dos tipos de personas: las que devoran y las que son devoradas.

Se mantenía al margen de las intrigas cotidianas del pueblo, siempre observando, siempre calculando, como una felina que espera el momento preciso para saltar sobre su presa. Sus movimientos eran económicos, precisos, nunca desperdiciaba energía en gestos innecesarios o palabras que no sirvieran a un propósito específico.

Hasta que llegó Fernando. El primero de sus maridos, aunque entonces nadie sabía que sería el primero de una serie que terminaría teñida de sangre y misterio.

Fernando Malbrán era el tipo de hombre que los pueblos como Santa Amalia producen con frecuencia deplorable: sonrisa fácil que prometía todo y no entregaba nada, promesas tan dulces como el piloncillo pero igual de pegajosas y empalagosas, y un brillo de truhan en los ojos que las muchachas confundían con valentía y los hombres reconocían como la marca de quien nunca había enfrentado verdaderas consecuencias.

Trabajaba en el molino, donde el sudor y el polvo de grano le daban una apariencia de honestidad laboriosa, y su estampa, curtida por el sol del trabajo al aire libre y adornada con historias de bravura que cambiaban de detalles cada vez que las contaba, lo hacía irresistible para cualquier mujer que no hubiera aprendido aún a distinguir entre la apariencia y la sustancia.

Incluso para Juana, que hasta entonces había desestimado a todos los pretendientes como lo que eran: niños jugando a ser hombres en un mundo que requería de verdaderos depredadores para sobrevivir.

Fernando no tardó en rondarla, apareciendo en los lugares donde ella solía estar con una casualidad demasiado perfecta para ser accidental. Llevaba flores robadas de huertos ajenos —como si el origen clandestino de los regalos fuera parte de su encanto—, improvisaba versos torpes que recitaba a media voz bajo su ventana durante las noches más tranquilas, cuando el pueblo se sumía en ese silencio espeso que precede a los sueños.

Prometía mares en medio de aquel desierto de polvo y resignación. Hablaba de ciudades lejanas donde había estado, de fortunas que había visto hacer y deshacer, de aventuras que sonaban sacadas de las novelas que llegaban ocasionalmente en las alforjas de los comerciantes ambulantes.

Y Juana, que hasta entonces había desoído todas las canciones, que había respondido a todas las serenatas con el silencio glacial de quien no puede ser comprada con palabras bonitas, por primera vez en su vida, escuchó.

No era amor lo que sentía. Juana sabía reconocer el amor porque había visto sus efectos devastadores en otras mujeres del pueblo: esa pérdida de juicio,

esa entrega ciega que convertía a seres pensantes en sombras de sí mismas. Lo que sentía era algo más calculado, más interesante: curiosidad.

Fernando era diferente a los demás hombres de Santa Amalia. No mejor, necesariamente, pero sí diferente. Y en un lugar donde la diferencia era tan escasa como el agua en época de sequía, incluso una variación mínima podía resultar fascinante.

Se casaron una tarde de septiembre, cuando el aire olía a tierra revuelta por las primeras lluvias tímidas y a fruta madura que se pudría en los árboles porque nadie tenía tiempo de cosecharla. La iglesia, pobre y oscura como el futuro que les esperaba, se iluminó con velas temblorosas que proyectaban sombras danzantes sobre los muros desconchados, y los listones descoloridos ondeaban en la plaza como fantasmas alegres que celebraran algo que no comprendían completamente.

El pueblo entero murmuró durante la ceremonia, asombrado por un acontecimiento que nadie había visto venir: *"La fiera se ha rendido"*, decían entre dientes, como si presenciaran la domesticación de un animal salvaje.

Pero se equivocaban de manera fundamental y peligrosa. Las fieras no se rinden. Solo observan, solo esperan, solo eligen el momento adecuado para recordarle al mundo por qué fueron temidas en primer lugar.

Durante un tiempo que se sintió como una tregua en una guerra que nadie había declarado oficialmente, todo pareció ir bien. Fernando llegaba a casa al atardecer oliendo a sudor honesto y a campo abierto, a trabajo duro y a pequeñas satisfacciones cotidianas. Juana tejía en el patio, cultivaba flores en latas viejas que había rescatado de la basura, reía con esa risa breve y seca que nunca regalaba a cualquiera y que sonaba como el primer crujido de la madera antes de que el fuego la devore completamente.

Preparaba comidas que llenaban la casa de aromas que hablaban de hogar, de estabilidad, de un futuro que se podía tocar con las manos. Por las noches, cuando el calor del día se retiraba y dejaba espacio para la brisa, se sentaban en el portal a ver pasar las estrellas y a planear un mañana que parecía tan sólido como las piedras sobre las que estaba construida su casa.

Pero no tardaron en aparecer las primeras grietas, pequeñas al principio, casi imperceptibles, como esas fisuras que aparecen en las paredes después de un temblor menor y que solo los ojos entrenados saben reconocer como el preludio de un derrumbe mayor.

Fernando, que sabía encantar en la plaza con su labia fácil y sus historias siempre cambiantes, también sabía perderse en la cantina con una dedicación que rayaba en lo artístico. La bebida se les trepaba a los huesos como una hiedra venenosa, lenta pero implacable. Las monedas desaparecían de los bolsillos con la misma facilidad con que aparecían las excusas, siempre creativas, siempre plausibles, siempre insuficientes.

Los rumores crecían como moho en los corredores del pueblo: mujeres de faldas ligeras y moral más ligera aún, promesas nuevas susurradas a cada noche en oídos diferentes, viejas deudas de honor que aparecían como fantasmas del pasado para reclamar su parte del presente.

Juana no hizo escándalos. No rompió platos ni lanzó gritos a la madrugada como hacían otras mujeres del pueblo cuando descubrían las infidelidades de sus maridos. No lloró en público ni buscó la compasión de las vecinas ni pidió consejo al cura.

Observó. Aprendió. Esperó.

Y cuando llegó el momento, cuando todas las piezas estuvieron en su lugar y todas las variables fueron calculadas, actuó con la precisión de un cirujano y la frialdad de un verdugo.

La noche en que Fernando no volvió a casa, la gente pensó que se había fugado en brazos de alguna de sus amantes ocasionales, o que había perdido el conocimiento en alguna vereda después de una noche de excesos particularmente memorables.

Juana lloró discretamente en misa y recibió las condolencias con una dignidad serena que arrancaba suspiros de admiración. Vistió luto como quien viste una armadura, con la solemnidad de quien conoce el peso de las responsabilidades que conlleva la viudez en un lugar como Santa Amalia.

El cuerpo de Fernando nunca fue encontrado, a pesar de las búsquedas que se organizaron y de las promesas de recompensa que se ofrecieron. Unos dijeron que el río, embravecido por las lluvias tempranas de ese año, lo había reclamado como pago por alguna deuda antigua con las aguas. Otros murmuraron que se había marchado a la capital a probar fortuna y nunca volvió, como hacían tantos hombres cuando el peso de las responsabilidades se volvía demasiado pesado para sus hombros.

Juana ni negó ni afirmó ninguna de las teorías. Solo sonreía con los labios cerrados y la mirada alta, como quien conoce la verdad pero considera que los demás no están preparados para escucharla.

La vida siguió en Santa Amalia con esa terquedad que caracteriza a los pueblos pequeños, donde cada día es igual al anterior y al siguiente, donde el tiempo se mide en estaciones y en nacimientos y en muertes más que en horas o en minutos.

Pero ya nadie se atrevía a cruzar a la ligera la mirada de Juana. La flor indómita había probado la sangre, había descubierto el sabor del poder absoluto, había aprendido que bajo ciertas circunstancias muy específicas, vivir también podía ser un arte de guerra.

Y como todos los artistas verdaderos, estaba ansiosa por perfeccionar su técnica.

Capítulo 2

Gracián el encantador

El luto le sentaba a Juana como un vestido hecho a la medida por el sastre más hábil del mundo. Los tonos negros, lejos de opacar su belleza, la realzaban con una intensidad que resultaba casi perturbadora. Era como si la muerte hubiera sido diseñada específicamente para servirle como marco,

para convertirla en una obra de arte que solo podía ser contemplada con una mezcla de admiración y terror.

Sus vestidos negros, sencillos pero impecables, transformaban cada aparición pública en un evento cinematográfico. Caminaba por las calles polvorientas de Santa Amalia con la serenidad de quien lleva en las manos un secreto que nadie osa tocar, un conocimiento que la elevaba por encima de las miserias cotidianas que consumían al resto de los mortales.

Y como siempre sucede en los lugares donde la belleza se mezcla con la tragedia —esa combinación irresistible que despierta los instintos más primitivos del ser humano—, no faltaron pretendientes. Hombres que se acercaban como polillas a una llama, atraídos por esa luminosidad peligrosa que emanaba de ella, sin comprender completamente que algunas luces no están hechas para dar calor, sino para consumir todo lo que se acerca demasiado.

Pero Juana no se apresuró. Había aprendido, en esos meses de viudez que habían sido como un curso intensivo de observación humana, que en Santa Amalia la prisa era prima hermana de la desgracia. Los errores se pagaban caro en un lugar donde todos conocían los secretos de todos, donde cada decisión equivocada se convertía en material de conversación para las próximas décadas.

Fue así como llegó Don Gracián Valdemar, como una aparición salida de un sueño que alguien hubiera tenido después de leer demasiadas novelas románticas. No era un hombre común y corriente como Fernando, con sus virtudes evidentes y sus defectos igual de visibles. Gracián era algo diferente: un seductor profesional, un especialista en el arte de hacer que las mujeres se sintieran únicas y especiales, aunque solo fuera por el tiempo que durara su interés.

Alto, de porte elegante que había pulido en ciudades más sofisticadas que Santa Amalia, vestía siempre con un cuidado que rayaba en lo obsesivo. Su bigote estaba recortado con precisión milimétrica, su cabello peinado hacia atrás con una pomada que olía a bergamota y promesas falsas. Tenía esa clase de sonrisa que había sido diseñada específicamente para desarmar defensas femeninas, y la usaba con la frecuencia y la precisión de un arma bien calibrada.

Gracián no cortejaba como los demás hombres del pueblo, con torpeza honesta y expectativas modestas. Él seducía con la metodología de quien había convertido la conquista en una ciencia exacta. Conocía el momento preciso para aparecerse con flores, el tono exacto de voz para susurrar cumplidos, la distancia justa para mantener el interés sin parecer desesperado.

Ofrecía una casa más grande que la que había compartido con Fernando, una construcción de dos plantas con balcones de hierro forjado que había pertenecido a su familia durante generaciones. Prometía vestidos traídos de la capital, confeccionados por costureras que sabían crear milagros con seda y encaje. Hablaba de joyas que relucían bajo el polvo viejo de las ferias

patronales, de viajes a ciudades donde las mujeres como ella eran apreciadas como correspondía.

Todo envuelto en promesas de estabilidad y respeto, en garantías de que nunca tendría que preocuparse por dinero o por su posición social, en seguridades que sonaban sólidas como roca pero que, Juana lo intuía, podrían evaporarse tan rápidamente como habían aparecido.

Juana aceptó la propuesta después de un cortejo que duró exactamente el tiempo necesario para que pareciera apropiado pero no excesivo. No por ambición, aunque los bienes materiales que Gracián ofrecía no eran despreciables. No por amor, porque ya había aprendido que el amor era un lujo que las mujeres como ella no podían permitirse sin consecuencias devastadoras.

Lo aceptó porque entendía, con esa claridad que solo otorga la experiencia de haber matado una vez, que en un mundo de hombres armados de codicia y poder, un techo firme y un apellido respetado podían ser armas más eficaces que cualquier daga o veneno.

La boda fue más elegante que la primera, aunque igualmente sobria en sus manifestaciones externas. Pocos testigos, pero de mejor clase social. Pocas palabras, pero más cuidadosamente elegidas. Juana, vestida de encaje negro que la hacía parecer más una viuda perpetua que una novia, caminó hacia el altar con pasos medidos que resonaban en la iglesia como golpes de martillo sobre un ataúd.

Se mudó a la casona de los Valdemar, un edificio imponente y silencioso donde los retratos de antepasados muertos colgaban de las paredes como advertencias mudas. Eran rostros severos que parecían observar cada movimiento, cada gesto, como si estuvieran evaluando si la nueva adquisición estaba a la altura de los estándares familiares.

Durante un tiempo que se sintió como una representación teatral donde ambos actores conocían perfectamente sus papeles, todo fue calma. Gracián exhibía a su joven esposa en las fiestas patronales, en las misas mayores, en las ferias de ganado donde se decidían los destinos económicos de la región. La paseaba como quien presume una reliquia recién adquirida, seguro de que su dinero y su posición social la habían amarrado para siempre a su lado.

Juana representaba el papel de esposa satisfecha con una perfección que habría despertado la envidia de cualquier actriz profesional. Sonreía en los momentos apropiados, permanecía en silencio cuando era necesario, vestía las joyas que él le regalaba como si fueran coronas de reina y no grilletos dorados.

Pero la calma, como había aprendido durante su primer matrimonio, es solo el silencio previo a la tormenta. Y Gracián, por debajo de sus modales pulidos y su educación esmerada, era fundamentalmente un hombre débil que había confundido la posesión con el poder.

Fue, durante un breve destello, todo lo que Juana había querido creer que podía ser: galante cuando convenía, generoso cuando no le costaba demasiado, lleno de promesas tan ligeras como el polvo de los caminos pero

igual de persistentes. Sin embargo, el brillo de la superficie, como suele ocurrir con los objetos de latón que se hacen pasar por oro, apenas ocultaba la podredumbre que crecía debajo.

No pasó mucho tiempo antes de que mostrara su verdadera naturaleza, esa personalidad auténtica que había mantenido cuidadosamente oculta durante el cortejo como un actor que se quita la máscara una vez que las luces del teatro se han apagado.

Gracián era flojo como perro de rancho que ha aprendido que la comida llega sin esfuerzo. De día, arrastraba los pies en el molino, haciendo lo mínimo necesario para justificar el jornal que cobraba más por herencia que por mérito. Su trabajo era una pantomima, una representación diseñada para mantener las apariencias ante los trabajadores que dependían de él, pero sin ningún compromiso real con la productividad o la excelencia.

De noche, gastaba lo ganado —y mucho de lo no ganado— en cantinas de mala muerte donde el alcohol era barato y las mujeres más baratas aún. Regresaba a casa en las horas más oscuras de la madrugada, oliendo a mezcal barato y a perfume viejo, con la camisa manchada de quién sabía qué y los bolsillos vacíos de todo excepto excusas.

Juana, desde el umbral de su casa elegante que se había convertido en una prisión de lujo, lo veía venir tambaleándose por la calle como un espectro que hubiera perdido el camino de vuelta al cementerio. No hizo escenas que hubieran alimentado los chismes del pueblo. No lloró bajo la luna para despertar la compasión de las vecinas como hacían otras mujeres en su situación. No reclamó en la plaza ni en la iglesia, ni buscó el consuelo de los confesores o la intervención de los hombres influyentes del pueblo.

Juana, simplemente, observó. Tomó nota mental de cada transgresión, de cada mentira, de cada momento en que Gracián demostró ser menos de lo que había prometido ser. Y esperó, con esa paciencia infinita que caracteriza a los depredadores más efectivos, para elegir su momento.

Y descubrió, en el arte de la espera, otra victoria pequeña pero significativa. Cada día que pasaba sin reaccionar, cada noche que recibía sus excusas con silencio aparentemente comprensivo, era un día más en que él bajaba la guardia, un paso más hacia la complacencia que sería su perdición.

Supo, por ejemplo, que cada miércoles Gracián celebraba el cierre de la semana laboral en *La Viuda Alegre*, la cantina donde los hombres se olvidaban de sí mismos entre tragos de fuego líquido y caricias fugaces que costaban menos que una comida decente. Allí iba, infalible como un reloj que marca siempre la misma hora fatal, predecible como la salida del sol.

Y allí, una noche que se sentiría como el final de todas las noches, Gracián firmaría su propia sentencia de muerte sin saber que estaba sosteniendo la pluma.

Esa tarde, Juana cocinó como siempre: tortillas calientes que llenaban la casa de aromas domésticos, guisos que perfumaban la calle y hacían que los vecinos recordaran épocas mejores, café oscuro como la noche sin luna que se avecinaba. Pero en una jarra aparte, destinada exclusivamente para él,

disolvió con el cuidado de una alquimista unas hojas de floripondio que había estado recolectando y secando durante semanas.

Una planta traicionera, conocida por quienes saben que la naturaleza también guarda venenos tan dulces como mortales, tan efectivos como imperceptibles. No buscaba matarlo de golpe —eso habría levantado sospechas inmediatas y preguntas incómodas. Juana quería algo más elegante, más artístico: confundirlo, nublarle la mente hasta convertirla en niebla, hacerlo caminar derecho hacia su propia perdición como un sonámbulo que se dirige al precipicio.

Gracián llegó al anochecer, ebrio de palabras vacías e hinchado de su propia insignificancia, como todos los miércoles anteriores. Se sentó a la mesa sin sospechar nada, comió con la avidez de quien no ha probado comida casera en todo el día, bebió el café que Juana le sirvió con manos serenas y sonrisa de esposa devota.

Minutos después, anunció con una risa torpe que sonaba como cristal rompiéndose que saldría a "estirar las piernas", como si el eufemismo pudiera engañar a alguien que ya conocía todos sus trucos.

Juana lo despidió con un beso frío en la mejilla, el tipo de caricia que las esposas dan a los maridos cuando el amor se ha convertido en costumbre.

Gracián nunca llegó a *La Viuda Alegre* esa noche. Embriagado por el brebaje que corría por sus venas como un río de confusión, caminó como un ciego por los callejones traseros del pueblo, tropezando con sombras que no estaban allí, siguiendo voces que solo existían en su cabeza envenenada, persiguiendo fantasmas que su mente fragmentada había conjurado desde las profundidades de su subconsciente culpable.

El floripondio lo llevó, con la precisión de un guía experimentado, exactamente donde Juana había calculado que lo llevaría: al pozo seco y olvidado detrás de la vieja casona del caporal, un agujero sin brocal ni protección alguna, donde el agua había desaparecido hacía años y solo quedaban piedras afiladas, soledad, y una oscuridad que se había vuelto tan densa como la miel negra.

Allí, entre la piedra fría y la oscuridad espesa que se tragaba hasta los ecos, Gracián encontró su destino final. Un destino que había estado esperándolo pacientemente, como esperan todas las cosas que parecen accidentales pero que en realidad son el resultado de una planificación meticulosa.

El pueblo buscó durante días con esa dedicación que caracteriza a las comunidades pequeñas cuando uno de los suyos desaparece. Organizaron cuadrillas de búsqueda, rezaron rosarios en la iglesia, escarbaron en barrancas y lechos de ríos secos, siguieron pistas que no llevaban a ninguna parte y persiguieron rumores que se disolvían como humo en cuanto alguien intentaba atraparlos.

Pero no hallaron nada. Solo el viento parecía saber la verdad, y el viento, como todos los testigos verdaderamente confiables, guardaba sus secretos con la discreción que caracteriza a las fuerzas de la naturaleza.

Juana, vestida de luto riguroso que la hacía parecer una estatua de mármol negro, acompañaba las expediciones de búsqueda cuando era apropiado hacerlo. Lloraba en la misa dominical con lágrimas que parecían auténticas incluso bajo el escrutinio más severo. Aceptaba las condolencias con una dignidad que arrancaba suspiros de admiración de quienes la observaban.

La gente, finalmente, se resignó con esa sabiduría práctica que desarrollan quienes han visto demasiadas tragedias inexplicables. *"Pobre Juana"*, decían, moviendo las cabezas con compasión genuina. *"Siempre tan buena, siempre tan digna... Qué mala suerte la suya, perder dos maridos de manera tan misteriosa."*

Juana nunca confirmó ni desmintió los rumores que comenzaron a circular como incendios en época seca. Dejó que el silencio hiciera su trabajo con esa eficiencia que solo el silencio puede lograr, permitiendo que cada persona llegara a sus propias conclusiones sin interferir en el proceso.

Y así, bajo su rostro sereno y su falda negra que ondeaba como una bandera de guerra, floreció algo más fuerte que la tristeza, más duradero que el dolor: el conocimiento íntimo de su propio poder, la certeza de que había encontrado su verdadera vocación en la vida.

Una flor indómita, sí. Pero también venenosa, letal, perfectamente adaptada para sobrevivir en un mundo que devoraba a las mujeres débiles sin piedad ni remordimiento.

Y Santa Amalia, aunque no lo supiera todavía, acababa de presenciar el segundo acto de una tragedia que sería contada en susurros por generaciones, una historia que crecería con cada narración hasta convertirse en leyenda.

Capítulo 3

Crispín el celoso millonario

El luto, para entonces, se había convertido en la marca personal de Juana, como una firma que la identificaba inmediatamente en cualquier multitud. Sus vestidos negros, impecables pero nunca ostentosos, habían adquirido la solemnidad de un uniforme sagrado. Caminaba por Santa Amalia envuelta en esa aura de tragedia elegante que hace que algunas mujeres parezcan heroínas de novela, mientras que a otras simplemente las hace parecer desafortunadas.

Juana pertenecía claramente a la primera categoría.

La blancura de su piel contrastaba con el negro riguroso de su vestimenta, creando un efecto visual que resultaba imposible de ignorar. Sus ojos verdes brillaban con una intensidad nueva, como si cada pérdida hubiera agregado una capa adicional de profundidad a su mirada. No era solo bella; era magnética, poseía esa clase de atractivo que trasciende lo físico para convertirse en algo más primitivo, más peligroso.

Como era inevitable en un lugar donde las noticias viajan más rápido que el viento y los chismes tienen vida propia, no faltaron pretendientes. Hombres

que se acercaban con la cautela de quien se aproxima a un animal hermoso pero potencialmente letal, atraídos por esa combinación irresistible de belleza y misterio que emanaba de ella como un perfume caro.

Pero esta vez, Juana no tuvo que esperar mucho ni elegir entre opciones mediocres. El destino, como si hubiera estado observando su progresión con interés profesional, le envió exactamente lo que necesitaba para el siguiente acto de su particular obra de teatro.

Don Crispín Aguirre llegó a su vida como llegan los terremotos: sin anunciarse, pero reconfigurando completamente el paisaje una vez que han pasado.

Era el hombre más rico de la región, una distinción que en aquellas tierras significaba poder absoluto sobre el destino de cientos de familias. Viudo tres veces —un detalle que debería haber despertado alguna alarma, pero que en su caso solo añadía un aire de experiencia mundana—, era dueño de tierras que se perdían en el horizonte y de ganado que era contado en cientos, no en cabezas individuales.

Su fortuna se había construido sobre una base sólida de intuición comercial, trabajo duro, y una capacidad casi sobrenatural para estar del lado correcto de cada conflicto político que había sacudido la región durante las últimas décadas. Era el tipo de hombre que siempre sabía cuándo comprar y cuándo vender, cuándo hablar y cuándo callarse, cuándo hacer alianzas y cuándo traicionarlas sin consecuencias.

Pero había algo en Don Crispín que lo diferenciaba de los típicos potentados rurales: una sofisticación que sugería horizontes más amplios que los límites de Santa Amalia. Había viajado, había leído, había conversado con hombres de mundo en ciudades donde el dinero se movía en cantidades que harían palidecer las fortunas locales.

Don Crispín no cortejaba de la manera tradicional, con flores robadas y serenatas improvisadas. Él ofrecía cosas tangibles, sólidas, que podían tocarse y poseerse: una casa más grande que cualquier cosa que hubiera conocido antes, con habitaciones suficientes para perderse durante días. Vestidos traídos directamente de las mejores costureras de la capital, confeccionados con telas que costaban más que el salario anual de un trabajador común.

Joyas que relucían bajo el polvo viejo de las ferias patronales como estrellas caídas, piezas que habían pertenecido a su primera esposa, luego a la segunda, luego a la tercera, y que ahora esperaban pacientemente a una cuarta propietaria. Todo envuelto en promesas de estabilidad económica que sonaban sólidas como roca, garantías de respeto social que se extendían mucho más allá de los límites de Santa Amalia.

Juana aceptó la propuesta después de una deliberación que duró exactamente el tiempo necesario para parecer considerada pero no calculadora. No lo hizo por ambición, aunque los bienes materiales que Crispín ofrecía representaban un salto cuantitativo hacia una clase social

completamente diferente. No lo hizo por amor, porque había dejado atrás cualquier ilusión romántica después de Fernando.

Lo aceptó porque entendía, con esa claridad que solo otorga la experiencia de haber asesinado dos veces sin consecuencias, que en un mundo construido sobre jerarquías de poder, un techo firme y un apellido poderoso podían ser las armas más eficaces de todas. Más letales que el veneno, más duraderas que la violencia física.

La boda fue sobria pero elegante, reflejando el estatus del novio más que cualquier sentimiento romántico. Pocos testigos, pero todos influyentes. Pocas palabras, pero cada una cuidadosamente pesada. Juana, vestida de encaje negro que la hacía parecer más una viuda perpetua que una novia, parecía más una estatua de mármol que una mujer de carne y hueso.

Se mudó a la casona de los Aguirre, un edificio enorme y silencioso que parecía haber sido diseñado más para impresionar que para habitar. Era una construcción que hablaba de generaciones de riqueza acumulada, de poder que se había solidificado con el tiempo hasta convertirse en algo tan permanente como las montañas que rodeaban el valle.

Los retratos de las esposas anteriores colgaban de las paredes como advertencias mudas, rostros de mujeres que habían ocupado antes que ella esa posición privilegiada y peligrosa. Tres mujeres diferentes en apariencia, pero todas con la misma expresión en los ojos: una mezcla de satisfacción y aprensión que sugería que sabían algo que las demás aún no habían descubierto.

Durante un tiempo que se sintió como una luna de miel extendida artificialmente, todo fue calma. Crispín exhibía a su joven esposa en los eventos sociales importantes como quien presenta una adquisición particularmente valiosa. La llevaba a las fiestas patronales donde se codearían con la élite regional, a las misas mayores donde su presencia en el banco familiar era una declaración de estatus, a las ferias de ganado donde los verdaderos negocios se cerraban con apretones de manos que valían más que cualquier contrato firmado.

La paseaba como quien presume una reliquia recién adquirida, seguro de que su dinero y su posición la habían amarrado para siempre. Era la clase de seguridad que solo puede permitirse quien nunca ha sido traicionado por alguien en quien confiaba completamente.

Pero la calma, como Juana había aprendido a lo largo de sus matrimonios anteriores, es solo el preludio de la tormenta. Y los celos de Don Crispín comenzaron a enraizarse en su corazón como ortigas en tierra fértil, creciendo lentamente pero con una determinación implacable.

Al principio fueron manifestaciones sutiles, casi imperceptibles: comentarios aparentemente casuales sobre hombres que la miraban demasiado tiempo en la iglesia, preguntas inocentes sobre conversaciones que había tenido en el mercado, observaciones sobre su manera de vestirse que podrían interpretarse como cumplidos pero que contenían una crítica velada.

Gradualmente, las restricciones se fueron haciendo más evidentes y más constrictivas. No soportaba que los hombres —y en Santa Amalia eso significaba prácticamente cualquier hombre entre los quince y los setenta años— miraran a Juana demasiado tiempo, con demasiada intensidad, con demasiada apreciación evidente.

Prohibió las salidas sin escolta, primero sugiriéndolo como una medida de seguridad apropiada para una mujer de su nueva posición, luego imponiéndolo como una regla familiar innegociable. Impidió las visitas de amigas, argumentando que las mujeres del pueblo no estaban a la altura de su nueva condición social y que su presencia solo podría comprometerla.

Interrogaba a los sirvientes con la obsesión paranoica de quien sabe, en el fondo más honesto de su corazón, que no merece lo que posee. Cada conversación casual se convertía en un interrogatorio, cada gesto amistoso se transformaba en una posible evidencia de infidelidad, cada sonrisa se analizaba como si fuera un mensaje codificado.

Cada joya que le regalaba era un grillete disfrazado de obsequio. Cada vestido nuevo, una cadena más sutil pero igualmente restrictiva. Cada muestra de generosidad, una forma de recordarle que le pertenecía tan completamente como sus tierras, su ganado, o cualquier otra de sus posesiones materiales.

Juana soportó todo esto con esa paciencia infinita que había desarrollado a lo largo de sus matrimonios anteriores. No discutió las restricciones, no lloró por la pérdida de libertad, no pidió auxilio a familiares que de todas formas no habrían podido enfrentarse al poder de los Aguirre.

En lugar de eso, observó, aprendió, y esperó para elegir su momento con la precisión de una artista que ha encontrado finalmente su medio de expresión preferido.

Sabía que Don Crispín, además de celoso, era esclavo de su miedo a la muerte. Un terror que se había intensificado con cada esposa que había perdido, con cada año que se acumulaba en su espalda como peso muerto. Tomaba a diario tónicos "milagrosos" recomendados por curanderos y boticarios de reputación dudosa: jarabes de hierbas amargas que prometían alargar la vida, infusiones para fortalecer el corazón que latía cada vez con menos entusiasmo, pociones para la virilidad que el tiempo ya le había arrebatado pero que él se negaba a aceptar como pérdida definitivamente.

Su rutina médica era tan predecible como la salida del sol, y esa previsibilidad, Juana lo sabía, sería su perdición.

Fue sencillo, casi decepcionantemente fácil. Una mañana, mientras Crispín dormía el sueño pesado de quien ha bebido demasiado vino la noche anterior, Juana sustituyó parte del contenido de sus frascos medicinales con extracto de acónito. Una planta que había estado estudiando con la dedicación de un científico, una sustancia que en dosis mínimas no mata de inmediato, sino que abre la puerta lentamente, permitiendo que la muerte entre con la cortesía de un huésped esperado.

Don Crispín comenzó a enfermar con esa gradualidad que caracteriza a las dolencias naturales de la edad avanzada. Primero fueron los mareos que lo

asaltaban sin previo aviso, como si el mundo decidiera girar en direcciones inesperadas. Luego los desvanecimientos súbitos, la fatiga que se instalaba en sus huesos como una humedad que no se secaba nunca, la tos persistente que ningún médico lograba explicar con satisfacción.

"Los achaques de la edad", murmuraban los vecinos con esa sabiduría popular que encuentra explicaciones simples para fenómenos complejos. *"Es natural a su edad, después de una vida tan intensa."*

Juana se encargaba de que así lo pensaran, desempeñando el papel de esposa abnegada con una perfección que habría merecido aplausos en cualquier teatro del mundo. Lo cuidaba día y noche con una dedicación que parecía genuina, le leía oraciones al pie de la cama con la voz quebrada por la emoción, se mostraba como la compañera devota que Santa Amalia esperaba ver en una situación así.

Pero cada sorbo de sus tónicos lo llevaba un paso más cerca del abismo, cada dosis de su medicina personalizada era una cuenta regresiva hacia un final que él no podía ver venir.

Una noche fría de diciembre, mientras el viento ululaba tras las ventanas como un lobo hambriento que oliera la proximidad de la muerte, Don Crispín expiró en su cama. Murió rodeado de sus riquezas, de sus tierras, de sus retratos familiares, pero completamente solo en todo lo que importaba realmente.

Su última palabra, según Juana contaría después entre lágrimas convincentes, había sido su nombre.

La herencia —vastísima, incluso para los estándares de la región— quedó en manos de su joven y piadosa viuda. Juana, con su rostro sereno y su compostura admirable, lloró discretamente en el funeral que congregó a la élite de tres estados vecinos. Aceptó las condolencias con la misma dignidad imperturbable que había mostrado en sus duelos anteriores, pero esta vez había algo diferente en su manera de sostener la cabeza: la confianza que otorga saber que uno ya no depende de nadie más para sobrevivir.

Y Santa Amalia, entre susurros que se propagaban como ondas en un estanque después de que alguien arroja una piedra, volvió a preguntarse la misma pregunta que había circulado después de las muertes anteriores: *"¿Será que esta mujer trae la muerte a quien la ama?"*

Juana no respondió a las especulaciones. Se limitó a mirar el horizonte desde el balcón de su nueva casa, una mansión que ahora le pertenecía completamente, mientras los listones negros de luto ondeaban en la brisa fría como estandartes de una victoria que había costado tres vidas pero que había valido cada una de ellas.

No era solo la riqueza lo que había conquistado, aunque la fortuna de los Aguirre la convertiría en una de las mujeres más poderosas de la región. Era algo más profundo, más satisfactorio: había demostrado, una vez más, que en un mundo diseñado para devorar a las mujeres sin defensas, ella había aprendido no solo a sobrevivir, sino a prosperar devorando primero.

Cada matrimonio había sido una lección, cada muerte una graduación. Y ahora, con tres títulos en su haber, estaba lista para el examen final.

Capítulo 4

León el psicópata ilustrado

El dinero y la juventud, descubrió Juana, no bastaban para sofocar los rumores que crecían a su alrededor como maleza después de la lluvia. Viuda tres veces antes de cumplir treinta años, hermosa como nunca había estado, caminaba por Santa Amalia como una pregunta sin respuesta que inquietaba a todos los que la veían pasar.

La miraban de reojo en el mercado, con esa mezcla de fascinación y terror que despierta lo que no se puede explicar completamente. Rezaban por ella en la iglesia con una devoción que sonaba más a exorcismo que a plegaria. Susurraban a su paso en las esquinas polvorientas, creando teorías que se multiplicaban y se distorsionaban como reflejos en espejos rotos.

Pero nadie se atrevía a enfrentarse directamente a aquella mujer que, con la sola dignidad de su andar, parecía cargar con el peso de tres funerales sin doblarse ni quebrarse. Había algo en su presencia que desalentaba las acusaciones directas, una autoridad silenciosa que había adquirido junto con cada herencia sucesiva.

Fue entonces cuando llegó León Ramos, y con él, algo que Santa Amalia jamás había visto antes: la sombra elegante del verdadero peligro intelectual.

León era diferente a todo lo que había conocido antes. No era ranchero con manos callosas y valores simples como Fernando. No era seductor de manual como Gracián. No era potentado local obsesionado con la posesión como Crispín. León era algo más sofisticado, más peligroso precisamente porque su peligro no era evidente a primera vista.

Venía de lejos, de ciudades cuyos nombres sonaban a promesa y sofisticación: Puebla, Querétaro, quizás incluso la capital, lugares donde las ideas circulaban con la misma fluidez que el dinero y donde un hombre podía construirse una reputación basada en algo más que tierras o ganado.

Alto, de cabello cuidadosamente peinado hacia atrás con una brillantina que olía a bergamota y modernidad, vestido siempre con trajes de lino claro que parecían inmune al polvo omnipresente de Santa Amalia. Llevaba corbatas de lazo anudadas con una precisión que hablaba de horas frente al espejo, y caminaba como quien sabe que el mundo debe hacerse a un lado para dejarle pasar.

Pero lo que realmente lo distinguía era lo que traía en sus alforjas: libros en lugar de herramientas. Poesía en lugar de pistolas. Ideas en lugar de costumbres arraigadas. Y una sonrisa —su mejor arma— cargada de inteligencia afilada y peligro latente que se ocultaba bajo una capa de cortesía impecable.

León había llegado a Santa Amalia con la excusa de escribir un libro sobre las tradiciones rurales de la región, un proyecto académico que sonaba lo

suficientemente respetable como para justificar su presencia pero lo suficientemente vago como para no requerir explicaciones detalladas sobre metodologías o cronogramas.

Juana, que hasta entonces había visto desfilan a hombres que eran, en esencia, variaciones del mismo tema básico, encontró en él algo que la perturbó de una manera completamente nueva: una mente que parecía funcionar con la misma frialdad calculadora que la suya.

No la miraba como un trofeo que había que conquistar, como habían hecho los demás. La miraba como un igual, como alguien digno de su atención intelectual. Y esa diferencia, por primera vez en su vida, la hizo sentir vulnerable de una manera que no sabía cómo manejar.

El cortejo fue breve, casi un acuerdo tácito entre dos generales que reconocen en el otro a un adversario digno de respeto. Conversaciones largas sobre libros que ella había leído en secreto durante las noches solitarias de sus viudeces sucesivas. Debates sobre ideas que jamás había podido discutir con ninguno de sus maridos anteriores. Un intercambio intelectual que se sentía como esgrima verbal, donde cada frase era una estocada cuidadosamente calculada.

La boda fue discreta y elegante, reflejando el gusto refinado de ambos contrayentes. La nueva casa —una antigua hacienda en las afueras del pueblo que León había comprado y renovado con un gusto exquisito— se llenó de libros organizados por temas, música suave que llegaba de un gramófono importado, y conversaciones sobre el mundo más allá de los cerros secos que rodeaban Santa Amalia.

Por un tiempo que se sintió como un intermedio en una obra de teatro compleja, Juana pensó que había hallado finalmente algo parecido a la paz. León era inteligente, cultivado, capaz de sostener conversaciones que duraban horas sin aburrirla jamás. Leía en varios idiomas, conocía ciudades de las que ella solo había oído hablar en los libros, tenía opiniones formadas sobre arte, política, filosofía.

Era, en resumen, el tipo de compañero intelectual que había estado buscando sin saberlo durante todos sus matrimonios anteriores.

Pero el diablo, como descubriría pronto, rara vez muestra sus cuernos desde el principio. Y León había perfeccionado el arte de la crueldad refinada hasta convertirla en una forma de arte más sutil y devastadora que cualquier violencia física.

Todo empezó con detalles pequeños, aparentemente insignificantes, que podrían haber pasado desapercibidos para alguien menos observador que Juana. Una corrección al hablar, pronunciada con una sonrisa que no llegaba a los ojos: —Querida, no se dice 'haiga', se dice 'haya'. Es importante que hablemos correctamente.

Una sugerencia velada sobre su modo de vestirse, presentada como consejo benevolente: —Quizás ese color es demasiado... llamativo para una mujer de tu posición. Algo más sobrio sería más apropiado.

Un reproche disfrazado de cumplido, susurrado con voz melosa: —Me encantaría que leyeras más filosofía... para que pudieras estar realmente a mi altura intelectual.

Juana sonreía, respondía con cortesía, aceptaba las correcciones con la gracia que había aprendido a exhibir. Pero dentro de ella, esa fiera que había permanecido dormida durante los primeros meses del matrimonio comenzaba a desperezarse, a reconocer el olor inconfundible del peligro.

Con cada comentario, con cada mirada de desdén cuidadosamente disfrazada de solicitud, entendía mejor la verdadera naturaleza de León. No había elegido a un compañero intelectual. Había acogido en su vida a un depredador más sofisticado que todos los anteriores, alguien que había convertido la humillación psicológica en una ciencia exacta.

León no buscaba amor ni siquiera compañerismo en el sentido tradicional. Buscaba dominación total, pero la ejercía no con gritos ni golpes —eso habría sido grosero, vulgar, indigno de alguien de su educación—, sino con una tortura más sutil y más efectiva: la lenta aniquilación de todo lo que ella era.

Cada conversación se convertía en un campo minado donde cada palabra podía desatar una corrección, una sonrisa condescendiente, una mirada que la hacía sentir como una estudiante particularmente obtusa. Cada noche, en la cama que habían compartido inicialmente con algo parecido a la pasión, sentía la presión invisible de la jaula que se cerraba a su alrededor como las mandíbulas de una trampa perfectamente diseñada.

En público, León era impecable: galante hasta el punto de parecer sacado de una novela romántica, sonriente con esa sonrisa que había practicado hasta hacerla perfecta, el esposo modelo que cualquier mujer habría envidiado. En privado, era un inquisidor que nunca alzaba la voz pero siempre encontraba la grieta exacta por donde hacer sangrar el orgullo, la fractura precisa donde insertar el cuchillo de la humillación.

Juana empezó a notar otras cosas que al principio había atribuido a las excentricidades normales de un hombre educado. Las sirvientas huían en silencio, renunciando sin explicaciones y siendo reemplazadas por otras que duraban cada vez menos tiempo. Vecinas que antes la visitaban ahora evitaban su casa como si fuera un lugar maldito.

Alguna vez, al cruzar el patio vacío en una tarde particularmente silenciosa, creyó oír sollozos apagados provenientes de algún lugar indefinido dentro de la casa. Pero cuando preguntaba, León solo sonreía con esa sonrisa que había aprendido a temer más que cualquier grito.

—No debes ensuciar tu cabeza hermosa con tonterías sin importancia —decía mientras le acariciaba la mejilla con una ternura tan helada que dolía más que un golpe.

Una noche —y sólo una— vio su verdadero rostro, el que ocultaba detrás de la máscara de cortesía cultivada. Fue tras una discusión trivial sobre algo tan insignificante que Juana no lograba recordar los detalles: una palabra fuera de lugar, una respuesta no suficientemente sumisa, un momento de rebeldía tan pequeño que apenas merecía ese nombre.

León no gritó. No la tocó. No perdió la compostura ni por un instante.

Simplemente tomó un pequeño jarrón de porcelana —una reliquia traída de París que había pertenecido a su madre, según había contado— y, con la más serena expresión del mundo, lo estrelló contra la pared. Los fragmentos llovieron como cuchillas sobre el suelo, creando un patrón de destrucción que parecía casi artístico en su precisión.

Juana no dijo nada. No retrocedió. No lloró. Solo lo miró con esa mirada que había perfeccionado a lo largo de tres matrimonios, esa observación clínica que diseccionaba al sujeto como un entomólogo estudia a un insecto particularmente fascinante.

Y en ese instante, en ese cruce de miradas que duró menos de un segundo pero que se sintió como una eternidad, supo con una certeza brutal que León Ramos era un hombre verdaderamente peligroso. No porque fuera fuerte físicamente, sino porque era inteligente. Y porque, como ella, no creía en la piedad ni en el perdón.

Pero había cometido un error fatal: había mostrado su mano demasiado pronto. Y Juana, que había sobrevivido a tres maridos precisamente porque sabía cuándo observar y cuándo actuar, decidió que no sería ella quien perdiera esta partida.

Esa noche, mientras León dormía el sueño tranquilo de quien cree haber establecido definitivamente las reglas del juego, Juana decidió que no sería la víctima en esta historia.

Planeó algo mejor que un asesinato. Planeó la destrucción completa de todo lo que él valoraba: su reputación, su imagen, su lugar en el mundo. Un asesinato sin sangre, una muerte social más devastadora que cualquier envenenamiento.

Comenzó a sembrar dudas entre los pocos que aún se atrevían a visitarlos, comentarios casuales pronunciados con la precisión de alguien que conoce exactamente el efecto que causarán: —¿No creen que don León se comporta... extraño últimamente?

Una sonrisa enigmática colocada en el momento exacto: —Las paredes guardan secretos... y también las bibliotecas privadas.

Un suspiro cargado de significado: —Hay cosas que una esposa ve y prefiere no entender completamente.

Poco a poco, el veneno de la sospecha se propagó por Santa Amalia con esa eficiencia que caracteriza a los rumores en pueblos pequeños. En un lugar donde las reputaciones se construyen durante décadas pero se destruyen en días, bastó poco para que la imagen cuidadosamente construida de León comenzara a corromperse.

Historias turbias comenzaron a surgir de la nada, alimentadas por sospechas que encontraban terreno fértil en la imaginación de una comunidad que ya estaba predispuesta a creer lo peor: que miraba demasiado tiempo a las niñas de la parroquia. Que guardaba libros prohibidos en sus estanterías privadas. Que había dejado de asistir a misa con la regularidad esperada.

Una noche que se sintió como el clímax inevitable de una sinfonía siniestra, la jauría se desató. Un grupo de hombres —padres preocupados, hermanos protectores, compadres solidarios— irrumpió en su casa con la furia de una turba que ha encontrado finalmente una víctima apropiada para su ira acumulada.

No hubo juicio formal. No hubo oportunidad de defensa. León fue arrastrado hasta la plaza como un criminal común, golpeado y escupido bajo la mirada implacable de un pueblo que había decidido que ya había tolerado suficiente extrañeza en su seno.

Juana, de pie en el umbral de su casa como una estatua de mármol negro, contempló la escena con los brazos cruzados y una expresión que no revelaba nada. No lloró lágrimas de súplica. No sonrió con satisfacción. Simplemente observó cómo caía otro de sus carceleros, como se desmoronaba otro intento de controlarla.

León huyó del pueblo en la oscuridad más profunda de esa noche, maltrecho, solo, dejando atrás un apellido ensuciado para siempre y una reputación que tardaría generaciones en ser rehabilitada, si es que eso llegaba a suceder alguna vez.

Juana cerró la puerta tras él con un movimiento que sonó definitivo como una lápida al caer, y esa noche, mientras la casa recuperaba el silencio que había perdido durante meses, entendió que había cruzado un umbral del que no habría retorno posible.

Ya no era la joven altiva que había desafiado a los hombres con la pureza de su mirada. Ya no era siquiera la viuda calculadora que había aprendido a matar por supervivencia.

Era otra cosa completamente diferente. Algo más letal, más complejo, algo que ni el tiempo ni los rezos podrían redimir jamás.

Y como todos los artistas verdaderos que han encontrado finalmente su medio de expresión preferido, estaba ansiosa por perfeccionar su técnica hasta alcanzar la maestría absoluta.

Capítulo 5

El arte perfecto de matar

No todas las flores se marchitan con el tiempo. Algunas, simplemente, mutan hacia formas más peligrosas de belleza.

Y Juana ya no era la flor indómita de sus primeros años. Se había transformado en algo más complejo, más letal: una flor carnívora que había aprendido a florecer alimentándose de la destrucción que ella misma orquestaba. No se conformaba ya con sobrevivir en un mundo hostil; había trascendido la mera supervivencia para convertirse en la depredadora suprema de su propio ecosistema.

Su instinto se había afinado como la hoja de un bisturí después de años de uso experto. Cada experiencia anterior había sido una lección magistral en el arte de la eliminación, cada muerte una graduación hacia niveles superiores

de sofisticación. Y ahora, por primera vez en su carrera, no mataba por necesidad ni por defensa propia.

Mataba por perfección artística.

Al cuarto marido no lo eligió el azar ni la conveniencia económica. Lo eligió ella, con la meticulosidad de un coleccionista que busca la pieza que completará definitivamente su colección. Como se elige una herramienta para un trabajo específico. Como un artista escoge su lienzo final para la obra maestra que coronará toda una vida de preparación.

Se llamaba Darío Mendizábal, y representaba el desafío definitivo para sus habilidades desarrolladas. Un hombre pulcro hasta la obsesión, reservado hasta el punto de parecer inaccesible, de mirada gris como el lomo de un pez muerto que hubiera visto demasiado y comprendido más de lo conveniente. Era maestro jubilado de la escuela del pueblo vecino, coleccionista de relojes antiguos que funcionaban con la precisión de su propia mente metódica, lector empedernido de novelas policiacas que había estudiado con la dedicación de quien busca aprender de los errores ajenos.

Vivía solo en una casa pequeña pero impecable, sin familia conocida, sin historia sentimental previa, sin ataduras emocionales que pudieran complicar las cosas. Parecía el candidato ideal para lo que Juana tenía en mente: un experimento controlado donde pudiera poner a prueba todas las técnicas que había perfeccionado durante sus matrimonios anteriores.

Juana lo conoció en la biblioteca del pueblo, ese refugio polvoriento donde los libros aguardaban lectores que cada vez llegaban con menos frecuencia. Él estaba hojeando un volumen sobre venenos históricos —un detalle que a Juana le pareció una coincidencia demasiado perfecta para ser accidental, como si el destino hubiera decidido facilitarle las cosas.

Se miraron por encima de las páginas de sus respectivas lecturas, él con esa curiosidad académica que despierta lo inesperado, ella con la sonrisa calculada de quien ha encontrado exactamente lo que buscaba sin saber que lo estaba buscando.

Él sonrió con timidez genuina. Ella fingió que no lo notaba, ejecutando esa danza de aproximación que había perfeccionado hasta convertirla en arte puro. Y así comenzó la última danza, la más peligrosa de todas porque ambos bailarines conocían los pasos.

La conquista fue breve, casi intelectual en su desarrollo, como un ajedrez jugado con palabras en lugar de piezas. Juana ya no usaba su belleza como anzuelo principal; esa técnica pertenecía a una versión anterior de sí misma, menos refinada, menos letal. Ahora era su inteligencia lo que envolvía, seducía, adormecía. Su capacidad de conversación, su conocimiento de libros que pocos en la región habían leído, su habilidad para hacer que un hombre se sintiera entendido por primera vez en su vida.

Darío cayó como caen los hombres inteligentes: lentamente, racionalmente, convenciéndose a sí mismo de que había tomado una decisión sensata cuando en realidad había sido manipulado con la precisión de un relojero ajustando los engranajes de un mecanismo complejo.

Vivieron juntos en la antigua casa Aguirre, esa mansión que se había convertido en el museo privado de las conquistas de Juana. Nadie cuestionó esa unión tardía y discreta entre dos personas que parecían compartir más intereses intelectuales que pasiones físicas. El pueblo, acostumbrado ya al halo siniestro que rodeaba a Juana, observaba con una mezcla de respeto y superstición que se había vuelto tan automática como respirar.

Pero Darío no era un tonto, y ese detalle convertía el juego en algo mucho más interesante que las partidas anteriores. Pronto empezó a hacer preguntas, no con la ingenuidad de quien busca información, sino con la metodología de quien ha aprendido a investigar. Preguntas sobre los maridos anteriores, formuladas con una casualidad demasiado estudiada. Preguntas sobre las muertes sucesivas, planteadas como curiosidad académica pero cargadas de implicaciones que ninguno de los dos verbalizaba completamente.

Preguntas sobre los silencios, sobre las coincidencias, sobre la estadística improbable de que una mujer tan joven hubiera enviudado tantas veces en circunstancias tan convenientemente misteriosas.

Juana, paciente como siempre, respondió lo justo y necesario. Lo indispensable para mantener las apariencias sin revelar nada que pudiera comprometerla. Era un equilibrio delicado entre la suficiente información para tranquilizarlo y la cantidad exacta de misterio para mantener su interés académico sin despertar sus alarmas de supervivencia.

Y cuando él le propuso escribir un libro juntos —"una historia verdadera de Santa Amalia", dijo, "con todos sus misterios y sus personajes fascinantes"—, ella supo que había llegado el momento de afinar su arte hasta convertirlo en una sinfonía perfecta.

No lo mataría como a los otros, con métodos que habían funcionado pero que carecían de la elegancia que el momento requería. Esta vez, todo debía ser impecable, una demostración de maestría que pudiera ser estudiada por generaciones futuras como el ejemplo definitivo de cómo eliminar a alguien sin dejar rastro.

Durante semanas, fue construyendo la escena como quien borda un encaje negro: sin prisa, sin error, con la paciencia infinita de quien sabe que la perfección no puede apresurarse. Estudió los hábitos de Darío con la dedicación de un entomólogo, memorizó sus rutinas con la precisión de un cronómetro.

Cambió las llaves del gas de la cocina, ajustándolas para que la fuga fuera imperceptible pero constante. Modificó sutilmente los relojes de la casa, creando discrepancias temporales que podrían explicar cualquier confusión posterior. Alteró discretamente los registros médicos que Darío guardaba con obsesión germánica, introduciendo síntomas que justificarían una muerte por causas naturales.

Se aseguró de que cada pieza del rompecabezas estuviera en su lugar exacto, de que cada variable hubiera sido considerada y controlada, de que nada quedara al azar en lo que sería su obra maestra.

Una madrugada, cuando Darío dormía profundamente después de una cena servida con su vino favorito —ligeramente corregido con una dosis mínima de cloroformo líquido que le garantizara un sueño más profundo que de costumbre—, Juana ejecutó su plan con la precisión de un cirujano.

Colocó una vela encendida junto al viejo brasero del estudio, ese rincón donde él pasaba las horas leyendo sus novelas policiacas sin sospechar que estaba viviendo dentro de una de ellas. Dejó abierta una ventana estratégicamente ubicada para crear la corriente de aire necesaria. Ajustó la llave del gas hasta que el flujo fuera el exacto para crear la mezcla perfecta. Y cerró cuidadosamente la puerta del estudio, no sin antes colocar en las manos de Darío el libro que había estado leyendo esa noche.

A la mañana siguiente, las llamas lamían la fachada de la casa con lenguas naranjas que se alzaban hacia el cielo como oraciones paganas. El pueblo despertó con el olor acre del humo y el aroma dulzón de la carne quemada, una combinación que se quedaría en la memoria colectiva durante años.

—¡Una tragedia! —gritaban los vecinos que corrían hacia la casa con baldes de agua que sabían insuficientes—. ¡Juana, pobre Juana... otra vez!

Ella emergió del incendio como una aparición salida directamente del infierno, apenas tiznada por el humo, con los labios resecos por el calor pero con los ojos intactos y una expresión de shock que habría convencido al investigador más suspicaz. Su camisión blanco, milagrosamente poco dañado, ondeaba en la brisa matutina como la túnica de una santa que hubiera sobrevivido a una prueba divina.

Dijo que había intentado salvarlo, que había despertado por el olor a humo, que había corrido hacia el estudio pero que las llamas ya eran demasiado altas. Que Darío debía haberse quedado dormido mientras leía, que el brasero se había volcado, que todo había sucedido tan rápidamente que no había podido hacer nada para evitarlo.

Los bomberos voluntarios del pueblo encontraron su cuerpo calcinado exactamente donde Juana había dicho que estaría: en su sillón favorito, abrazado al libro que había estado leyendo, como si la muerte lo hubiera sorprendido en un momento de perfecta tranquilidad doméstica.

El acta oficial indicó muerte por accidente, una conclusión que nadie cuestionó porque nadie quería imaginar las alternativas. El brasero había volcado mientras el difunto leía, el gas se había encendido, y la tragedia había sido inevitable. Una de esas cosas que pasan en casas viejas con instalaciones antiguas, donde los accidentes domésticos son parte del paisaje rural.

Nadie sospechó. Nadie investigó más allá de lo superficialmente necesario. Nadie quiso buscar evidencias que podrían complicar una explicación que ya era satisfactoriamente simple.

Días después, sentada en el jardín que aún olía levemente a ceniza, Juana escribió algo en el diario privado que había comenzado a llevar después de su segundo matrimonio. Con letra cuidadosa, como si estuviera redactando un teorema matemático, anotó:

"La perfección no es matar sin dejar huella. Es matar sin que nadie quiera buscar la huella."

Santa Amalia no murmuró esta vez como había hecho después de las muertes anteriores. No especuló, no creó teorías, no buscó explicaciones alternativas. Se resignó con esa sabiduría práctica que desarrollan las comunidades que han aprendido a reconocer cuándo es mejor no hacer preguntas incómodas.

Como quien entiende que hay fuerzas que no se nombran, que solo se temen y se respetan desde la distancia segura del silencio.

Pero el destino, como bien sabía Juana después de tantos años de manipularlo con éxito, siempre guarda un giro final para quienes creen haber alcanzado la perfección. Y mientras cerraba su cuaderno con una sonrisa serena que reflejaba la satisfacción del artista que ha completado su obra maestra, no vio —o no quiso ver— al joven de ojos oscuros que la observaba desde la colina cercana.

Un joven que llevaba una libreta en las manos y una historia por contar. Alguien que había estado tomando notas desde hacía tiempo, documentando cada detalle, cada coincidencia, cada muerte convenientemente inexplicable.

Porque a veces, lo que mata al asesino perfecto no es el veneno, ni el fuego, ni la caída accidental. Es la palabra escrita. Y la justicia, en ciertos pueblos olvidados por Dios pero no por la memoria humana, llega como un susurro que se convierte en grito.

O como un golpe inesperado en la noche más oscura, cuando menos se espera y más se necesita.

Capítulo 6

El duelo final de las mentes perversas

No hay peor castigo para un asesino perfecto que ser entendido completamente por alguien que posee la misma inteligencia pero ninguna de sus inhibiciones morales.

Y Juana, por primera vez en su carrera criminal, sintió que alguien leía no solo sus acciones, sino sus pensamientos más íntimos, como si fuera un libro abierto escrito en un idioma que solo otra mente perversa podía descifrar.

El joven apareció una mañana en Santa Amalia con la naturalidad estudiada de quien regresa a su casa después de una ausencia calculada para producir el máximo impacto. Se hacía llamar Elías Cortés, un nombre que sonaba lo suficientemente común como para no despertar sospechas, pero lo suficientemente elegante como para sugerir educación y refinamiento.

Nadie lo conocía, aunque algunos juraron haber visto su rostro en algún lugar de sus memorias más difusas, como un déjà vu que no termina de materializarse completamente. Unos pocos, los más viejos, murmuraron que se parecía extraordinariamente a aquella sirvienta muda que había trabajado en la casa de los Aguirre años atrás, antes de que desapareciera en una noche sin luna sin dejar más rastro que un cuarto vacío y una cama deshecha.

Juana no la recordaba específicamente. O fingía no hacerlo, lo cual era igualmente revelador para alguien que sabía leer entre líneas.

Elías era diferente a todos los hombres que ella había conocido en su vida, y esa diferencia se manifestaba de manera inquietante: no intentaba seducirla con halagos torpes ni impresionarla con posesiones materiales. No la admiraba con esa mezcla de deseo y veneración que había aprendido a reconocer y manipular.

La desafiaba con preguntas disfrazadas de cortesía, cada una afilada como un bisturí diseñado para cortar en lugares específicos: —Qué bella se ve la casa después del incendio, doña Juana... ¿No es curioso cómo solo el ala donde dormía él fue consumida por el fuego?

O bien, con una sonrisa que no llegaba nunca a sus ojos: —Siempre he admirado cómo usted sobrevive a todas las tragedias... incluso a la muerte misma. Es como si tuviera algún tipo de protección especial.

Tenía una libreta que llevaba siempre consigo, un cuaderno de cuero gastado que parecía contener más secretos que todas las confesiones de Santa Amalia juntas. Anotaba todo con una meticulosidad que rayaba en lo obsesivo: conversaciones casuales, fechas significativas, olores que persistían en el aire después de que las fuentes habían desaparecido, recuerdos que otros preferían mantener enterrados.

—Estoy escribiendo algo —decía cuando alguien le preguntaba sobre su constante escritura—. Una crónica sobre la memoria de este pueblo. Las historias que se cuentan y las que se callan.

Juana lo observaba con la misma paciencia letal que había perfeccionado durante años, pero algo era fundamentalmente distinto esta vez. Elías no cojeaba emocionalmente como los demás hombres que había conocido. No sangraba por donde ella sabía cortar con precisión quirúrgica. Tenía una coraza de silencio y una mirada que no temblaba ante nada, como si hubiera visto cosas que harían palidecer a los demonios más experimentados.

Comenzaron un juego que era, sin duda, el más peligroso de todos los que Juana había jugado en su vida. Un ajedrez intelectual donde cada movimiento podía ser el último. Conversaciones aparentemente casuales en la plaza, bajo los ficus que habían sido testigos mudos de tantos secretos. Encuentros fortuitos en la iglesia vacía, donde el eco de sus voces resonaba entre las columnas como confesiones no solicitadas.

Citas casuales en la biblioteca, donde él tomaba prestados sistemáticamente los libros que Juana ya había leído, como si estuviera siguiendo un mapa trazado por ella misma hacia territorios que prefería mantener inexplorados.

Era como si le pisara los pasos con una precisión perturbadora, como si conociera no solo sus movimientos presentes sino también los futuros, como si hubiera estudiado su metodología con la dedicación de un discípulo que ha superado al maestro.

Una tarde, mientras tomaban café en la vieja fonda donde las conversaciones se disolvían en el humo de los cigarrillos y el vapor de las tazas, Elías le habló

sin rodeos, con esa franqueza brutal que caracteriza a quienes han decidido dejar caer todas las máscaras:

—¿Cree usted en la justicia, doña Juana?

La pregunta flotó en el aire entre ellos como una navaja suspendida, cargada de implicaciones que ninguno de los dos verbalizaría completamente pero que ambos entendían con perfecta claridad.

—Creo en la precisión —respondió ella, sin titubear ni un instante, con esa honestidad que solo se puede permitir quien ha dejado atrás cualquier pretensión de inocencia—. Y en que a veces, para corregir un error, se necesita cometer otro mayor.

Él sonrió, pero no como habían sonreído todos los demás. Su sonrisa era la de quien ya ha resuelto el enigma y espera solo el momento teatralmente apropiado para abrir la caja y revelar el contenido que todos han estado buscando.

—Yo también creo en la precisión —dijo, saboreando cada palabra como si fuera un vino particularmente complejo—. Por eso he vuelto. Para aplicarla donde más se necesita.

Esa noche, Juana no durmió, y no fue la primera vez que el insomnio la visitaba desde que Elías había aparecido en su vida. Algo en su interior —esa fiera que siempre había olfateado el peligro antes de que se materializara completamente— comenzó a inquietarse con una agitación que no había experimentado desde sus primeros días como asesina novata.

No era miedo en el sentido tradicional de la palabra. Era algo más sutil y más perturbador: la conciencia de estar frente a su igual intelectual, alguien que jugaba el mismo juego pero con reglas que ella no había aprendido todavía.

Elías no tenía armas visibles, no necesitaba violencia física para ser letal. Tenía memoria. Tenía método. Y tenía algo que Juana nunca había considerado un peligro real hasta ese momento: la voluntad inquebrantable de contar la verdad completa, sin importar las consecuencias.

Al día siguiente, una carta anónima llegó a la comandancia municipal con la puntualidad de un reloj suizo. Estaba redactada con la precisión de un informe científico, detallando con fechas exactas y nombres completos los extraños fallecimientos que habían rodeado la vida de Juana a lo largo de los años.

No acusaba directamente, porque las acusaciones directas pueden ser refutadas o desmentidas. Solo sugería, planteaba preguntas, señalaba coincidencias estadísticamente improbables, invitaba a la reflexión sobre patrones que saltaban a la vista una vez que alguien se tomaba la molestia de conectar los puntos.

Pero era suficiente para encender la chispa del escándalo en un pueblo donde los rumores se propagan con la velocidad de los incendios en época seca.

Juana comprendió entonces, con esa claridad terrible que llega en los momentos de crisis definitiva, que no podía matar a Elías. No a él. No sin destruirse también a sí misma en el proceso, porque él había preparado el terreno con una meticulosidad que rivalizaba con la suya propia.

Había dejado copias de su investigación en varios sitios estratégicos, como un seguro de vida que funcionaría incluso después de su muerte. Había escrito con letra clara y precisa: "Si algo me ocurre en circunstancias sospechosas, búsqüenla a ella. Todas las respuestas están en este cuaderno."

Por primera vez en su carrera criminal, Juana estaba acorralada. No por la ley, que había demostrado ser ineficiente e incompetente. Ni por la culpa, que había aprendido a suprimir como se suprime cualquier emoción inconveniente. Sino por alguien que había entendido su juego mejor que ella misma y estaba dispuesto a jugarlo con una frialdad que la igualaba.

Esa noche, en la misma biblioteca donde todo había comenzado tantos años atrás, Juana se encontró con Elías una última vez. La tensión entre ellos era palpable, como la electricidad que precede a las tormentas más devastadoras.

Él cerró su cuaderno con lentitud ceremonial, como quien concluye una sinfonía que ha estado componiendo durante años.

—¿Sabe qué me enseñó usted, doña Juana? —preguntó, con una voz que sonaba como seda sobre acero.

—Dímelo —susurró ella, con una serenidad de cristal que amenazaba con quebrarse en cualquier momento.

—Que matar no es el arte más refinado —respondió, saboreando cada palabra como si fuera el verso final de un poema largamente meditado—. El verdadero arte es dejar que el mundo vea exactamente lo que uno ha hecho... sin ensuciarse las manos jamás.

Y se marchó, dejando sobre la mesa una hoja suelta que contenía el primer párrafo de lo que prometía ser su obra maestra literaria. En ella, con una caligrafía que parecía tallada en piedra, se leía:

"La muerte en Santa Amalia no llegó con armas ni con gritos. Llegó vestida de negro, con una sonrisa leve y los modales de una reina. Se llamaba Juana. Y esta es su historia."

Juana se quedó sola en la biblioteca, con el corazón latiendo a un ritmo que no había experimentado desde su primer asesinato. Por primera vez en su vida adulta, supo que el final de su historia no sería escrito por ella.

El verdadero duelo ya no era de fuerza ni de astucia. Era de narrativas. Y el epílogo, comprendió con una mezcla de admiración y terror, lo escribiría otro.

Alguien que había aprendido de ella que el poder verdadero no reside en la capacidad de matar, sino en la habilidad de controlar cómo se cuenta la historia después de que todos los protagonistas han desaparecido.

Y Elías Cortés, discípulo aventajado de una maestra que nunca supo que lo estaba enseñando, estaba a punto de demostrar que había superado a su profesora en el arte más letal de todos: el arte de la palabra escrita que sobrevive a quienes la pronunciaron.

Capítulo 7

La justicia que llega de quien menos se espera

La historia de Juana —esa leyenda bordada con hilos de muerte y silencio que había crecido hasta convertirse en el mito fundacional de Santa Amalia— no terminó con una celda ni con una sentencia. No hubo jueces con pelucas empolvadas, ni cadenas que arrastraran sobre piedras frías, ni verdugos que prepararan la soga con nudos expertos.

Solo una mirada, una palabra, y el eco invisible de lo inevitable que se acerca con pasos de lobo.

Tras la última conversación en la biblioteca, esa despedida que había sonado más a declaración de guerra que a adiós cortés, Juana supo con una certeza que le helaba los huesos que su tiempo ya no le pertenecía. Elías no la denunciaría ante las autoridades, que de todas formas habrían sido incompetentes para procesar un caso de esta complejidad. No la perseguiría con amenazas o chantajes que podrían ser neutralizados con los métodos que había perfeccionado durante años.

Peor aún: la había dejado libre. Libre para esperar. Para imaginar. Para temer. Para experimentar en carne propia esa tortura psicológica que ella había aplicado a otros con tanta eficacia.

Y eso era infinitamente más cruel que cualquier castigo físico.

Santa Amalia, sin saberlo conscientemente pero intuyéndolo con esa sabiduría colectiva que desarrollan las comunidades pequeñas, ya había emitido su veredicto. En el mercado, las mujeres evitaban su paso con una sincronización que parecía coreografiada. En misa, nadie le ofrecía ya el saludo de paz que antes recibía por cortesía obligatoria. Los niños, antes fascinados por su elegancia enigmática, ahora bajaban la mirada y apretaban las manos de sus madres cuando la veían acercarse.

Era el exilio sin barrotes, el ostracismo sin decreto oficial, el precio silencioso de haber creído que la perfección podía ser impune para siempre. Una condena que se ejecutaba gota a gota, mirada a mirada, silencio a silencio.

Una mañana que olía a lluvia distante y a secretos por revelarse, llegó al pueblo una anciana cargando un rebozo azul desteñido y una maleta que parecía contener más recuerdos que pertenencias. Cojeaba sobre una pierna que había aprendido a compensar el peso de años difíciles, arrastrando tras de sí un pasado que no olía a tierra sino a ausencia, a cosas que habían sido robadas y nunca devueltas.

La gente no la reconoció inmediatamente, porque el tiempo había cambiado sus rasgos y la pobreza había doblado su espalda hasta hacerla irreconocible. Pero Juana sí la reconoció. La vio desde el balcón de su mansión y supo —antes de que la anciana tocara su puerta, antes de que pronunciara una sola palabra— que la justicia no siempre llega uniformada y con distintivos oficiales.

A veces llega en sandalias rotas y con voz temblorosa, pero llega.

Era Antonia Mendoza, la madre de Elías. La sirvienta muda que Juana había creído haber olvidado completamente, como se olvidan los objetos que se

usan una vez y se descartan sin pensarlo dos veces. La mujer que, en otra vida que parecía pertenecerle a otra persona, le había servido el té cada tarde en la casona de los Aguirre, que había sido testigo silencioso de miradas cargadas de intención, de palabras no dichas que flotaban en el aire como promesas de tormenta.

Testigo de una noche. Una sola. Aquella en la que la señora Aguirre —la primera esposa de Don Crispín— amaneció muerta en su cama con una expresión de sorpresa que sugería que la muerte había llegado cuando menos la esperaba. Antes de que Juana apareciera oficialmente en la vida de la familia. Antes de todo lo que vino después.

Un prólogo que todos habían olvidado, excepto la mujer que había limpiado la habitación y había notado detalles que otros habían pasado por alto.

Antonia nunca había hablado. No entonces, cuando el miedo era más fuerte que la justicia. No después, cuando la supervivencia era más importante que la verdad. Había permanecido muda no solo por una condición médica, sino por una decisión consciente de protegerse a sí misma y a su hijo de una verdad que podría haberlos destruido.

Hasta que una fiebre alta, años después, la había dejado físicamente inválida pero le había devuelto, misteriosamente, el habla. Y con ella, los recuerdos que había mantenido sepultados como tesoros peligrosos.

Nadie la había escuchado cuando comenzó a hablar, porque quién iba a creer las palabras de una anciana enferma que deliraba con fiebres. Nadie excepto su hijo, que había heredado de ella la paciencia de quien sabe esperar el momento adecuado para actuar.

Juana abrió la puerta de su mansión porque sabía que no tenía alternativa. Antonia entró sin ser invitada, con esa autoridad que otorga el haber sobrevivido a demasiadas tragedias. No hubo gritos ni acusaciones dramáticas. Solo dos mujeres, frente a frente, en un silencio que contenía décadas de secretos compartidos.

La anciana se sentó en la sala donde Juana había recibido las condolencias por sus maridos muertos, y sacó de su bolso un pequeño paquete envuelto en papel amarillento. Lo colocó sobre la mesa de centro sin decir palabra, como quien presenta evidencia en un juicio que había estado posponiendo durante años.

Juana lo abrió con manos que temblaban imperceptiblemente. Dentro había una fotografía amarillenta que el tiempo había vuelto frágil como una hoja seca. Ella misma, mucho más joven, en el patio de los Aguirre, sirviendo una copa con la mirada baja y una expresión que sugería secretos. Y al fondo, muy nítida a pesar de los años, Antonia. Observando. Recordando. Guardando cada detalle como un archivo viviente.

—Siempre supe lo que eras —dijo la vieja, con una voz rota por el tiempo pero fortalecida por la certeza—. Pero tenía miedo. Y el miedo... también mata. Mata la voluntad, la justicia, la posibilidad de actuar cuando se debe.

Juana asintió, porque mentir a estas alturas habría sido un insulto a la inteligencia de ambas. No intentó justificarse ni defenderse. Solo preguntó,

con la curiosidad genuina de quien se encuentra con un adversario inesperado:

—Y ahora, ¿qué quieres?

Antonia la miró con una serenidad que dolía más que cualquier acusación furiosa.

—Nada. Ya no quiero nada de ti ni para ti. Solo vine a verte por última vez. A devolvarte lo que me quitaste: el silencio.

Se levantó con dificultad, apoyándose en un bastón que había tallado ella misma, y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió una última vez:

—Mi hijo tiene razón. La justicia no siempre llega como esperamos. Pero siempre llega.

Y se fue, dejando a Juana sola con una fotografía que valía más que cualquier confesión firmada.

Esa noche, Juana no encendió las luces de la mansión. Se quedó sentada en la oscuridad, mientras el reloj de pared marcaba con lentitud los segundos más largos de su vida. La casa estaba vacía de sirvientes —todos habían renunciado gradualmente, como ratas que abandonan un barco que presiente que va a hundirse.

Su legado, construido sobre cuatro cadáveres y décadas de mentiras perfectamente elaboradas, se desmoronaba no con estruendo sino con la lentitud inexorable de la erosión. Su historia ya no era suya; pertenecía ahora a quien tuviera la habilidad de contarla mejor.

Al amanecer, nadie la vio salir. Nadie la vio entrar. Simplemente desapareció, como se desvanecen las pesadillas cuando llega la luz del día.

Un jornalero dijo haberla visto caminando por el campo con el pelo suelto al viento y la mirada fija en un horizonte que solo ella podía ver. Otros murmuraron que había abordado el tren de medianoche en la estación abandonada, sin equipaje y sin destino aparente.

Pero nadie supo con certeza qué fue de Juana, y esa incertidumbre se convirtió en parte de su leyenda.

Años después, una joven periodista —nieta de una costurera del pueblo que había guardado retazos de tela de los vestidos de luto de Juana— publicó un libro titulado *La flor venenosa*. Narraba la historia completa con detalles que nadie había contado jamás, con una precisión que solo podía provenir de alguien que había tenido acceso a fuentes que habían permanecido silenciosas durante décadas.

En la dedicatoria, escrita con una caligrafía que recordaba a la de Elías Cortés, se leía:

"A mi madre... y a la mujer que me enseñó que la justicia, a veces, llega en voz baja y se sienta a esperar el momento exacto para actuar."

Epílogo

El eco de la flor venenosa

Santa Amalia volvió a su letargo habitual, ese ritmo de pueblo pequeño donde los días se suceden idénticos y los años se miden más en cosechas que en calendarios. Las paredes de las casas se repintaron con colores más alegres. Las propiedades cambiaron de dueños que preferían no hacer preguntas sobre el pasado de sus nuevas adquisiciones.

Pero en las noches sin luna, cuando el viento sopla con una insistencia que parece personal, los más viejos aún susurran que en cada casa hay una mujer como Juana. Que observa. Que espera. Que ha aprendido que la supervivencia es un arte que se perfecciona con la práctica.

Y que, si no escuchas con cuidado los silencios, si no prestas atención a las miradas que duran un segundo más de lo necesario, puedes estar viviendo tu propia historia sin saber que alguien más está escribiendo el final.

La mansión de los Aguirre fue convertida en museo, aunque nadie visita las habitaciones donde durmieron los maridos muertos. Los guías turísticos cuentan versiones edulcoradas de la historia, omitiendo los detalles que podrían perturbar a los visitantes o despertar pesadillas en los niños.

Pero los lugareños saben que hay habitaciones que permanecen cerradas por buenas razones, espejos que reflejan más de lo que deberían, y retratos cuyos ojos siguen a quien se atreve a mirarlos demasiado tiempo.

En el cementerio, una lápida sin nombre marca un lugar que oficialmente está vacío. Pero cada año, el día de los muertos, aparecen flores negras frescas sobre la tierra, como si alguien recordara a quien nunca fue enterrada allí.

Los niños de Santa Amalia crecen escuchando la historia de Juana como una fábula moral sobre los peligros de la ambición desmedida. Las niñas aprenden que la belleza sin alma es más peligrosa que la fealdad honesta. Los niños descubren que hay mujeres que es mejor admirar desde lejos y nunca intentar poseer.

Y todos, sin excepción, aprenden que hay flores que no deben nombrarse después del anochecer.

Porque saben —todos lo saben, aunque ninguno lo diga en voz alta— que hay crímenes perfectos que solo esperan la oportunidad de repetirse.

Y que la historia, como las flores venenosas, tiene semillas que germinan en los lugares más inesperados, cuando las condiciones son exactamente las adecuadas.

Décadas después de su desaparición, cuando ya nadie recordaba el color exacto de sus ojos o el timbre preciso de su voz, Juana seguía siendo el nombre que las madres susurraban como advertencia y que los padres evitaban pronunciar en presencia de sus hijas.

No porque hubiera sido especialmente bella o particularmente inteligente, sino porque había demostrado que en el equilibrio delicado entre víctima y victimario, entre cazador y presa, la diferencia la marca no la fuerza física ni el poder económico.

La marca la voluntad de hacer lo que otros no se atreverían ni a imaginar.

Y esa voluntad, una vez despertada, no muere jamás. Solo duerme, esperando el momento adecuado para encontrar un nuevo huésped.

Porque me la contaron de noche... cuando las historias más peligrosas son las que parecen haber terminado pero solo han cambiado de protagonista.

LO SUPE CUANDO DESPERTÉ

Capítulo 1

El internamiento

No hay sonido más definitivo que el de llaves girando por última vez en una cerradura que se cierra desde el lado equivocado. Matías Solórzano escuchó ese clic metálico con una claridad que le atravesó el alma como un clavo oxidado, mientras las manos enguantadas de los enfermeros se alejaban de su cuerpo con esa eficiencia profesional que caracteriza a quienes han aprendido a tratar la desesperación humana como un procedimiento rutinario más.

La habitación olía a desinfectante que no lograba enmascarar completamente otros aromas más primitivos: sudor rancio, miedo concentrado, y esa esencia indefinible que despiden los lugares donde la esperanza viene a morir lentamente, gota a gota, día tras día.

Las paredes eran de un color que algún psicólogo había determinado como "terapéuticamente tranquilizante" pero que en realidad parecía el tono exacto de la resignación: un verde pálido que no era verde ni pálido, sino algo que existía en los márgenes de ambas categorías, como si hubiera sido diseñado específicamente para no evocar ninguna emoción en particular.

—Señor Solórzano —dijo la doctora Urueta, consultando una carpeta que contenía su vida reducida a una serie de marcas de verificación y observaciones clínicas—, espero que entienda que está aquí por su propio bien. Los episodios que ha estado experimentando requieren observación especializada. Nada permanente, por supuesto. Solo el tiempo necesario para estabilizar su condición.

Matías la miró con una serenidad que había perfeccionado durante los últimos meses, esa expresión neutra que había aprendido a adoptar cuando los adultos usaban palabras como "episodios" y "condición" para referirse a experiencias que él sabía eran perfectamente reales, completamente válidas, y absolutamente aterradoras.

—Doctora —respondió con una voz que sonaba más calmada de lo que se sentía—, lo que he estado viendo no son alucinaciones. Son... advertencias.

Los ojos de la mujer se entrecerraron ligeramente, y Matías reconoció esa expresión: la mirada de alguien que acababa de confirmar una sospecha diagnóstica. Como quien marca una casilla en una lista de síntomas esperados.

—Esa sensación de que las experiencias son reales es precisamente parte de lo que vamos a tratar aquí —explicó con una paciencia que sonaba ensayada—. Su mente está procesando información de maneras que no corresponden con la realidad consensual. Pero eso no significa que usted esté... "loco", por usar un término que la gente emplea incorrectamente. Significa que necesita ayuda para reorganizar esos procesos.

Realidad consensual. La frase resonó en la mente de Matías con una ironía que la doctora probablemente no había pretendido. Como si la realidad fuera algo que se decidiera por votación popular, como si las cosas dejaran de existir cuando la mayoría acordaba ignorarlas.

—¿Y si yo no quiero reorganizar nada? —preguntó, con una tranquilidad que enmascaraba una rabia creciente—. ¿Y si lo que ustedes llaman síntomas son simplemente una manera diferente de percibir el mundo?

La doctora Urueta cerró la carpeta con un movimiento que sonó más fuerte de lo necesario, como una puerta que se azota para terminar una conversación incómoda.

—Señor Solórzano, usted está aquí porque su familia reportó comportamientos que ponían en riesgo su seguridad y la de otros. Episodios

de agresividad, insomnio crónico, y declaraciones sobre "ver el futuro" que generaron preocupación legítima sobre su bienestar mental.

—Nunca he lastimado a nadie.

—Físicamente, no. Pero el deterioro psicológico que han observado sus seres queridos...

—Mis "seres queridos" —interrumpió Matías, haciendo comillas en el aire con los dedos— me trajeron aquí porque les daba miedo lo que yo sabía sobre ellos. No porque estuviera enfermo.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos como un tercer ocupante de la habitación. La doctora Urueta lo observó con una intensidad nueva, como si estuviera recalculando algo en su evaluación inicial.

—¿Qué cree usted que sabe sobre ellos?

Matías sonrió, pero no fue una sonrisa alegre. Fue la sonrisa de alguien que ha visto demasiado y que ha aprendido que la verdad es un lujo que pocas personas pueden permitirse.

—Sé que mi hermana lleva seis meses robando dinero de la cuenta bancaria de mi madre. Pequeñas cantidades, nada que se note inmediatamente, pero lo suficiente para financiar su adicción al juego que cree que nadie ha descubierto.

La expresión de la doctora no cambió, pero Matías notó que sus dedos se tensaron imperceptiblemente alrededor del bolígrafo.

—Sé que mi madre tiene una relación de dos años con el contador de la empresa donde trabaja, y que planea pedirle el divorcio a mi padre tan pronto como el hombre deje a su esposa. Lo cual no va a ocurrir nunca, porque él solo está usando a mi madre para obtener información privilegiada sobre los clientes de la compañía.

—Señor Solórzano...

—Y sé que mi padre está enterado de todo esto. Lo ha sabido desde el principio. Pero finge ignorancia porque él también tiene secretos que prefiere mantener ocultos. Como el hecho de que la "consultoría independiente" por la que recibe pagos mensuales de treinta mil pesos es en realidad lavado de dinero para una red de narcotraficantes de mediana escala.

La doctora Urueta dejó el bolígrafo sobre la mesa con un movimiento deliberadamente lento, como si estuviera dándose tiempo para procesar información que no había esperado recibir.

—¿Y cómo obtuvo usted toda esta... información?

—Los veo —respondió Matías, con una simplicidad que sonaba más inquietante que cualquier elaboración dramática habría logrado—. Veo lo que hacen cuando creen que nadie los observa. Veo sus conversaciones telefónicas, sus encuentros secretos, las mentiras que se dictan a sí mismos en espejos cuando piensan que están solos.

—¿Los ve literalmente? ¿Como si estuviera presente físicamente?

—Como si estuviera dentro de sus cabezas. Como si pudiera acceder a sus pensamientos, sus memorias, sus planes futuros. No todo el tiempo, y no siempre de manera controlada. Pero lo suficiente para saber que la versión de la realidad que presentan al mundo es una elaborada obra de teatro.

La doctora se levantó y caminó hacia la ventana, donde la vista daba a un patio interior donde otros pacientes se movían con la lentitud sedada de quienes han aprendido que la resistencia solo empeora las cosas.

—Matías —dijo, usando su nombre por primera vez desde que había comenzado la sesión—, ¿entiende por qué esa capacidad que describe podría ser interpretada como síntoma de una condición psiquiátrica?

—Entiendo por qué sería conveniente interpretarla de esa manera —respondió él—. Especialmente para personas que prefieren que sus secretos permanezcan secretos.

—¿Está sugiriendo que su familia conspiró para internarlo con el propósito de silenciarlo?

—Estoy diciendo que es una coincidencia muy conveniente que mi "crisis psicótica" comenzara exactamente cuando empecé a confrontarlos sobre comportamientos que preferían mantener ocultos.

La doctora regresó a su asiento, pero esta vez se sentó más cerca de él, como si la distancia física anterior hubiera sido parte de un protocolo que ya no consideraba necesario.

—¿Ha considerado la posibilidad de que su conocimiento sobre estos... secretos familiares... provenga de observaciones subconscientes que su mente ha procesado y presentado como visiones sobrenaturales?

—¿Ha considerado usted la posibilidad de que algunas personas simplemente vean más de lo que otras están dispuestas a reconocer?

Otro silencio, este más largo que el anterior, como si ambos estuvieran evaluando cuánta honestidad podían permitirse en una conversación que había tomado un rumbo que ninguno había anticipado completamente.

—Matías, independientemente de la fuente de su conocimiento sobre los asuntos familiares, el hecho permanece: usted ha estado experimentando insomnio severo, episodios de desconexión de la realidad inmediata, y comportamientos que sus seres queridos consideran preocupantes.

—Los comportamientos que ellos consideran preocupantes son: hacer preguntas incómodas, rechazar mentiras obvias, y negarme a participar en la ficción colectiva que mantiene a nuestra familia funcionando superficialmente.

—¿Y los episodios de desconexión?

Matías vaciló por primera vez desde que había comenzado la conversación. Había sido fácil hablar sobre los secretos familiares, sobre la hipocresía que lo rodeaba, sobre las motivaciones políticas detrás de su internamiento. Pero los episodios... esos eran diferentes. Más personales. Más aterradores, incluso para él.

—A veces me voy —admitió finalmente—. No físicamente. Pero mi mente... se va a otros lugares, otros tiempos. Veo conversaciones que aún no han ocurrido, decisiones que se tomarán mañana o la próxima semana. Y cuando regreso, tengo información que no debería tener.

—¿Cómo información específica sobre eventos futuros?

—Como saber que usted le va a decir a su supervisor que no estoy respondiendo a los protocolos estándar de evaluación. Que va a recomendar un período de observación extendido porque considera que represento un "caso complejo" que podría ser valioso para fines de investigación.

El rostro de la doctora Urueta se endureció casi imperceptiblemente, como si Matías hubiera tocado un nervio que no había pretendido exponer.

—¿Cuándo supuestamente tendré esa conversación?

—Mañana a las tres de la tarde. En la oficina del Dr. Herrera, el director clínico. Usted va a usar palabras como "resistencia inusual al diagnóstico" y "posible potencial para estudio de caso longitudinal".

La doctora no respondió inmediatamente, pero Matías pudo ver algo en sus ojos que no había estado allí antes: una mezcla de fascinación e inquietud que sugería que sus palabras habían resonado de maneras que no había anticipado.

—Supongamos, por un momento, que sus... percepciones... son exactas —dijo finalmente—. ¿Entiende que eso no cambia el hecho de que necesita aprender a manejar estas experiencias de manera que no interfieran con su capacidad de funcionar en sociedad?

—¿Funcionar en una sociedad construida sobre mentiras, secretos, y la negación colectiva de verdades incómodas?

—Funcionar en la única sociedad que tenemos disponible.

Matías se recostó en su silla, sintiendo por primera vez desde que había llegado al hospital un cansancio que no era solo físico. Era el agotamiento de quien ha estado luchando contra corrientes demasiado fuertes durante demasiado tiempo.

—Doctora Urueta —dijo con una voz que había perdido el borde defensivo—, ¿alguna vez ha considerado que tal vez el problema no sea que algunas personas vean demasiado, sino que la mayoría ve demasiado poco?

—Todos los días —respondió ella, con una honestidad que sorprendió a ambos—. Pero mi trabajo no es cambiar el mundo, Matías. Es ayudar a las personas a sobrevivir en el mundo que existe.

—¿Y si sobrevivir significa renunciar a partes de mí mismo que considero esenciales?

—Entonces tendremos que encontrar maneras de preservar lo esencial mientras modificamos lo que pone en riesgo su bienestar.

La sesión terminó con esa pregunta flotando entre ellos como una bomba de tiempo que había sido activada pero cuya detonación había sido

temporalmente pospuesta. Cuando la doctora se levantó para marcharse, Matías la detuvo con una última pregunta:

—¿Puedo preguntarle algo personal?

Ella vaciló en el umbral, como si estuviera calculando los riesgos de permitir que la conversación se extendiera más allá de los límites profesionales establecidos.

—Puede preguntar.

—¿Qué vio en sus propios sueños anoche que la hizo cuestionar si está tomando las decisiones correctas en su vida personal?

La doctora Urueta se quedó inmóvil durante un momento que se sintió como una eternidad, con una expresión que sugería que Matías había vuelto a tocar algo que no debería haber sabido.

Luego salió sin responder, cerrando la puerta tras ella con un sonido que prometía conversaciones futuras mucho más complejas que la que acababa de terminar.

Matías se quedó solo en la habitación, mirando por la ventana hacia el patio donde los otros pacientes continuaban sus caminatas circulares bajo un cielo que parecía demasiado gris para ser natural, preguntándose si había cometido un error al revelar tanto de su capacidad tan pronto.

Pero ya era demasiado tarde para la cautela. El juego había comenzado, las cartas habían sido mostradas, y ahora solo restaba descubrir si la doctora Urueta sería una aliada en su búsqueda de respuestas o simplemente otra adversaria disfrazada de salvadora.

En cualquier caso, supo con una certeza que lo tranquilizó y lo aterró en igual medida, que mañana a las tres de la tarde descubriría exactamente qué tipo de persona era la mujer que ahora tenía su destino en sus manos.

Y también sabría si sus visiones del futuro eran tan precisas como había comenzado a temer.

Capítulo 2

Los horrores de la niebla

La primera noche en el Instituto San Jerónimo llegó envuelta en sonidos que no pertenecían a ningún hospital que Matías hubiera imaginado. No eran los lamentos típicos de pacientes psiquiátricos que había esperado escuchar, sino algo más sutil y más perturbador: conversaciones susurradas que se detenían abruptamente cuando alguien se acercaba, pasos que caminaban por pasillos que según el mapa oficial no existían, y un llanto intermitente que parecía venir de las paredes mismas.

Su compañero de habitación era un hombre de mediana edad llamado Evaristo, que había llegado tres semanas antes con un diagnóstico de "trastorno delirante con características paranoides". Tenía la peculiaridad de hablar exclusivamente en susurros, como si temiera que alguien más pudiera escuchar cada palabra que pronunciaba.

—No deberías haber venido aquí —le dijo la primera noche, cuando las luces se apagaron y la habitación se sumió en esa oscuridad que hace que los sonidos distantes parezcan mucho más cercanos de lo que realmente están—. Este lugar... este lugar se alimenta de personas como nosotros.

—¿Personas como nosotros?

—Los que vemos. Los que sabemos. Los que no podemos fingir que el mundo es tan simple como ellos necesitan que sea.

Matías se incorporó en su cama, intentando distinguir el rostro de Evaristo en la penumbra que se filtraba desde el pasillo.

—¿Qué tipo de cosas ves tú?

—Fracturas —respondió Evaristo, con una voz que había adquirido esa calidad distante que caracteriza a quienes han aprendido a describir lo indescriptible—. Lugares donde la realidad se ha agrietado y otras cosas se filtran a través de las grietas. Como si hubieran usado este edificio para experimentos que no debían realizarse, y ahora las consecuencias están... goteando hacia nuestro mundo.

—¿Experimentos?

—No del tipo que piensas. No con químicos o cirujías. Con mentes. Con la capacidad de algunas personas para percibir más de lo que otras pueden manejar. Los doctores aquí... no todos son lo que parecen ser.

Antes de que Matías pudiera hacer más preguntas, la puerta se abrió silenciosamente y una figura apareció en el umbral. Era una enfermera que no había visto durante el día, vestida con un uniforme que parecía estar hecho de un material que absorbía la luz en lugar de reflejarla.

—Medicación nocturna —anunció con una voz que sonaba como si viniera de muy lejos, aunque estaba parada a menos de tres metros de distancia.

Le ofreció a Matías una pequeña copa de plástico que contenía dos píldoras de un color que no podía identificar en la oscuridad. Cuando las tocó con la punta de los dedos, sintieron una temperatura que no correspondía a ningún medicamento que hubiera conocido: frías como el hielo, pero con una cualidad orgánica que sugería que estaban vivas de alguna manera.

—¿Qué son? —preguntó, manteniendo las píldoras en la palma de su mano sin llevárselas a la boca.

—Para ayudarlo a dormir —respondió la enfermera, pero había algo en su tono que sugería que "dormir" no era exactamente lo que las píldoras estaban diseñadas para lograr—. Sin sueños perturbadores. Sin visiones que lo confundan.

Matías miró hacia la cama de Evaristo, pero su compañero se había quedado completamente inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua en el momento exacto en que la enfermera había entrado.

—¿Y si prefiero mantener mis sueños?

La enfermera sonrió, pero no fue una sonrisa tranquilizadora. Fue la sonrisa de alguien que había escuchado esa pregunta muchas veces antes y que sabía exactamente cómo terminaría la conversación.

—Los sueños que usted tiene no son realmente suyos, señor Solórzano. Son interferencias. Señales que está captando de fuentes que no debería poder acceder. Las píldoras lo ayudarán a.... sintonizar mejor su frecuencia natural.

—¿Y si mi frecuencia natural incluye esas señales?

—Entonces tendremos que ajustar su frecuencia hasta que se alinee con lo que es saludable para usted.

Matías se llevó las píldoras a la boca, fingió tragarlas, pero las mantuvo bajo la lengua hasta que la enfermera se retiró. Tan pronto como la puerta se cerró, las escupió en la palma de su mano y las examinó bajo la tenue luz que se filtraba desde el pasillo.

No eran píldoras farmacéuticas normales. Tenían una textura orgánica, como si hubieran sido formadas a partir de algún tipo de material biológico. Y cuando las acercó al oído, creyó escuchar algo imposible: un susurro diminuto, como si cada píldora contuviera una voz microscópica que intentara comunicarse con él.

—No las tomes —le susurró Evaristo desde su cama, tan bajo que Matías tuvo que esforzarse para escuchar—. La primera noche que las tomé, dejé de ser completamente yo mismo. Algo más empezó a vivir en mi cabeza junto conmigo.

—¿Algo más?

—Una presencia. Una conciencia que no es mía pero que puede usar mis ojos, mis oídos, mi voz cuando decide que es necesario. Como si me hubieran convertido en un receptor para algo que quiere observar nuestro mundo sin ser detectado.

Matías guardó las píldoras en el bolsillo de su pijama y se acostó, pero el sueño no llegó. En lugar de eso, comenzó a escuchar algo que al principio confundió con conversaciones distantes: voces que parecían venir de debajo del piso, discusiones llevadas a cabo en tonos tan bajos que solo captaba fragmentos ocasionales.

"...la resistencia del nuevo paciente está dentro de parámetros esperados..."

"...incrementar la dosis gradualmente hasta que acepte la integración..."

"...el sujeto anterior mostró signos de fragmentación mental después del día quince..."

Matías se levantó silenciosamente y puso el oído contra el piso frío. Las voces se hicieron más claras, como si hubiera encontrado el ángulo exacto para recibir una transmisión que no estaba destinada a él.

"...Solórzano presenta capacidades pre cognitivas que exceden el rango normal para alguien sin entrenamiento..."

"...determinar si su habilidad es natural o si ha estado en contacto con algún tipo de catalizador externo..."

"...si es natural, proceder con la extracción... en caso de que sea artificial, investigar la fuente antes de neutralizarla..."

Un sudor frío comenzó a formarse en su frente. Las voces no estaban discutiendo su tratamiento médico. Estaban hablando de él como si fuera un objeto de estudio, un espécimen cuyas capacidades necesitaban ser analizadas y luego eliminadas o controladas.

—¿Los escuchas? —susurró Evaristo desde la oscuridad.

—¿Quiénes son?

—Los que realmente dirigen este lugar. Los doctores que vemos durante el día son solo... empleados. Los verdaderos investigadores trabajan durante la noche, cuando los pacientes están sedados y no pueden interferir con sus actividades.

—¿Qué tipo de investigación hacen?

—Estudian personas como nosotros. Personas que perciben más de lo que debería ser posible. Intentan entender de dónde vienen esas capacidades, cómo funcionan, y si pueden ser transferidas a otros sujetos.

Matías sintió que su boca se secaba como si hubiera estado masticando arena.

—¿Transferidas?

—Algunos pacientes llegan aquí con habilidades paranormales. Después de unas semanas de "tratamiento", pierden esas capacidades. Y algunos miembros del personal... desarrollan nuevas habilidades que antes no tenían.

—Estás sugiriendo que están robando capacidades psíquicas de los pacientes para dárselas a otras personas.

—No estoy sugiriendo nada —respondió Evaristo, con una amargura que sonaba como vidrio molido—. Estoy reportando lo que he observado durante tres semanas de fingir que las píldoras me están funcionando.

Las voces debajo del piso se desvanecieron gradualmente, como si la reunión hubiera terminado o se hubiera trasladado a una ubicación diferente. Matías se quedó acostado en la oscuridad, procesando información que alteraba fundamentalmente su comprensión de por qué estaba allí.

No era un paciente recibiendo tratamiento para una condición psiquiátrica. Era un sujeto de investigación cuyos síntomas habían sido interpretados como evidencia de capacidades que alguien consideraba valiosas para robar.

—Evaristo —susurró—, ¿sabes cómo salen los pacientes de aquí?

Un silencio largo se extendió entre ellos antes de que su compañero respondiera.

—De dos maneras. Algunos se van después de que sus habilidades han sido... transferidas. Regresan a sus familias como versiones vacías de lo que eran antes. Funcionales, pero sin las características que los hacían especiales.

—¿Y la otra manera?

—Los que resisten demasiado tiempo... los que no pueden ser procesados exitosamente... simplemente desaparecen. Sus familias reciben notificaciones sobre "complicaciones imprevistas" o "traslados a unidades especializadas". Pero nunca vuelven a verlos.

Matías cerró los ojos, no para dormir sino para intentar usar su capacidad de percepción para ver lo que le esperaba en los próximos días. Pero descubrió algo que lo llenó de un terror nuevo: sus visiones estaban siendo bloqueadas. En lugar de las imágenes claras que había aprendido a esperar, solo recibía estática mental, como si alguien estuviera interfiriendo deliberadamente con su habilidad.

—No puedes usarlas aquí —le dijo Evaristo, como si hubiera leído sus pensamientos—. Tienen algún tipo de sistema que interfiere con capacidades paranormales. Para los estudios. Necesitan controlarte completamente antes de poder entender cómo funcionas.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que se den cuenta de que no estamos tomando la medicación?

—No mucho. Mañana comenzarán las sesiones de terapia intensiva. Ahí es donde realmente evalúan tus capacidades, donde determinan qué pueden extraer y qué necesitan suprimir.

Matías se incorporó en la cama, sintiendo una urgencia que no había experimentado desde que había llegado al hospital.

—Tenemos que encontrar una manera de salir de aquí.

—No hay manera de salir —respondió Evaristo, con una resignación que sonaba como una sentencia de muerte—. El único escape es volverse tan vacío, tan ordinario, que ya no encuentren nada interesante que estudiar en ti.

—¿Y tú estás dispuesto a eso?

—Ya no tengo opción. Cada día que finjo tomar la medicación, cada noche que escucho sus conversaciones, me vuelvo un poco menos real. Como si estar en este lugar fuera corrosivo para el alma, independientemente de lo que hagan o no hagan contigo físicamente.

Matías se levantó y caminó hacia la ventana, donde la vista daba a un jardín interior que se veía diferente de noche que durante el día. Las plantas parecían moverse con patrones que no correspondían al viento. Las sombras se extendían en direcciones que desafiaban la posición de las luces. Y había formas entre los arbustos que podrían haber sido personas, pero que se movían de maneras demasiado fluidas para ser completamente humanas.

—Evaristo —dijo, sin apartar la mirada del jardín—, ¿qué pasa si en lugar de resistir o someternos, les damos exactamente lo que quieren?

—¿Qué quieres decir?

—Quieren estudiar nuestras capacidades. Quieren entender cómo funcionan. ¿Qué pasaría si les mostráramos capacidades que son mucho más intensas y más peligrosas de lo que realmente son?

Por primera vez desde que había llegado, Matías escuchó algo parecido a esperanza en la voz de su compañero:

—¿Estás sugiriendo que les hagamos creer que somos más poderosos de lo que realmente somos?

—Estoy sugiriendo que les demos una demostración tan convincente y tan aterradora de lo que podemos hacer, que decidan que somos demasiado peligrosos para mantener aquí.

En el jardín, una de las formas se detuvo directamente bajo la ventana y alzó algo que podría haber sido un rostro hacia donde ellos estaban. Matías no pudo distinguir características específicas en la oscuridad, pero tuvo la clara impresión de que estaba siendo observado por algo que había estado esperando exactamente este momento para presentarse.

—Creo que nuestra oportunidad acaba de llegar —murmuró, señalando hacia el jardín.

Porque si había aprendido algo durante su primera noche en el Instituto San Jerónimo, era que las líneas entre la realidad y la alucinación se volvían borrosas en lugares donde se realizaban ciertos tipos de investigación.

Y que a veces, la única manera de escapar de una trampa es convencer a los cazadores de que la presa es mucho más peligrosa de lo que habían anticipado.

Capítulo 3

Voces en mi mente

La sesión de terapia grupal del segundo día fue donde Matías comenzó a entender que la verdadera batalla no sería contra médicos conspiradores o procedimientos experimentales, sino contra algo mucho más sutil y potencialmente más devastador: la erosión gradual de su confianza en sus propias percepciones.

El Dr. Herrera dirigía el grupo con la eficiencia de un director de orquesta que ha memorizado cada nota de una sinfonía particularmente compleja. Era un hombre de unos cincuenta años, con barba perfectamente recortada y una manera de inclinar la cabeza cuando escuchaba que sugería atención genuina pero que Matías reconoció inmediatamente como técnica profesional calculada.

—Hoy vamos a hablar sobre la diferencia entre percepción y realidad —anunció, sentándose en una silla que había sido colocada estratégicamente para que todos los pacientes tuvieran que mirarlo directamente si querían participar en la conversación—. Todos ustedes están aquí porque han tenido experiencias que otros consideran... inusuales. Pero antes de catalogar esas experiencias como síntomas, me gustaría que las compartieran con el grupo.

Había seis pacientes en el círculo. Además de Matías y Evaristo, estaba Edna, una mujer de treinta años que mantenía una libreta donde escribía constantemente con una letra tan pequeña que parecía código; Tomás, un adolescente de diecisiete años que no había hablado con nadie desde su

llegada tres días antes; Carmen, una señora mayor que llevaba puestos lentes oscuros aunque estaban en un salón sin ventanas; y Arturo, un hombre corpulento que tenía la particularidad de responder a preguntas que nadie había formulado en voz alta.

—¿Quién quiere comenzar? —preguntó el Dr. Herrera, con una sonrisa que había sido calibrada para parecer alentadora.

Edna alzó la mano sin dejar de escribir.

—Yo escucho conversaciones —dijo, sin levantar la vista de su libreta—. Conversaciones entre personas que están en otros lugares, sobre temas que aún no han decidido discutir. Como si tuviera acceso a un sistema de intercomunicación que conecta todas las mentes del mundo.

—¿Y qué hace usted con esa información, Edna?

—La documento. La archivo. La clasifico por relevancia y probabilidad de cumplimiento. Llevo registros exactos de cuántas de estas conversaciones se materializan en la realidad y cuántas permanecen solo como posibilidades.

Matías observó la reacción del Dr. Herrera, buscando algún signo de que Edna hubiera dicho algo que confirmara sospechas preexistentes. Pero el médico mantenía esa expresión de interés profesional que no revelaba nada específico sobre sus pensamientos.

—¿Y qué porcentaje de exactitud ha encontrado en sus... predicciones?

—Ochenta y siete por ciento de las conversaciones que registro ocurren dentro de las siguientes setenta y dos horas, con variaciones menores en contenido específico pero manteniendo los temas centrales y las conclusiones principales.

Un silencio incómodo siguió a esta declaración. Matías notó que varios de los otros pacientes habían comenzado a mirar a Edna con una intensidad nueva, como si acabara de revelar información que alteraba su comprensión de por qué estaban todos reunidos en ese lugar.

—Tomás —dijo el Dr. Herrera, dirigiéndose al adolescente que no había hablado—, ¿te gustaría compartir algo con el grupo?

El muchacho levantó la vista por primera vez desde que había comenzado la sesión. Sus ojos tenían esa cualidad vidriosa que Matías había aprendido a asociar con sedación, pero había algo más allá: una intensidad que sugería que su silencio no era síntoma de retraimiento sino de concentración extrema.

—No hablo porque cuando hablo, las cosas cambian —dijo finalmente, con una voz que sonaba como si no hubiera sido usada en semanas—. Las palabras que digo... alteran la probabilidad de que ciertos eventos ocurran. Como si mi voz fuera un catalizador para procesos que deberían permanecer dormidos.

—¿Qué tipo de procesos, Tomás?

—Accidentes. Enfermedades súbitas. Decisiones que las personas toman sin entender por qué las están tomando. Como si cada palabra que pronuncio

fuera una pequeña maldición que se cumple sin que nadie pueda conectarla conmigo directamente.

Matías sintió un escalofrío de reconocimiento. No era exactamente lo mismo que él experimentaba, pero había similitudes suficientes para hacerlo preguntarse si todos los pacientes en esa habitación habían sido seleccionados por criterios más específicos de los que había asumido inicialmente.

—Carmen —continuó el Dr. Herrera—, ¿qué nos puedes contar sobre tus experiencias?

La mujer mayor se quitó los lentes oscuros, revelando ojos que parecían completamente normales pero que tenían una calidad inquietante cuando te miraban directamente.

—Veo a través de otros ojos —dijo con una simplicidad que hacía que su declaración sonara más perturbadora que si hubiera usado lenguaje elaborado—. No siempre, y no siempre de manera controlada. Pero a veces, cuando estoy en lugares con mucha gente, puedo ver el mundo a través de la perspectiva de cualquier persona en mi campo visual.

—¿Y qué hace con esa... capacidad?

—Trato de no usarla. Porque descubrí que la mayoría de las personas tienen pensamientos que preferiría no conocer. Y que saber lo que realmente piensan sobre mí, sobre sus familias, sobre sus vidas, es más información de la que cualquier persona debería tener que procesar.

El Dr. Herrera tomó notas en una libreta que mantenía sobre sus rodillas, escribiendo con una velocidad que sugería que estaba registrando más que simples observaciones clínicas.

—Arturo, ¿qué experimenta usted?

El hombre corpulento sonrió con una expresión que no llegaba a sus ojos.

—Respondo a preguntas que las personas han pensado pero no han verbalizado. Como en este momento, doctor, cuando está pensando si alguno de nosotros representa un peligro real para la sociedad o si simplemente somos individuos con imaginaciones particularmente desarrolladas.

La sonrisa del Dr. Herrera vaciló por una fracción de segundo, tan brevemente que alguien que no hubiera estado observando intensamente podría haberlo perdido.

—¿Y cuál cree que es la respuesta a esa pregunta, Arturo?

—Creo que la pregunta más importante no es si somos peligrosos, sino si usted y sus colegas entienden completamente las implicaciones de lo que están estudiando aquí.

—¿Qué quiere decir con "estudiando"?

—Quiero decir que esta no es una sesión de terapia grupal diseñada para ayudarnos a procesar nuestras experiencias. Es una evaluación. Están midiendo el alcance y la especificidad de nuestras capacidades para determinar si representamos algún tipo de... valor estratégico.

Matías sintió que todos los músculos de su cuerpo se tensaban simultáneamente. Arturo había verbalizado exactamente lo que él había estado sospechando, pero con una firmeza que podría ser extremadamente peligrosa o extremadamente liberadora.

—Matías —dijo el Dr. Herrera, girándose hacia él con una intensidad que no había mostrado con los otros pacientes—, ¿qué opina sobre las observaciones de Arturo?

—Opino que todos estamos aquí por razones que van más allá de nuestro bienestar mental —respondió, decidiendo que ya era demasiado tarde para la cautela—. Y que usted está más interesado en catalogar nuestras habilidades que en tratarlas como síntomas.

—¿Y eso lo preocupa?

—Me preocupa que ninguno de nosotros entienda completamente las consecuencias de estar tan cooperativos con un proceso del que no conocemos el propósito final.

El Dr. Herrera cerró su libreta con un movimiento que sonó más definitivo de lo necesario.

—¿Están sugiriendo que hay algún tipo de agenda oculta en su tratamiento aquí?

—Estamos sugiriendo —intervino Edna, sin dejar de escribir— que es estadísticamente improbable que seis personas con capacidades paranormales específicas hayan sido internadas en la misma Institución por casualidad.

—¿Y qué proponen hacer con esa... sospecha?

Evaristo, que había permanecido en silencio durante toda la sesión, finalmente habló:

—Propongo que dejemos de fingir que no sabemos lo que está ocurriendo aquí y comencemos a discutir los términos de nuestra participación en lugar de pretender que somos víctimas pasivas de un tratamiento médico convencional.

Un silencio se extendió por la habitación como niebla espesa. Matías pudo sentir que algo fundamental había cambiado en la dinámica del grupo, como si hubieran cruzado un umbral del que no habría retorno posible.

—¿Están seguros de que quieren tener esta conversación? —preguntó el Dr. Herrera, y por primera vez desde que había comenzado la sesión, su voz sonaba completamente genuina, sin técnica profesional ni manipulación psicológica.

—Estamos seguros de que ya no podemos pretender que no la estamos teniendo —respondió Matías.

El Dr. Herrera se levantó y caminó hacia la puerta, pero antes de salir se volvió una última vez:

—Mañana tendremos una conversación diferente. Una conversación sobre opciones. Pero les advierto que una vez que esa conversación comience, no

podrán regresar a la ignorancia cómoda que han estado cultivando durante los últimos días.

Cuando se fue, los seis pacientes se quedaron mirándose entre ellos con una mezcla de alivio y terror que ninguno sabía cómo procesar.

—¿Acabamos de cometer un error? —preguntó Tomás.

—Acabamos de dejar de cometer el error de fingir que no sabíamos lo que estaba pasando —respondió Carmen—. Ahora lo que necesitamos descubrir es si eso nos hace más o menos seguros.

Matías miró a sus compañeros y se dio cuenta de que ya no eran simplemente pacientes psiquiátricos compartiendo síntomas. Se habían convertido en algo más complejo y potencialmente más peligroso: conspiradores unidos por capacidades que nadie entendía completamente y por la certeza creciente de que su destino dependería de qué tan bien pudieran manejar una situación que acababa de volverse mucho más complicada de lo que cualquiera de ellos había anticipado.

Esa noche, ninguno de ellos tomó la medicación.

Y por primera vez desde que habían llegado al Instituto San Jerónimo, todos durmieron profundamente.

Como si finalmente hubieran dejado de luchar contra corrientes que los habían estado arrastrando hacia un destino que ya no parecía completamente fuera de su control.

Capítulo 4

Un lugar para pensar

La conversación prometida por el Dr. Herrera no llegó al día siguiente como habían esperado. En su lugar, llegó la doctora Urueta con una propuesta que ninguno de los seis había anticipado: traslado a lo que llamó "el ala de observación especializada", un sector del hospital que, según explicó, estaba diseñado para pacientes que requerían un enfoque terapéutico más individualizado.

—No es un castigo —aclaró mientras revisaba sus archivos con esa precisión mecánica que Matías había aprendido a desconfiar—. Es una oportunidad para que trabajemos con ustedes de manera más directa, sin las limitaciones que impone el protocolo de tratamiento grupal estándar.

Las habitaciones en el ala especializada eran notablemente diferentes: más grandes, con mobiliario que parecía menos institucional, y ventanas que ofrecían vistas a jardines que se veían cuidados por jardineros que sabían lo que hacían. Pero también tenían cámaras de seguridad más visibles y puertas que se cerraban con un sonido que sugería sistemas de bloqueo más sofisticados.

Matías fue asignado a una habitación individual, sin compañero de cuarto, lo cual le dio por primera vez desde su llegada la privacidad necesaria para pensar sin la influencia de las perspectivas de otros pacientes. Era una

bendición y una maldición: finalmente podía procesar sus propias experiencias sin filtros externos, pero también perdía la validación que venía de saber que otros estaban experimentando anomalías similares.

La primera sesión individual con la doctora Urueta en el nuevo entorno fue diferente de todas las conversaciones anteriores. No había pretensiones sobre terapia grupal o evaluaciones generales. Era, desde el primer momento, una negociación entre dos personas que habían decidido que ya no valía la pena fingir que no entendían lo que estaba ocurriendo.

—Matías —dijo, sentándose frente a él en una silla que había sido colocada a una distancia que sugería igualdad más que jerarquía médico-paciente—, creo que ambos sabemos que su presencia aquí ha trascendido los parámetros de un internamiento psiquiátrico convencional.

—¿Está admitiendo que mis sospechas sobre este lugar son correctas?

—Estoy admitiendo que usted y sus compañeros presentan características que van más allá de lo que normalmente catalogaríamos como síntomas de enfermedad mental. La pregunta es: ¿qué queremos hacer con esa información?

Matías se recostó en su silla, sintiendo por primera vez en días que tenía algún grado de control sobre la dirección de una conversación médica.

—¿Qué opciones estoy considerando?

—Opción uno: continuamos con el protocolo de tratamiento estándar. Le damos medicación que reducirá la intensidad de sus experiencias paranormales hasta que pueda funcionar en sociedad sin llamar la atención. Usted regresa a su vida anterior como una versión más convencional de sí mismo.

—¿Y la opción dos?

—Participación consciente en un programa de investigación diseñado para entender mejor las capacidades que usted y otros como usted poseen. No como sujetos de estudio, sino como colaboradores en un proceso que podría beneficiar tanto a la ciencia como a personas que tienen experiencias similares a las suyas.

Matías procesó esta información durante un momento que se sintió como una hora completa.

—¿Y cuál es la diferencia práctica entre ser un sujeto de estudio y ser un colaborador?

—Consentimiento informado. Participación voluntaria. La capacidad de suspender su participación en cualquier momento si decide que los beneficios no superan los riesgos.

—¿Y qué tipo de investigación estamos discutiendo?

La doctora Urueta abrió una carpeta que había estado manteniendo cerrada sobre su regazo. Dentro había documentos que parecían mucho más técnicos que las notas clínicas estándar.

—Estudios sobre percepción extrasensorial, precognición, telecomunicación, y otros fenómenos que la ciencia convencional ha sido reacia a investigar seriamente. Con metodologías rigurosas, controles apropiados, y la participación de investigadores de instituciones académicas respetadas.

—¿Están sugiriendo que mis... experiencias... son reales y no síntomas de esquizofrenia?

—Estamos sugiriendo que la línea entre "real" y "sintomático" podría ser más borrosa de lo que tradicionalmente hemos asumido. Y que vale la pena investigar esa ambigüedad en lugar de simplemente medicarla hasta que desaparezca.

Matías sintió una mezcla de alivio y aprensión que no sabía cómo interpretar. Parte de él había estado desesperado por validación de que sus percepciones no eran simplemente productos de una mente enferma. Pero otra parte reconocía que esa validación venía con implicaciones que podrían ser más complicadas que el diagnóstico psiquiátrico que había estado rechazando.

—¿Qué pasa con mis compañeros?

—Están recibiendo ofertas similares. Algunos han expresado interés. Otros prefieren el tratamiento convencional. La decisión es completamente individual.

—¿Y si decido que no quiero participar en investigación pero tampoco quiero medicación que suprima mis capacidades?

—Entonces trabajamos juntos para encontrar maneras de ayudarlo a manejar esas capacidades de manera que pueda vivir una vida productiva sin interferencia constante de experiencias que no puede controlar.

La sesión terminó con Matías pidiendo tiempo para considerar sus opciones, pero esa noche descubrió que la decisión era más compleja de lo que había anticipado. Sin la medicación que había estado evitando tomar, y sin la interferencia que había experimentado en los primeros días, sus capacidades de percepción regresaron con una intensidad que lo sobrepasó completamente.

Vio conversaciones que los doctores tendrían sobre él en reuniones que aún no habían sido programadas. Vio las decisiones que sus compañeros pacientes tomarían respecto a sus propias opciones de tratamiento. Vio fragmentos de su propio futuro que dependían de elecciones que aún no había tomado, como si estuviera viendo múltiples líneas temporales que se ramificaban desde el momento presente.

Y vio algo más que lo llenó de una fascinación inquietante: vio que la doctora Urueta también tenía capacidades que estaba ocultando cuidadosamente. No tan desarrolladas como las suyas, pero definitivamente presentes. Como si hubiera sido asignada a su caso no solo por su competencia profesional sino por algún tipo de compatibilidad psíquica que facilitaría la comunicación entre ellos.

A la mañana siguiente, cuando la doctora regresó para escuchar su decisión, Matías la sorprendió con una pregunta que no había estado en su agenda:

—¿Cuánto tiempo ha sabido que usted también puede ver cosas que otros no pueden ver?

La expresión en el rostro de la doctora Urueta fue la primera reacción completamente espontánea y no profesional que Matías había observado en cualquier miembro del personal médico desde su llegada.

—¿Qué le hace pensar que yo tengo capacidades similares a las suyas?

—La manera en que me mira cuando describo mis experiencias. No es la mirada de alguien que está intentando entender algo extraño. Es la mirada de alguien que está intentando determinar qué tanto puedo ver de algo que ella ya conoce.

Un silencio se extendió entre ellos que se sintió como una confesión mutua sin palabras.

—Si aceptara participar en la investigación —dijo finalmente la doctora—, no sería el único que estaría explorando territorio desconocido. Todos estaríamos aprendiendo cosas sobre nosotros mismos que preferiríamos no descubrir.

—¿Es eso una advertencia o una invitación?

—Es una honestidad que probablemente no debería estar compartiendo con un paciente.

Matías sonrió por primera vez desde que había llegado al Instituto San Jerónimo.

—Acepto participar en la investigación, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que usted también participe. No solo como investigadora, sino como sujeto. Si vamos a explorar los límites de lo que es posible percibir, todos deberíamos estar igualmente comprometidos con el proceso.

La doctora Urueta lo miró durante un largo momento antes de extender la mano para estrechar la suya.

—Creo que acabamos de acordar algo que va a cambiar todo para ambos.

Y mientras sus manos se tocaron, Matías vio un destello de lo que les esperaba: no sería terapia, no sería explotación, no sería victimización.

Sería exploración mutua de capacidades que ninguno de ellos entendía completamente, con consecuencias que no podrían anticipar y resultados que alterarían fundamentalmente su comprensión de la realidad.

Era aterrador y fascinante en igual medida.

Y era exactamente lo que había estado buscando sin saber que lo buscaba.

Capítulo 5

El ciclo de los pensamientos

La primera sesión de investigación formal fue programada para una semana después del acuerdo entre Matías y la doctora Urueta, tiempo que él utilizó para observar cómo sus compañeros pacientes estaban respondiendo a las

opciones que les habían sido presentadas. Los resultados revelaron más sobre la naturaleza humana que sobre capacidades paranormales.

Edna había aceptado la investigación inmediatamente, con el entusiasmo de alguien que finalmente había encontrado un contexto donde su obsesión por documentar conversaciones futuras era vista como activo científico en lugar de síntoma patológico. Tomás había elegido una forma modificada de medicación que reduciría la intensidad de sus experiencias sin eliminarlas completamente, declarando que prefería tener algún control sobre su capacidad antes de explorarla en profundidad.

Carmen había rechazado tanto la investigación como la medicación, pidiendo simplemente ser transferida a un programa de terapia convencional donde pudiera procesar la angustia emocional que le causaba ver a través de los ojos de otros. Arturo había desaparecido del hospital durante la noche, dejando solo una nota que decía: "Algunas preguntas no deben responderse".

Evaristo había tomado la decisión más inquietante de todas: había aceptado la medicación completa que suprimiría sus percepciones, declarando que prefería una vida normal y limitada antes que una existencia extraordinaria pero incontrolable.

—Es cobardía —había dicho Edna durante su última conversación grupal antes de que comenzaran los diferentes tratamientos—. Tienes un regalo que la mayoría de las personas ni siquiera pueden imaginar y lo vas a tirar a la basura porque te da miedo.

—No es cobardía —respondió Evaristo, con una serenidad que sonaba ensayada—. Es autopreservación. He visto suficiente para saber que algunas capacidades vienen con precios que no estoy dispuesto a pagar.

—¿Qué has visto? —preguntó Matías, sintiendo una aprensión creciente.

—He visto lo que les pasa a las personas que desarrollan estas habilidades sin límites. No se vuelven más sabias o más poderosas. Se vuelven menos humanas. Como si la capacidad de percibir más de lo normal requiriera sacrificar partes esenciales de lo que somos.

Esa conversación persiguió a Matías durante los días siguientes, especialmente cuando comenzó a notar cambios sutiles en su propia percepción que podrían validar las preocupaciones de Evaristo. Sus visiones se habían vuelto más frecuentes y más vívidas, pero también más... intrusivas. Ya no llegaban solo cuando estaba concentrado o relajado. Aparecían durante conversaciones normales, interrumpiendo pensamientos ordinarios, superponiendo imágenes del futuro sobre experiencias del presente de maneras que hacían difícil distinguir entre lo que estaba ocurriendo y lo que podría ocurrir.

La primera sesión formal con la doctora Urueta fue realizada en un laboratorio que había sido configurado más como sala de estar que como instalación médica. Sillones cómodos, iluminación suave, una mesa con té y café, y equipos de grabación discretamente colocados de manera que no dominaran el ambiente.

—El objetivo hoy no es probar nada específico —explicó la doctora mientras ambos se sentaban en una configuración que sugería conversación casual más que experimento científico—. Es simplemente documentar lo que ocurre cuando dos personas con capacidades de percepción expandida interactúan intencionalmente.

—¿Y qué esperan que ocurra?

—Honestamente, no tenemos expectativas definidas. Esta es investigación exploratoria pura. Estamos creando protocolos mientras los implementamos.

Durante la primera media hora, simplemente conversaron sobre temas cotidianos mientras los equipos registraban sus ondas cerebrales, patrones de respiración, y otros indicadores biológicos. Matías encontró la experiencia relajante, casi meditativa, hasta que la doctora Urueta hizo una pregunta que cambió completamente la dinámica de la sesión:

—¿Puede ver lo que estoy pensando en este momento?

Matías se concentró en ella con una intensidad que no había usado desde sus primeros días en el hospital, cuando había estado desesperado por entender si sus percepciones eran reales. Y descubrió algo que lo sorprendió: no solo podía ver lo que ella estaba pensando, sino que ella estaba permitiendo conscientemente que lo viera.

—Está pensando en su hermana —dijo lentamente—. Una hermana que murió cuando ustedes eran niñas. Y está preguntándose si las capacidades que desarrolló después de esa muerte fueron una manera de mantenerse conectada con alguien que ya no está físicamente presente.

La doctora Urueta asintió, pero había lágrimas en sus ojos que no habían estado allí momentos antes.

—¿Y qué más puede ver?

Matías vaciló, sintiendo que estaba en el borde de algo que podría ser intimidad terapéutica o invasión psíquica.

—Puede ver que estoy dudando si compartir más de lo que percibo, porque una parte de mí no está segura de si esto es terapia mutua o si usted está usando su propia vulnerabilidad como herramienta para hacer que yo revele más de lo que debería.

—¿Y cuál cree que es la respuesta?

—Creo que usted tampoco está segura.

Un silencio se instaló entre ellos que se sintió como reconocimiento mutuo de que habían entrado en territorio donde las líneas profesionales habituales ya no aplicaban. No eran doctor y paciente explorando síntomas. Eran dos personas con capacidades inusuales intentando entender qué significaba esa capacidad y cuáles eran las implicaciones de desarrollarla conscientemente.

—Matías —dijo finalmente la doctora—, tengo que hacerle una pregunta que va más allá del protocolo de investigación.

—¿Cuál?

—¿Alguna vez ha considerado que sus capacidades podrían no ser un don o una maldición, sino simplemente una función natural de la mente humana que la mayoría de las personas ha aprendido a suprimir?

—¿Está sugiriendo que todos podrían hacer lo que hago yo si no hubieran sido entrenados desde la infancia para ignorar ciertos tipos de percepción?

—Estoy sugiriendo que tal vez la "normalidad" es una forma de ceguera consensual, y que personas como usted son simplemente individuos que nunca aprendieron a cegarse efectivamente.

La idea resonó en la mente de Matías con una fuerza que lo sorprendió. Nunca había considerado sus experiencias como ausencia de supresión en lugar de presencia de algo extraordinario.

—Si eso es cierto —dijo lentamente—, entonces la medicación que le dan a pacientes como Evaristo no está tratando una enfermedad. Está induciendo una forma específica de ceguera perceptual.

—Exactamente.

—¿Y esta investigación es realmente sobre entender capacidades paranormales, o es sobre entender cómo funciona esa ceguera y cómo puede ser revertida o prevenida?

La doctora Urueta lo miró durante un largo momento antes de responder, y Matías tuvo la clara impresión de que su respuesta determinaría la dirección de todas sus interacciones futuras.

—¿Qué preferiría que fuera?

—Preferiría que fuera honesta conmigo sobre cuál es realmente el propósito de todo esto.

—El propósito real —dijo la doctora, con una voz que había perdido todo rastro de técnica profesional— es determinar si es posible desarrollar conscientemente las capacidades que usted posee naturalmente, y si es así, cuáles son las implicaciones personales y sociales de hacerlo a gran escala.

—¿Implicaciones sociales?

—¿Qué pasaría con una sociedad donde todos pudieran percibir los pensamientos y las intenciones de otros? ¿Dónde las mentiras fueran imposibles de mantener? ¿Dónde los secretos no pudieran existir?

Matías sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura de la habitación.

—Sería el fin de la privacidad, de la diplomacia, de la posibilidad de reinventarse a sí mismo. Sería una sociedad completamente diferente, posiblemente inviable.

—O sería una sociedad más honesta, más empática, más conectada. No sabemos cuál de las dos posibilidades es más probable.

—¿Y yo soy parte de un experimento para averiguarlo?

—Usted es parte de un estudio para entender mejor las variables involucradas antes de que alguien tome decisiones sobre si esas capacidades deberían ser desarrolladas, suprimidas, o simplemente ignoradas.

La sesión terminó con más preguntas que respuestas, pero Matías salió del laboratorio con una comprensión completamente nueva de su situación. No era un paciente psiquiátrico con síntomas inusuales. No era un sujeto de investigación paranormal. Era un participante en un proceso que podría determinar el futuro evolutivo de la especie humana.

Y esa noche, mientras intentaba procesar las implicaciones de lo que había aprendido, se dio cuenta de que Evaristo había tenido razón sobre algo: desarrollar estas capacidades sin límites realmente requería sacrificar partes esenciales de la humanidad ordinaria.

La pregunta era si lo que se ganaba valía lo que se perdía.

Y si él tenía el derecho de tomar esa decisión no solo para sí mismo, sino para toda la humanidad futura.

Capítulo 6

El despertar del miedo

El cambio comenzó durante la tercera semana de investigación, tan gradualmente que Matías inicialmente lo confundió con fatiga normal de las sesiones intensivas. Sus sueños se volvieron más vívidos, pero también más fragmentados, como si su mente estuviera procesando información de múltiples fuentes simultáneamente sin poder organizarla coherentemente.

Durante el día, comenzó a experimentar lo que Edna había descrito como "interferencia": momentos donde percibía pensamientos y emociones que no le pertenecían, pero que llegaban con tanta claridad que tenía dificultad para distinguir entre sus propias experiencias internas y las que estaba captando de otras personas.

La doctora Urueta había estado experimentando cambios similares, pero en lugar de preocuparla, parecía fascinarla de una manera que empezó a inquietar a Matías.

—Es como si estar en contacto consciente con capacidades paranormales las amplificara exponencialmente —le explicó durante una sesión que había dejado de sentirse como investigación formal para convertirse en algo más parecido a exploración mutua sin restricciones—. Como si estas habilidades fueran contagiosas cuando son ejercitadas deliberadamente en proximidad con otros que las poseen.

—¿Y eso no le preocupa?

—¿Debería preocuparme el hecho de que mi capacidad de percepción se esté expandiendo más allá de lo que creía posible?

Matías estudió su expresión, buscando signos de la cautela profesional que había caracterizado sus primeras interacciones. Pero encontró algo diferente: una intensidad que sugería que la investigación había dejado de ser trabajo académico para convertirse en obsesión personal.

—Me preocupa que esté perdiendo la capacidad de controlar cuándo y cómo uso estas percepciones —admitió—. Antes podía decidir si concentrarme en

visiones futuras o ignorarlas. Ahora llegan constantemente, sin invitación, interrumpiendo todo lo demás.

—¿Y qué tipo de visiones está recibiendo?

Matías vaciló, porque las visiones que había estado experimentando durante los últimos días no eran del tipo que había aprendido a esperar. No eran visiones de eventos futuros específicos o percepciones de pensamientos de otras personas. Eran algo más abstracto y más perturbador: imágenes de realidades alternativas donde las decisiones que había tomado recientemente habían llevado a consecuencias completamente diferentes.

—Veo versiones de este momento donde tomé decisiones distintas —dijo finalmente—. Donde rechacé participar en la investigación, donde acepté la medicación, donde nunca fui internado en absoluto. Y todas esas versiones se sienten igual de reales que esta.

La doctora Urueta se inclinó hacia adelante con una intensidad que hizo que Matías se sintiera como espécimen bajo microscopio.

—¿Está sugiriendo que puede percibir realidades paralelas?

—Estoy diciendo que ya no estoy seguro de que exista una sola realidad. O de que las decisiones que creemos tomar realmente eliminen las alternativas que rechazamos.

—¿Y eso lo aterroriza?

—Me aterroriza la posibilidad de que si continúo desarrollando estas capacidades, podría perder la habilidad de distinguir entre lo que es real y lo que es posible. Como si estar demasiado conectado con todas las posibilidades me hiciera incapaz de funcionar en cualquier realidad específica.

Por primera vez desde que habían comenzado las sesiones de investigación, la doctora Urueta pareció considerar que quizás habían entrado en territorio peligroso.

—¿Cree que deberíamos suspender las sesiones?

—Creo que ya es demasiado tarde para suspenderlas. Los cambios que han comenzado... no se sienten como algo que pueda ser revertido simplemente dejando de hacer los ejercicios.

Esa noche, Matías tuvo lo que más tarde describiría como "la visión definitiva": se vio a sí mismo en el futuro, aproximadamente seis meses después, en una institución que no era hospital ni centro de investigación sino algo completamente diferente. Era un lugar donde personas con capacidades desarrolladas vivían separadas del resto de la sociedad, no por elección sino porque habían perdido la capacidad de interactuar normalmente con individuos que percibían solo una fracción de la realidad disponible.

En esa visión, él y Edna y otros como ellos existían en un estado de aislamiento perpetuo, conscientes de múltiples dimensiones de la experiencia humana pero incapaces de comunicarse efectivamente con personas que funcionaban en solo una dimensión. Eran más perceptivos, más conscientes, más conectados con fuerzas que otros no podían ver... y completamente solos.

Despertó de esa visión con una claridad que lo aterrizó: el programa de investigación no estaba diseñado para desarrollar capacidades paranormales de manera controlada. Estaba documentando el proceso por el cual ciertas personas se volvían tan perceptualmente sensibles que se excluían a sí mismas de la sociedad normal.

Y la doctora Urueta, conscientemente o no, estaba usando su relación terapéutica para acelerar ese proceso tanto en él como en ella misma.

A la mañana siguiente, solicitó una reunión con el Dr. Herrera, el director del programa. Fue la primera vez desde su llegada al instituto que había pedido hablar con alguien específicamente, y eso aparentemente activó protocolos que no había sabido que existían.

La reunión se realizó en una oficina que parecía haber sido diseñada para conversaciones difíciles: sin ventanas, con iluminación que eliminaba sombras, con una grabadora digital visiblemente colocada en el centro de la mesa.

—Entiendo que tiene preocupaciones sobre la investigación en la que ha estado participando —dijo el Dr. Herrera, consultando un archivo que era considerablemente más grueso que cualquier expediente médico estándar.

—Tengo preocupaciones sobre si alguien entiende realmente las implicaciones de lo que están estudiando aquí.

—¿Qué tipo de implicaciones?

—Las personas que desarrollan estas capacidades sin límites no se vuelven más funcionales. Se vuelven menos capaces de existir en sociedad normal. Y creo que ustedes lo saben.

El Dr. Herrera cerró el archivo y lo miró directamente, con una expresión que había perdido toda pretensión de benevolencia médica.

—¿Está sugiriendo que el programa de investigación es algún tipo de... experimento social?

— Estoy sugiriendo que documentar cómo las personas se vuelven psíquicamente dotadas podría ser secundario a documentar cómo, como resultado, se aíslan socialmente.

—¿Y por qué haríamos eso?

—Para determinar si individuos con capacidades paranormales representan una amenaza para la estabilidad social que requiere ser... gestionada.

Un silencio se extendió entre ellos que se sintió como reconocimiento mutuo de que habían llegado al corazón de algo que había estado oculto bajo capas de metodología científica y lenguaje terapéutico.

—Matías —dijo finalmente el Dr. Herrera—, ¿qué cree que debería hacer con la información que acaba de compartir conmigo?

—Creo que debería dejarme ir. Y debería suspender la investigación antes de que cause más daño a otros participantes.

—¿Y si le dijera que esa opción ya no está disponible?

—Le diría que eso confirma exactamente lo que he estado sospechando sobre el verdadero propósito de este lugar.

El Dr. Herrera se levantó y caminó hacia la puerta, pero antes de salir se volvió una última vez:

—La sesión de mañana con la doctora Urueta será la última. Después de eso, evaluaremos cómo proceder con su caso.

Cuando Matías regresó a su habitación, encontró una nota que había sido deslizada bajo su puerta. Estaba escrita con la letra de Edna, pero el mensaje era inquietante:

"Están separándonos. Carmen fue transferida esta mañana. Tomás está en observación médica. No sé dónde está Evaristo. Si puedes leer esto, significa que aún no han interferido completamente con tu capacidad de percibir. Necesitamos hablar antes de que sea demasiado tarde."

Esa noche, Matías no durmió. No porque no pudiera, sino porque había comenzado a sospechar que el sueño había sido comprometido como herramienta de control, y que sus visiones más claras llegaban cuando estaba completamente despierto y alerta.

Y durante esas horas de vigilia forzada, finalmente entendió la verdadera naturaleza de su situación: no era un participante en investigación científica ni un paciente recibiendo tratamiento médico.

Era un sujeto en un estudio sobre cómo identificar, desarrollar, y luego neutralizar amenazas percibidas a la estabilidad social.

Y mañana sería su última oportunidad de encontrar una manera de escapar antes de que el proceso de neutralización se completara de manera que nadie notara que había ocurrido en absoluto.

Capítulo 7

La luz en el pasado

La última sesión con la doctora Urueta comenzó de manera diferente a todas las anteriores. Cuando Matías entró al laboratorio, la encontró de pie junto a la ventana, mirando hacia el jardín con una intensidad que sugería que estaba viendo algo que él no podía percibir. No se volvió cuando él entró, no le ofreció asiento, no activó los equipos de grabación que habían documentado meticulosamente todas sus interacciones previas.

—¿Doctora? —dijo finalmente, cuando el silencio se había extendido más allá de lo que cualquier protocolo profesional justificaría.

—He estado viendo el final —respondió, sin apartar la mirada de la ventana—. Todas las maneras posibles en que esta conversación puede terminar. Y en todas ellas, uno de nosotros deja de ser quien era cuando entró a esta habitación.

Matías sintió un escalofrío que reconoció inmediatamente como precognición involuntaria. Algo definitivo estaba a punto de ocurrir, algo que alteraría permanentemente la realidad de ambos.

—¿Qué tipo de final está viendo?

—El tipo donde finalmente entendemos que la capacidad de percibir más de lo normal no es un don ni una maldición, sino una trampa evolutiva. Una capacidad que se desarrolla naturalmente en algunas personas hasta el punto donde se vuelve incompatible con la supervivencia en sociedad humana.

Finalmente se volvió hacia él, y Matías vio que algo fundamental había cambiado en su expresión. Ya no era la doctora Urueta que había conocido durante las últimas semanas. Era alguien que había cruzado un umbral del que no habría retorno posible.

—Los experimentos nunca fueron sobre desarrollar capacidades paranormales —continuó, con una voz que había adquirido esa calidad distante que Matías había aprendido a asociar con revelaciones devastadoras—. Fueron sobre documentar el proceso por el cual ciertas mentes se excluyen a sí mismas de la realidad consensual. Un proceso que, una vez iniciado, no puede ser detenido.

—¿Y usted sabía esto desde el principio?

—Lo sospechaba. Pero necesitaba vivirlo para confirmarlo. Necesitaba experimentar personalmente lo que les sucede a las personas como nosotros cuando desarrollamos completamente nuestras capacidades.

Matías se sentó en una silla que parecía demasiado pequeña para contener el peso de lo que estaba comprendiendo.

—Usted se ha estado usando a sí misma como sujeto de prueba tanto como a mí.

—Me he estado sacrificando. Como se sacrifica a los animales de laboratorio para obtener información que no puede obtenerse de otra manera. Excepto que en este caso, el sacrificio es la capacidad de existir normalmente en el mundo.

—¿Y qué información ha obtenido que justifique ese sacrificio?

La doctora Urueta caminó hacia él y se sentó en una silla que había colocado tan cerca que sus rodillas casi se tocaban. Era la primera vez en todas sus sesiones que había eliminado completamente la distancia profesional entre ellos.

—He confirmado que las capacidades paranormales no son aberraciones psicológicas que requieren tratamiento. Son funciones naturales de la mente humana que la sociedad ha aprendido a suprimir porque representan una amenaza existencial para las estructuras que mantienen la civilización funcionando.

—¿Qué tipo de amenaza?

—Una sociedad donde todos pueden percibir los pensamientos de otros, donde las mentiras son imposibles, donde los secretos no pueden existir, no es una sociedad más honesta. Es una sociedad que no puede existir en absoluto. La privacidad, la diplomacia, la posibilidad de reinventarse a sí mismo... todas estas son funciones esenciales que requieren la capacidad de ocultar información. Sin ellas, la estructura social colapsa.

Matías procesó esta información mientras observaba el rostro de la mujer que había sido su guía durante este proceso de descubrimiento. Había algo en su expresión que sugería que había llegado a conclusiones que iban más allá de lo que estaba verbalizando.

—¿Y las personas como nosotros?

—Las personas como nosotros somos mutaciones evolutivas que aparecen ocasionalmente como recordatorios de por qué ciertas capacidades mentales fueron suprimidas en primer lugar. Y el Instituto San Jerónimo... es un mecanismo de filtrado social para identificar y neutralizar esas mutaciones antes de que puedan propagarse.

—¿Neutralizar cómo?

Por primera vez desde que había comenzado la conversación, la doctora Urueta sonrió, pero no fue una sonrisa tranquilizadora.

—¿Recuerda a Evaristo y su decisión de aceptar medicación completa para suprimir sus percepciones?

—Sí.

—Esa medicación no suprime las percepciones. Las redirige. Las canaliza de manera que sirven a propósitos específicos sin amenazar la estabilidad social. Evaristo no perdió sus capacidades; fue convertido en un recurso que puede ser activado cuando sea necesario.

Matías sintió que su comprensión de la realidad se fragmentaba y se reorganizaba en patrones que no había anticipado.

—¿Está diciendo que todos los pacientes que "se recuperan" se convierten en agentes inconscientes?

—Estoy diciendo que una vez que alguien demuestra capacidades paranormales significativas, nunca regresa realmente a la vida civil. O se convierte en activo controlado, o se convierte en residente permanente de instalaciones como esta, o...

—¿O qué?

—O elige el camino que yo estoy a punto de elegir.

La doctora Urueta se levantó y caminó hacia un gabinete que Matías no había notado antes. Extrajo una jeringa que contenía un líquido claro y se la mostró como si fuera un objeto de arte que requería apreciación estética.

—Esta sustancia no es medicación psiquiátrica. Es un compuesto que interrumpe permanentemente las conexiones neuronales responsables de la percepción expandida. La persona que sobrevive al proceso es funcionalmente idéntica a quien era antes, excepto que ya no puede acceder a capacidades que trascienden la percepción normal.

—¿Y está planeando usarla en mí?

—Estoy planeando usarla en mí misma. Como demostración final de que algunas capacidades son demasiado peligrosas para ser mantenidas, incluso por las personas que las poseen naturalmente.

Matías se levantó de su silla con una urgencia que no había experimentado desde sus primeros días en el instituto.

—No puede hacer eso. No después de todo lo que hemos descubierto juntos.

—Especialmente después de todo lo que hemos descubierto. Matías, he visto lo que me espera si continúo desarrollando estas capacidades. He visto la soledad absoluta de existir en múltiples realidades simultáneamente. He visto lo que significa ser tan perceptiva que ya no puedo relacionarme con la experiencia humana normal.

—¿Y ha visto lo que le espera si elimina esas capacidades?

—Una vida normal. Limitada, pero humana. Con la posibilidad de conexiones genuinas con otras personas, de sorpresas, de la bendición de no saber todo lo que otros piensan sobre mí.

Matías la observó mientras ella preparaba la jeringa con movimientos que tenían la precisión de alguien que ha ensayado cada gesto múltiples veces en su mente.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Usted tiene la misma elección que estoy tomando yo. Puede aceptar el compuesto y regresar a una vida donde sus percepciones están limitadas a rangos normales. O puede continuar el proceso de desarrollo hasta sus conclusiones naturales y pasar el resto de su existencia como residente permanente de una institución diseñada para personas que han trascendido la capacidad de existir en sociedad normal.

—¿Esas son realmente las únicas opciones?

—Son las únicas opciones que no representan una amenaza para la estabilidad social más amplia.

La doctora Urueta se sentó una vez más y colocó la jeringa sobre la mesa entre ellos, como si fuera un objeto neutro que cualquiera de los dos podría elegir usar.

—¿Puedo preguntarle algo antes de que tome su decisión? —dijo Matías.

—Por supuesto.

—¿Alguna vez consideró que tal vez el problema no es que algunas personas desarrollen capacidades que amenazan la estabilidad social, sino que hemos construido una sociedad que es inherentemente inestable y que depende de la ignorancia y la supresión para funcionar?

La doctora Urueta lo miró durante un largo momento antes de responder.

—Todos los días. Pero mi trabajo no es cambiar la sociedad, Matías. Es ayudar a las personas a sobrevivir en la sociedad que existe.

—¿Incluso si eso significa eliminar partes de ellas mismas que consideran esenciales?

—Especialmente entonces.

Matías tomó la jeringa y la sostuvo entre sus manos, sintiendo el peso de una decisión que alteraría fundamentalmente quien era y quien podría llegar a

ser. Por primera vez en semanas, no tuvo visiones sobre las consecuencias de sus opciones. El futuro había quedado completamente abierto.

—¿Sabe qué es lo más extraño de todo esto? —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Lo supe cuando desperté. El primer día que llegué aquí, en algún lugar profundo de mi mente, ya sabía cómo terminaría todo esto. Sabía que llegaría a este momento, con esta decisión, en esta habitación. No los detalles específicos, pero la esencia.

—¿Y qué va a elegir?

Matías miró a la mujer que había sido su guía, su colaboradora, y finalmente su compañera en el descubrimiento de verdades que ambos habrían preferido no conocer. Luego miró la jeringa que contenía el fin de todo lo que había hecho especial su manera de percibir el mundo.

Y por primera vez desde que había llegado al Instituto San Jerónimo, sonrió con una paz genuina.

—Voy a elegir recordar que algunas capacidades son demasiado importantes para ser sacrificadas por la comodidad de otros. Aunque eso signifique vivir en los márgenes de una sociedad que no puede manejar lo que represento.

Se levantó, dejó la jeringa sobre la mesa sin usarla, y caminó hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó la doctora Urueta.

—A encontrar a Edna. Y a cualquier otro que esté dispuesto a explorar qué significa vivir completamente como seres humanos, incluso si eso significa vivir separados de la humanidad convencional.

Cuando salió del laboratorio, Matías sintió por primera vez en semanas que había tomado una decisión que era completamente suya. No sabía qué le esperaba, pero sabía que sería auténtico a quien realmente era.

Y en la habitación que había dejado atrás, la doctora Urueta se quedó mirando la jeringa durante un largo tiempo antes de finalmente tomar la decisión que había sabido que tomaría desde el momento en que había comenzado este proceso.

Porque algunas personas están dispuestas a sacrificar capacidades extraordinarias por la posibilidad de conexiones ordinarias.

Y otras no.

El Instituto San Jerónimo continuó funcionando, documentando casos y procesando individuos que presentaban anomalías perceptuales. Algunos aceptaban tratamiento, algunos desaparecían en la estructura burocrática de transferencias y reclasificaciones, y algunos simplemente se desvanecían en la noche como si nunca hubieran existido.

Pero ocasionalmente, historias llegaban sobre comunidades pequeñas que existían en los márgenes de la sociedad normal, lugares donde personas con capacidades inusuales habían encontrado maneras de vivir auténticamente sin amenazar la estabilidad de quienes preferían percepciones más limitadas.

Y en esas historias, siempre había menciones de un joven que había rechazado tanto la medicación como el aislamiento forzado, eligiendo en su lugar el camino más difícil de todos: la integración consciente de capacidades extraordinarias en una vida que permanecía, fundamental y desafiantemente humana.

Me lo contaron de noche... cuando las historias sobre decisiones que cambian todo se susurran entre personas que han aprendido que algunos caminos no pueden ser caminados a medias, y que la supervivencia a veces requiere la valentía de elegir quién queremos ser, sin importar las consecuencias.

Epílogo

Tres años después, Edna recibió una postal sin remitente. En el frente había una fotografía de un pueblo de montaña que no aparecía en ningún mapa turístico, y en el reverso, escrito con la letra familiar de Matías, solo una línea:

"Aquí las visiones no asustan a nadie."

Esa misma semana, otros exresidentes del Instituto San Jerónimo recibieron postales similares. Tomás, que había estado trabajando como bibliotecario en una ciudad donde nadie hacía preguntas sobre su tendencia a susurrar predicciones, encontró la suya entre libros de poesía olvidados. Carmen, que había vuelto a su vida anterior pero nunca había perdido completamente la capacidad de ver a través de otros ojos, la halló en su buzón junto con facturas ordinarias que de pronto parecían menos importantes.

El mensaje era siempre el mismo: una dirección, sin explicaciones, sin promesas, sin presiones. Solo una invitación para quienes necesitaran un lugar donde ser extraordinario no fuera considerado una enfermedad.

La doctora Urueta, que había regresado a la práctica psiquiátrica convencional con una efectividad renovada que sus colegas atribuían a experiencia clínica profunda, nunca recibió postal alguna. Pero algunas noches, cuando trataba pacientes que describían experiencias que sonaban familiares, se encontraba preguntándose qué habría ocurrido si hubiera tomado la decisión opuesta.

El Instituto San Jerónimo continuó funcionando con eficiencia discreta, procesando casos y manteniendo registros que nunca serían publicados en medios académicos. Los informes oficiales siempre terminaban con alguna variación de "paciente dado de alta con mejora significativa" o "transferido a facilidad especializada para cuidado a largo plazo."

Pero en los márgenes de esos informes, escritas en tinta que desaparecía gradualmente con el tiempo, aparecían ocasionalmente notas que sugerían que algunos sujetos habían encontrado resoluciones que no estaban contempladas en los protocolos establecidos.

Y en algún lugar, en un valle donde el aire es más claro y los sueños más vívidos, existe una comunidad pequeña donde las personas que ven demasiado han aprendido a vivir juntas sin volverse locas por la soledad de sus percepciones.

Donde nadie pretende que la realidad es simple, pero tampoco nadie permite que la complejidad los paralice.

Donde la diferencia entre cordura y locura se ha vuelto menos importante que la diferencia entre vivir auténticamente y existir como sombra de lo que podrías ser.

Dicen que si llegas allí buscando respuestas sobre la naturaleza de la percepción humana, te darán solo preguntas mejores. Pero si llegas buscando un lugar donde tus capacidades inusuales no te conviertan en problema que necesita solución, encontrarás algo que vale más que todas las respuestas: una comunidad de personas que han elegido la dificultad de ser completamente humanos en lugar de la comodidad de ser parcialmente funcionales.

Porque al final, como Matías escribió en la última página del diario que había comenzado durante sus días en el instituto:

"Lo supe cuando desperté: que el verdadero terror no es descubrir que eres diferente. Es descubrir que el mundo prefiere que finjas no serlo. Y que la verdadera valentía no es desarrollar capacidades extraordinarias, sino decidir vivir con ellas en un mundo que no las entiende."

"Me lo contaron de noche... cuando las historias sobre quienes eligen ser ellos mismos, sin importar el precio, se convierten en leyendas que susurran esperanza a quienes aún están decidiendo quiénes quieren ser."

Y en las noches más oscuras, cuando el silencio es lo suficientemente profundo, se dice que aún puedes escuchar el eco de una pregunta que no tiene respuesta fácil pero que vale la pena seguir haciendo:

¿Quién serías si no tuvieras miedo de ser completamente tú mismo?

EL SOMBRERO DE LA ABUELA

Capítulo 1

El sombrero en el desván

La casa crujía como si respirara en sueños perturbados, exhalando suspiros de madera vieja que había absorbido demasiados secretos durante demasiadas décadas. Valentina Morán, con una linterna entre los dientes que proyectaba sombras danzantes y un cúmulo de cajas polvorientas balanceándose en sus brazos, juró por segunda vez en esa mañana que jamás volvería a aceptar sugerencias maternas relacionadas con limpieza de espacios abandonados.

—Súbete al desván, hija, a ver qué tesoros encuentras —le había dicho su madre aquella mañana con la ligereza casual de quien ofrece café con pasteles, sin mencionar que esos "tesoros" llevaban décadas acumulando polvo y posiblemente resentimientos.

El desván era una cápsula del tiempo que había permanecido sellada como una tumba egipcia: lámparas de lágrimas con cristales rotos que reflejaban la luz en fragmentos inquietantes, libros hinchados por la humedad hasta convertirse en volúmenes irreconocibles, muñecas sin ojos que sonreían con bocas de porcelana agrietada hacia visitantes que nunca llegaban.

Y allí, como si hubiera estado aguardando pacientemente el momento preciso para presentarse ante ella, apareció un sombrero. No uno cualquiera de esos accesorios olvidados que pueblan los desvanes de las casas familiares, sino uno que parecía poseer alma propia, una presencia que se sentía antes de verse.

Negro como la tinta derramada sobre terciopelo, de ala ancha que se curvaba con elegancia matemática, decorado con un listón de terciopelo carmesí que parecía húmedo bajo la luz de la linterna. Reposaba dentro de un baúl forrado con papel de flores secas que habían perdido sus colores originales para convertirse en tonos sepia de melancolía, junto a unos guantes de encaje marchito y una fotografía de una mujer cuyo ceño fruncido sugería que no sonreía ni cuando la vida le daba motivos para hacerlo.

—¿Y esto qué es? —murmuró Valentina, sacudiendo el sombrero con una mezcla de asco y fascinación que no sabía cómo interpretar.

El objeto tenía un peso que parecía desproporcional a su tamaño, como si estuviera construido con materiales más densos que la tela y el fieltro ordinarios. Al tocarlo, una corriente casi imperceptible recorrió sus dedos, no eléctrica exactamente, sino algo más primitivo, más orgánico.

Bajó del desván cargando el sombrero como si hubiera encontrado un artefacto arqueológico de valor incalculable. Su madre lo miró desde el sillón de la sala, y por un instante que duró menos de un parpadeo, palideció hasta adquirir el color de la cal fresca.

Luego, una risita nerviosa le torció la boca en una expresión que Valentina no le había visto jamás.

—Ese sombrero era de tu abuela Carmen... no lo veía desde que murió —dijo, acomodándose en el sillón como quien se dispone a contar algo que prefiere mantener enterrado pero que las circunstancias han vuelto inevitable.

Valentina se dejó caer en el sofá frente a ella, colocando el sombrero sobre sus rodillas como si fuera una mascota dormida que requería cuidados especiales.

—La abuela decía que le traía suerte —continuó su madre, con una voz que había adquirido esa calidad distante que caracteriza a quienes rememoran eventos que preferían haber olvidado—. Que cuando se lo ponía, sus deseos se cumplían de maneras que parecían milagrosas... aunque siempre, siempre ocurría algo malo después. Al principio pensó que eran coincidencias, meras casualidades estadísticas. Pero luego... dejó de usarlo voluntariamente. Lo guardó ahí arriba, en el baúl. Juró no volver a tocarlo hasta el día de su muerte.

—¿Algo malo? ¿Qué tan malo estamos hablando?

Su madre se removió incómoda en el sillón, como si las palabras que estaba a punto de pronunciar tuvieran peso físico y le dolieran al salir.

—Pues... un día pidió ganar la lotería local. Era una cantidad modesta, nada extraordinario. Y efectivamente ganó al día siguiente. Esa misma noche, tu abuelo chocó el automóvil contra un árbol en el camino de regreso del trabajo y se fracturó tres costillas. Otra vez deseó que cerraran la tienda de la competencia, esa que vendía los mismos productos que ella pero a precios más baratos. A la semana siguiente, el local se incendió misteriosamente durante la madrugada. Murió el gato de los dueños, un animal que no tenía nada que ver con la competencia comercial pero que pagó el precio de todas formas.

Valentina soltó una carcajada que sonó más nerviosa de lo que había pretendido.

—¿Y tú te lo creíste todo eso?

—No completamente —respondió su madre, encogiéndose de hombros con una honestidad que era más perturbadora que cualquier confesión de superstición—. Pero tampoco me lo puse nunca. Prefería no averiguar si las historias eran ciertas o no.

El silencio se alargó entre ellas como una sombra que crece al atardecer. Valentina examinó el sombrero, girándolo en sus manos con la delicadeza con la que se manipula una reliquia antigua de origen dudoso.

La costura era impecable, realizada con una precisión que sugería décadas de experiencia artesanal. El terciopelo del listón tenía una textura que invitaba al

tacto pero que, al mismo tiempo, generaba una ligera aprensión, como si tocarlo demasiado tiempo pudiera tener consecuencias imprevistas.

—Está hermoso —dijo finalmente—. Encaja perfectamente con mi estilo vintage. Y dudo seriamente que me haga desear incendios o muertes de mascotas inocentes.

—Allá tú —respondió su madre, alzando las cejas en esa expresión universal que significa "no me hagas responsable de las consecuencias de tus decisiones"—. Pero no digas que no te advertí.

Esa noche, frente al espejo de su habitación, Valentina se probó el sombrero con la ceremonia que merecía un accesorio de esa calidad. Le quedaba perfecto, como si hubiera sido diseñado específicamente para la forma de su cabeza, para el ángulo exacto de su rostro, para complementar sus rasgos de una manera que ningún sombrero comprado en tienda habría logrado jamás. Algo en su reflejo parecía distinto, más audaz, más sofisticado. Más... ¿peligroso? La palabra apareció en su mente sin invitación, pero una vez allí se negó a marcharse.

Había una autoridad nueva en su postura, una confianza que parecía emanar directamente del sombrero hacia el resto de su cuerpo. Como si el accesorio no solo complementara su apariencia sino que alterara fundamentalmente la manera en que se percibía a sí misma.

—Dame suerte, sombrerito —susurró con una ironía que no sentía completamente, dirigiéndose tanto al espejo como al objeto que coronaba su cabeza.

Y el sombrero, aunque obviamente mudo, pareció inclinar ligeramente su ala en una respuesta que podría haber sido el efecto de las sombras cambiantes o algo mucho más perturbador. Valentina se quitó el sombrero y lo colocó cuidadosamente sobre su tocador, donde la luz de la lámpara de noche lo hacía parecer más un objeto de arte que un simple accesorio de vestuario. Se acostó con la extraña sensación de que algo había cambiado fundamentalmente en su habitación, como si la presencia del sombrero hubiera alterado la geometría emocional del espacio.

Durante la noche, soñó que el sombrero crecía hasta convertirse en una habitación completa, forrada de terciopelo negro, donde ella caminaba descalza sobre una alfombra hecha del mismo material que el listón carmesí. En el sueño, cada paso que daba generaba ecos de voces susurrando deseos en idiomas que no reconocía pero que entendía perfectamente.

Al despertar, el sombrero seguía en su lugar sobre el tocador, inmóvil e inocente bajo la luz matutina. Pero Valentina habría jurado que durante la noche había cambiado de posición, girándose ligeramente para quedar orientado hacia la cama donde ella dormía.

Como si hubiera estado observándola soñar. Como si hubiera estado tomando notas sobre sus sueños para referencias futuras.

Esa mañana, mientras se preparaba para ir a la universidad, Valentina sintió una compulsión inexplicable de ponerse el sombrero. No era vanidad ni

capricho estético; era algo más primitivo, una necesidad que parecía venir desde algún lugar más profundo que la simple preferencia personal.

Se miró en el espejo una vez más antes de salir, y la mujer que la observaba desde el cristal tenía los mismos rasgos físicos pero una presencia completamente diferente. Más magnética. Más determinada.

Más peligrosa.

—Perfecto —murmuró, aunque no estaba completamente segura de a qué se refería exactamente con esa palabra.

Y salió de casa llevando sobre su cabeza no solo un accesorio de moda vintage, sino una herencia familiar cuyas implicaciones apenas comenzaba a sospechar.

Una herencia que había estado esperando pacientemente en el desván durante años, aguardando el momento exacto para encontrar a la siguiente portadora.

Alguien lo suficientemente joven para no temer las consecuencias, lo suficientemente curiosa para experimentar con poderes que no comprendía, y lo suficientemente ambiciosa para creer que podría controlar fuerzas que habían estado activas mucho antes de su nacimiento.

Capítulo 2

La primera vez

El sombrero se convirtió en el centro de atención de la Universidad Nacional al día siguiente, como si hubiera estado diseñado específicamente para generar ese efecto. Valentina cruzó el patio central pavoneándose con una elegancia que no recordaba haber poseído jamás: cabeza alta, gafas oscuras que había encontrado misteriosamente en su bolso esa mañana, y el sombrero negro coronando su peinado como si fuera una diadema real.

—¡Válgame Dios, qué elegancia la de Francia! —le gritó su amiga Berenice desde una banca, soltando una risa que rebotó entre las columnas coloniales del edificio principal como aplausos dispersos.

—¿Vienes de un funeral o vas camino a uno? —añadió otro estudiante con tono burlón, aunque sus ojos traicionaban una admiración involuntaria que no sabía cómo procesar.

Valentina solo sonrió con una serenidad que la sorprendió a ella misma. El sombrero tenía un poder extraño, no sobrenatural necesariamente —o eso quería creer en esos primeros días de inocencia—, sino social. Atraía miradas como un imán, generaba conversaciones, la hacía sentir diferente de una manera que trascendía lo meramente estético.

Superior. Casi bruja.

Ese día tenía examen de Teoría Política Contemporánea, una materia que detestaba con una pasión proporcional al odio que le inspiraba su compañera de clase y eterna rival académica: Renata Calderón. Inteligente hasta el punto de resultar intimidante, puntual con la precisión de un cronómetro suizo,

competitiva hasta la médula, y con un guardarropa siempre impecable que parecía haber sido curado por algún asesor de imagen invisible.

Había algo profundamente irritante en la perfección de Renata, como si compitiera por un trofeo que nadie más podía ver pero que todos intuían que existía. Era el tipo de persona que respondía las preguntas antes de que los profesores terminaran de formularlas, que entregaba ensayos que parecían haber sido escritos por académicos con décadas de experiencia, que nunca tenía un cabello fuera de lugar ni una arruga en la ropa.

Mientras hojeaba los apuntes en la biblioteca, sumida en esa mezcla tóxica de fastidio y somnolencia que producía la materia, Valentina murmuró algo que en retrospectiva reconocería como el momento exacto en que cruzó la línea invisible que separa los deseos inocentes de las peticiones peligrosas:

—Ojalá Renata se pierda el examen... aunque sea por una gripe. Una muy larga. Con fiebre alta que la mantenga en cama por semanas.

Fue apenas un murmullo lanzado al aire con la misma ligereza con la que se piden tacos extra o se comenta sobre el clima. Una queja cotidiana disfrazada de deseo, del tipo que cualquier estudiante podría formular sin pensar en las consecuencias.

Pero había algo diferente en la manera en que las palabras salieron de su boca. Tenían un peso que no recordaba haber experimentado antes, como si cada sílaba fuera una semilla plantada en terreno particularmente fértil.

Al llegar al aula minutos antes del examen, algo extraño había ocurrido en la rutina predecible de su día académico: los murmullos de los compañeros tenían una calidad diferente, el rostro grave del profesor sugería noticias inesperadas, y la silla de Renata permanecía vacía con una ausencia que parecía palpable.

—¿Supieron lo de Renata? —preguntó Berenice, entrando al aula con la respiración entrecortada que caracteriza a quienes han corrido para no llegar tarde—. ¡Chocó camino a la universidad! No fue nada demasiado grave, pero la llevaron al hospital como precaución. Dicen que fue un camión de carga que se pasó el alto en la intersección de Reforma... pobre muchacha.

Valentina sintió que el estómago se le convertía en un cubo de hielo que se derretía lentamente, llenando su abdomen de agua fría. No dijo nada, mantuvo una expresión de preocupación apropiada para las circunstancias. Solo se acomodó el sombrero con un gesto que parecía automático y bajó la vista hacia el examen que acababan de distribuir.

Una sonrisa diminuta, casi involuntaria, se le escapó por las comisuras de los labios. Era apenas perceptible, pero estaba allí: la satisfacción secreta de quien ha visto cumplirse un deseo de manera inesperada.

—Coincidencia —se dijo mentalmente, subrayando su nombre en la hoja de respuestas con una firmeza que no había sentido en semanas.

Pero incluso mientras escribía esa palabra tranquilizadora en su mente, una parte más primitiva de su cerebro registraba la información de manera

diferente. No como casualidad estadística, sino como causa y efecto. Como experimento y resultado.

Esa noche, frente al espejo de su habitación, se puso el sombrero nuevamente, pero esta vez con más solemnidad, como quien maneja un instrumento que ha demostrado ser más poderoso de lo esperado. Lo observó desde todos los ángulos posibles, como quien examina una herramienta recién descubierta cuyas capacidades aún no ha explorado completamente.

—No me mires así —le dijo a su reflejo, dirigiéndose tanto a la mujer del espejo como al sombrero que coronaba su cabeza—. Fue solo un accidente. Además, ella va a estar bien... ¿no es cierto?

El sombrero, fiel a su naturaleza inanimada, no respondió audiblemente. Pero parecía más brillante bajo la luz tenue de la lámpara de noche, como si hubiera sido pulido por una mano invisible, como si hubiera absorbido algo de la energía generada por el cumplimiento de aquel primer deseo.

Durante los días siguientes, Valentina se descubrió prestando más atención a los detalles pequeños que antes habría pasado por alto. La manera en que las personas reaccionaban cuando llevaba el sombrero puesto. La frecuencia con que sus comentarios casuales se materializaban en la realidad de maneras inesperadas. La sensación creciente de que había una conexión entre sus palabras y los eventos que las seguían.

No era superstición, se repetía constantemente. Era observación científica. Correlación, no causación. Simple coincidencia estadística magnificada por una mente que buscaba patrones donde no los había.

Pero cuando Renata regresó a clases una semana después, con el brazo izquierdo en cabestrillo y una palidez que hablaba de noches de dolor e incertidumbre, Valentina no pudo evitar sentir una mezcla compleja de culpa y satisfacción que la perturbó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó con una solicitud que sonaba genuina incluso a sus propios oídos.

—Mejor —respondió Renata, aunque su sonrisa era más débil de lo habitual—. Los médicos dicen que fue suerte que no fuera peor. El conductor del camión jura que el semáforo estaba en verde para él, pero los testigos dicen lo contrario. Cosas extrañas que pasan, supongo.

Cosas extrañas. Valentina repitió esas palabras mentalmente durante el resto del día, saboreándolas como quien degusta un vino cuyo sabor no puede identificar completamente pero que resulta inexplicablemente adictivo.

Esa noche, mientras el sombrero descansaba en su lugar habitual sobre el tocador, Valentina se encontró observándolo con una intensidad nueva. Ya no era simplemente un accesorio de moda vintage heredado de su abuela. Se había convertido en algo más complejo, más intrigante.

Potencialmente más peligroso.

Pero también, y esto era lo que más la inquietaba sobre sí misma, potencialmente muy útil.

La pregunta que la mantuvo despierta hasta altas horas de esa noche no era si el sombrero tenía algún tipo de poder sobrenatural. Era si ella tenía la fuerza de voluntad suficiente para resistirse a usar ese poder, fuera real o imaginario, cuando se presentara la próxima oportunidad tentadora.

Y en las profundidades más honestas de su corazón, mientras escuchaba el viento nocturno golpear contra las ventanas de su habitación, Valentina reconoció que no estaba completamente segura de querer resistirse.

Algunas herencias, después de todo, están diseñadas para ser utilizadas. Y algunas tentaciones son demasiado específicas, demasiado perfectamente calibradas para las debilidades particulares de quien las recibe, como para ser ignoradas indefinidamente.

El sombrero había demostrado su eficacia. Ahora solo restaba descubrir hasta dónde se extendían sus capacidades.

Y cuál sería el precio real de averiguarlo.

Capítulo 3

Coincidencias y rarezas

Lo que al principio había sido una broma intelectual para Valentina, un experimento mental que podía racionalizar como pensamiento mágico sin consecuencias reales, empezó a revelarse como algo considerablemente más complejo y potencialmente más peligroso.

Después del accidente de Renata —que la mantuvo fuera de circulación académica por una semana completa y, por lo tanto, fuera del temido examen que Valentina necesitaba aprobar para mantener su beca—, Valentina obtuvo un nueve con cinco. Una calificación lo suficientemente alta para silenciar las dudas maternas sobre su rendimiento académico, lo suficientemente impresionante para ganar el reconocimiento del profesor más exigente de la carrera, y lo suficientemente satisfactoria para subir una historia triunfal a Instagram con la frase: *"El conocimiento es poder, pero el estilo también influye en las notas."*

El sombrero, por supuesto, aparecía prominentemente en primer plano de la fotografía, como si fuera un cómplice orgulloso posando junto a su obra maestra.

Y entonces llegó el segundo deseo, formulado esta vez sin la ingenuidad del primero, sino con una conciencia creciente de que quizás estaba jugando con fuerzas que no comprendía completamente pero que definitivamente no eran aleatorias.

El problema era Berenice y sus comentarios cada vez más frecuentes sobre el "nuevo aire de diva misteriosa" que Valentina había adoptado desde que comenzó a usar el sombrero con regularidad obsesiva.

—¿No crees que te estás tomando demasiado en serio ese rollo de mujer fatal vintage? —le había dicho esa mañana, con esa franqueza brutal que caracteriza a las amistades de larga data—. Es solo un sombrero, Valentina. No te convierte en Marlene Dietrich.

El comentario había sido como una aguja pinchando un globo inflado con demasiada vanidad. Valentina se sintió repentinamente ridícula, sobreactuada, como una actriz amateur interpretando un papel para el que no tenía el talento necesario.

Esa tarde, mientras caminaba por el campus con el sombrero ligeramente ladeado para crear el ángulo más fotogénico, formuló un deseo que esta vez no fue murmurado accidentalmente. Fue pensado con claridad, dirigido específicamente, como una flecha apuntando a un blanco muy concreto:

Que Berenice deje de hacer comentarios sobre mi apariencia. Que se preocupe por sus propios problemas en lugar de criticar los míos.

No lo dijo en voz alta. Ni siquiera movió los labios. Pero el pensamiento resonó en su mente con una intensidad que parecía tener eco propio, como si hubiera sido amplificado por algún mecanismo que no alcanzaba a comprender.

Al día siguiente, Berenice se presentó en la universidad con una apariencia completamente diferente a la habitual. Tenía los ojos hinchados, enrojecidos por el llanto, y una expresión de devastación que contrastaba violentamente con su personalidad usualmente alegre.

—Mi gato desapareció —anunció sin preámbulos cuando Valentina se acercó a preguntarle qué había pasado—. Silvestre. Lleva tres días perdido y estoy convencida de que algo terrible le ocurrió.

—¿No habrá salido de exploración? Los gatos suelen hacer eso.

—No Silvestre. Él es casero, nunca sale del departamento. Además, encontré la puerta del balcón abierta, y yo la había cerrado antes de irme a dormir. Estoy segura de que alguien entró y se lo llevó. Tal vez esa vecina rara del tercer piso, la que siempre me mira con odio cuando paso por el pasillo.

Durante las siguientes semanas, Berenice se convirtió en una versión obsesiva de sí misma, completamente absorta en la búsqueda de su mascota desaparecida. Pegó carteles por todo el barrio, ofreció recompensas que no podía pagar, interrogó a vecinos que comenzaron a evitarla por la intensidad desesperada de sus preguntas.

Ya no tenía tiempo ni energía mental para comentar sobre el guardarropa de nadie. Había dejado de notar por completo el sombrero de Valentina, como si hubiera desarrollado una ceguera selectiva para todo lo que no estuviera relacionado con gatos perdidos y teorías conspirativas sobre robos de mascotas.

Valentina observaba esta transformación con una mezcla de fascinación y aprensión que crecía día a día. Ya no podía fingir que las coincidencias eran estadísticamente normales. Dos deseos específicos, dos resultados que se ajustaban perfectamente a lo solicitado, con consecuencias colaterales que parecían diseñadas para maximizar el impacto emocional en las víctimas involuntarias.

Esa noche, pensó en el sombrero mientras tomaba vino tinto barato en su habitación, observándolo desde la cama como si fuera un objeto de estudio

que requería análisis científico riguroso. Las coincidencias empezaban a formar patrones reconocibles, como manchas en una pared que de pronto revelan un rostro cuando se miran desde el ángulo correcto.

La tercera vez que usó el sombrero de manera consciente e intencional fue más calculada, más ambiciosa, más evidentemente corrupta que las anteriores.

Una convocatoria de prácticas profesionales en una editorial prestigiosa de la Ciudad de México había sido publicada esa semana. Una sola plaza disponible. Cientos de aplicantes de universidades de todo el país. El tipo de oportunidad que podría cambiar el curso de una carrera, abrir puertas que de otra manera permanecerían cerradas durante años.

Valentina la deseó con una intensidad que trascendía la ambición normal y se adentraba en territorio de obsesión pura. Y lo hizo conscientemente, deliberadamente, con el sombrero puesto y una comprensión clara de que estaba pidiendo algo que requeriría la eliminación de la competencia por métodos que prefería no conocer en detalle.

Días después, recibió la llamada que confirmaría sus peores sospechas sobre la naturaleza real del poder que había heredado junto con el accesorio familiar.

Había sido seleccionada para la práctica. El otro finalista —un estudiante de Letras Modernas con lentes circulares y un expediente académico impecable— había sido hospitalizado por una infección rara en la lengua que, según los médicos, había sido causada por el consumo de sopa recalentada de manera inadecuada.

Una explicación médica perfectamente plausible para un evento que, estadísticamente, ocurría en el momento más conveniente posible para los intereses de Valentina.

—Ya no son coincidencias, ¿verdad? —le dijo a su reflejo esa noche, mientras acariciaba el ala del sombrero con la delicadeza de quien manipula un animal peligroso que ha aprendido a confiar en ella.

Empezó a llevar un registro secreto de sus deseos y las consecuencias que los seguían, documentando cada petición y cada resultado en una libreta que escondía en la funda de su almohada. La tituló con un cinismo que la sorprendió: *"Registro de azares y casualidades, volumen I"*.

Como si ya anticipara que habría más volúmenes, más experimentos, más víctimas involuntarias de su creciente habilidad para manipular la realidad a través de un sombrero que había pertenecido a una abuela cuyas historias empezaba a comprender con una claridad que la aterrorizaba.

Y así, deseo tras deseo, experimento tras experimento, la vida de Valentina fue mejorando de maneras que cualquier observador externo habría atribuido a una racha de suerte extraordinaria: calificaciones perfectas que llegaban justo cuando las necesitaba, entrevistas exitosas con empleadores que normalmente no habrían considerado a alguien con su nivel de experiencia, una invitación a una pasarela de moda vintage que la convertiría en una micro celebridad en redes sociales.

Incluso una verificación azul en Instagram, conseguida después de que una fotografía suya usando el sombrero en el Cementerio de Dolores se volviera viral por razones que nadie pudo explicar completamente.

Cada paso adelante en su vida venía acompañado por un retroceso correspondiente en la vida de alguien más: un despido inexplicable, una caída accidental, un infarto menor pero mediáticamente visible, un incendio pequeño pero simbólicamente devastador.

Cosas que no la tocaban directamente, pero que empezaban a rodearla como un halo macabro de causalidad invertida. Una zona de turbulencia que se movía con ella, alterando las probabilidades estadísticas de todo lo que se cruzaba en su camino.

Y sin embargo... no se detenía. No podía detenerse.

—No estoy haciendo nada malo directamente —se repetía como un mantra cada noche antes de dormir—. Solo estoy deseando cosas. No es culpa mía si el universo tiene un sentido del humor tan retorcido.

Pero había algo más que empezaba a perturbarla, algo que trascendía las preocupaciones éticas sobre las víctimas colaterales de sus deseos cumplidos: el sombrero estaba cambiando.

No físicamente, al menos no de maneras obvias. Pero algo en su esencia, en su presencia, se había alterado. Olía diferente ahora. No mal, exactamente. No a humedad o polvo acumulado.

A algo vivo. Como si el terciopelo hubiera comenzado a absorber no solo la energía de cada deseo cumplido, sino algo más fundamental: fragmentos de las vidas que había afectado, ecos de las emociones que había generado, residuos de los destinos que había alterado.

Y Valentina comenzó a dormir con la puerta de su habitación cerrada con llave y la luz del pasillo encendida, no por miedo a intrusos externos, sino por una aprensión creciente sobre lo que podría hacer el sombrero cuando ella no estuviera conscientemente controlándolo.

Por si acaso descubría que había desarrollado voluntad propia, agenda propia, y métodos propios para conseguir lo que quisiera.

Métodos que podrían no requerir su participación consciente para ser ejecutados.

Capítulo 4

El sueño del amor perfecto

El amor, ese cliché universal del que Valentina solía burlarse en voz alta con sus amigas mientras secretamente lo anhelaba en la soledad de sus noches de insomnio, se coló en sus pensamientos una tarde de lluvia persistente, cuando Netflix no ofrecía nada remotamente interesante y las redes sociales parecían una galería interminable de vidas ajenas demasiado perfectas para ser auténticas.

Había experimentado con relaciones que cubrían todo el espectro de posibilidades románticas contemporáneas: noviazgos abiertos que prometían libertad pero entregaban ansiedad constante, relaciones cerradas que se convertían en prisiones emocionales, conexiones semi profundas con un poeta vegano que escribía sobre el sufrimiento de las plantas, un diseñador gráfico con una madre invasiva que opinaba sobre todo desde la elección de ropa hasta las decisiones profesionales de su hijo.

También había intentado salir con un fanático de los hongos psicodélicos que creía que todas las respuestas del universo se encontraban en sustancias que alteraban la percepción, y un veterinario que desarrolló una alergia inexplicable a los gatos después de años de tratarlos profesionalmente.

Todos prometían mucho durante las primeras semanas y dejaban poco después de que la novedad se desvaneciera. O peor: traumas emocionales con hashtags que persistían en su memoria mucho después de que las relaciones hubieran terminado oficialmente.

Aquella noche, entre bostezo y bostezo, con el sombrero descansando sobre su cabeza más por costumbre adquirida que por fe genuina en sus poderes, Valentina formuló un deseo que tendría consecuencias más complejas y perturbadoras que todos los anteriores combinados.

Lo dijo en voz baja, con una seriedad que contrastaba con el tono casual que había caracterizado sus peticiones previas. Era casi una plegaria dirigida a fuerzas que apenas comenzaba a comprender:

—Quiero conocer al hombre perfecto. Alguien que me entienda completamente, que me admire sin condiciones, que me haga sentir que todo esto —dijo, tocando el ala del sombrero con reverencia inconsciente— vale la pena.

Se quedó dormida sin pensar demasiado en las implicaciones de lo que acababa de pedir, sin considerar que "perfección" podría ser una categoría más peligrosa y más específica de lo que su mente consciente había imaginado.

Y al día siguiente, como si hubiera sido convocado directamente desde sus sueños más profundos, lo vio.

Bruno.

Se conocieron en una librería de libros usados en la calle de Donceles, esa zona de la ciudad donde el tiempo parece moverse más lentamente y donde los libros acumulan historias no solo en sus páginas sino en las manos que los han sostenido durante décadas. Ambos habían alcanzado simultáneamente el mismo ejemplar de *Las flores del mal*, creando uno de esos momentos cinematográficos que parecen demasiado perfectos para ser casuales.

Ella soltó una risa nerviosa que sonó genuina incluso a sus propios oídos. Él respondió con una sonrisa que parecía haber sido diseñada específicamente para desarmar sus defensas habituales contra el encanto masculino.

La conversación fluyó como si hubieran estado ensayando ese encuentro durante años. Descubrieron que compartían un amor obsesivo por la poesía

maldita, una fascinación por el cine europeo de los años sesenta, y un gusto por la vestimenta que combinaba elegancia clásica con toques de rebeldía sutil.

Bruno tenía esa clase de atractivo que trascendía lo meramente físico: vestía con una elegancia oscura que parecía sacada de un sueño curado por un algoritmo gótico, hablaba sobre literatura con una erudición que no resultaba pretenciosa, y poseía esa cualidad magnética que hace que algunas personas parezcan estar iluminadas por una luz interior que otros no pueden ver pero sí sentir.

En menos de una semana, ya eran inseparables de maneras que habrían resultado inquietantes si hubieran sido analizadas objetivamente. Cafés que se extendían por horas sin que ninguno de los dos notara el paso del tiempo. Caminatas bajo la lluvia donde cada paso parecía coreografiado por algún director de cine invisible. Confidencias intercambiadas con la intimidad de personas que habían compartido décadas de experiencias comunes.

Bruno era encantador de maneras que parecían demasiado específicas para ser naturales, atento hasta el punto de resultar casi telepático en su capacidad para anticipar sus necesidades, misterioso en dosis perfectamente calibradas para mantener su interés sin generar inseguridad.

Y a veces, en momentos que Valentina apenas registraba conscientemente, era perturbadoramente intuitivo sobre cosas que no debería haber sabido.

—Me gusta tu sombrero —le dijo una tarde, acariciando el borde con un dedo que parecía reconocer la textura del material—. Tiene una energía extraña. Como si hubiera absorbido historias de todas las personas que lo han usado antes.

Valentina sonrió con una casualidad que requirió más esfuerzo del que estaba dispuesta a admitir.

—Es solo un accesorio familiar —respondió, cambiando de tema con una habilidad que había perfeccionado durante semanas de práctica.

Todo en su relación con Bruno era tan perfecto que empezó a generarle una ansiedad de fondo que no sabía cómo procesar. Ningún silencio incómodo interrumpía sus conversaciones. Ningún error de ortografía aparecía en sus mensajes de texto. Ningún exnovio problemático emergía de su pasado para complicar la narrativa romántica.

Era como si hubiera sido diseñado en un laboratorio especializado en crear compañeros ideales para mujeres con especificaciones muy particulares.

Y entonces ocurrió lo que Valentina no había considerado en su formulación original del deseo: recibió información que conectaba a Bruno con una tragedia que la llevaría a cuestionar no solo la naturaleza de su relación, sino la ética fundamental de sus experimentos con el sombrero.

Su amiga Ariadna —con quien había compartido años de confesiones íntimas y secretos de medianoche— murió repentinamente. Un infarto fulminante a los veinticuatro años. Una de esas tragedias médicas que los doctores

explican con términos técnicos pero que en realidad son eventos estadísticamente imposibles en personas jóvenes y saludables.

"Corazón roto", fue la explicación oficial. "Síndrome del corazón roto", una condición médica real pero extraordinariamente rara en pacientes de esa edad.

Durante el funeral, mientras Valentina lloraba por la pérdida de una de las pocas personas que realmente la conocía y la aceptaba sin condiciones, recordó algo que la heló hasta los huesos: semanas antes de su muerte, Ariadna le había confesado su enamoramiento por un chico que había conocido en una librería de libros usados.

Un chico que leía poesía francesa, vestía de negro con elegancia casual, y tenía una sonrisa que parecía diseñada específicamente para enamorar mujeres que creían ser inmunes al encanto tradicional.

Un chico llamado Bruno.

Valentina se quedó paralizada en medio del cementerio, rodeada de dolientes que lloraban por Ariadna, mientras una comprensión terrible se abría paso en su mente como ácido corroyendo metal.

El hombre perfecto había llegado a su vida directamente desde la vida de otra persona. No había sido creado ex nihilo por las fuerzas sobrenaturales que controlaban el sombrero. Había sido robado, transferido, arrebatado de alguien que lo había amado primero y que había pagado con su vida el precio de esa transferencia.

Esa noche, cuando Bruno la abrazó mientras ella fingía que su tristeza se debía exclusivamente al duelo por su amiga muerta, Valentina sintió por primera vez el peso real de lo que había estado haciendo.

No había estado pidiendo deseos inocentes que se cumplieran a través de coincidencias afortunadas. Había estado redistribuyendo la felicidad, la suerte, la vida misma, tomándola de otras personas y concentrándola en sí misma.

Cada uno de sus deseos cumplidos había requerido una víctima, un sacrificio involuntario, alguien que pagara el precio de su felicidad sin saber siquiera que estaba participando en un intercambio cósmico.

Y Bruno, perfecto como era, hermoso como parecía, enamorado como se mostraba, llevaba en su ser la esencia de un amor que había pertenecido a otra mujer. Un amor que había matado a su propietaria original para poder ser transferido a la nueva beneficiaria.

A Bruno no pareció afectarle la noticia de la muerte de Ariadna cuando Valentina se la mencionó con una casualidad estudiada.

—No la conocí bien —dijo, sin pestañear, como si fuera genuinamente imposible que hubiera tenido algún tipo de relación significativa con la difunta.

Pero Valentina había visto suficientes películas de Hitchcock como para reconocer la diferencia entre inocencia auténtica y actuación perfecta.

Y esa noche, mientras Bruno dormía a su lado con la respiración regular de quien no tiene nada de qué preocuparse, Valentina se preguntó por primera vez si el sombrero no solo cumplía deseos, sino que alteraba la realidad de maneras tan fundamentales que incluso los recuerdos de los involucrados eran modificados para ajustarse a las nuevas circunstancias.

Si Bruno realmente no recordaba haber amado a Ariadna, o si había sido programado para olvidarla en el momento exacto en que fue transferido al nuevo propósito de amar a Valentina. Y si era así, qué otras memorias, qué otros aspectos de la realidad, habían sido alterados sin su conocimiento para acomodar los deseos que había estado formulando con tanta ligereza durante las últimas semanas.

El sombrero, descansando sobre su tocador bajo la luz de la luna que se filtraba por la ventana, parecía observarla con una satisfacción silenciosa, como si estuviera complacido con la complejidad creciente de su experimento.

Como si hubiera estado esperando precisamente este momento de comprensión para revelar el verdadero alcance de su poder.

Y la verdadera naturaleza del precio que cobraba por cada favor concedido.

Capítulo 5

El giro en carne propia

Las desgracias ajenas, que al principio habían sido apenas sombras en la periferia de la conciencia de Valentina, empezaron a dolerle de maneras que no había anticipado. No como heridas físicas, sino como zumbidos constantes en los rincones más sensibles de su alma: persistentes, molestos, imposibles de ignorar completamente sin importar cuánto esfuerzo pusiera en racionalizar su papel en los eventos que se desarrollaban a su alrededor.

Al principio eran punzadas breves de culpa que podía manejar con vino tinto y series de Netflix. Luego se convirtieron en noches enteras de insomnio donde contaba mentalmente las víctimas colaterales de sus deseos como quien cuenta ovejas, pero al revés: cada nombre la mantenía más despierta en lugar de relajarla.

Y después de la muerte de Ariadna, las dudas habían tomado forma humana, habían crecido voz propia, rostro reconocible, y la capacidad de reprocharle decisiones que había tomado sin considerar completamente sus implicaciones.

A Bruno no pareció afectarle la pérdida de alguien que, según todas las evidencias circunstanciales, había sido importante en su vida hasta el momento exacto en que el sombrero decidió transferirlo a una nueva propietaria. Su indiferencia era tan perfecta que resultaba más inquietante que el dolor habría sido.

—No la conocí bien —repetía cada vez que el tema surgía en la conversación, con la consistencia mecánica de una respuesta que había sido programada en lugar de recordada.

Valentina lo miraba cuando decía esas palabras, buscando algún rastro de conflicto interno, alguna fisura en la fachada de amnesia selectiva. Pero Bruno permanecía impenetrable, como si su historia personal hubiera sido editada con la precisión de un cirujano especializado en extraer recuerdos específicos sin dañar el tejido circundante.

Intentó alejarse de él usando las tácticas que había perfeccionado durante años de relaciones disfuncionales: argumentos sobre necesidad de espacio personal, excusas académicas creíbles, incluso fingió síntomas de estrés emocional derivados del duelo por su amiga muerta.

Pero él aparecía. Siempre. Con la persistencia de alguien que había sido programado para no aceptar rechazos, con la dedicación de quien tiene una misión que trasciende las preferencias personales de su objetivo.

En la facultad, esperándola después de clases que él no debería haber sabido cuándo terminaban. En la cafetería, ocupando la mesa exacta donde ella solía sentarse a estudiar. Afuera de su casa, con flores que parecían haber sido seleccionadas por alguien que conocía sus gustos mejor de lo que ella misma los conocía.

—No puedes desear a alguien y luego arrepentirte —le dijo una tarde, con un tono tan suave que fue más inquietante que cualquier amenaza directa habría sido.

Valentina se quedó paralizada. ¿Había dicho "desear"? ¿En qué contexto normal una persona usaría esa palabra para describir el comienzo de una relación romántica?

El sombrero se mantenía sobre su tocador como un gato adormilado que observa sin ser observado. Ya no se atrevía a ponérselo para salir, pero tampoco podía liberarse completamente de su presencia. Cada intento de alejarlo resultaba inútil: lo guardaba en cajas que aparecían abiertas al día siguiente, lo envolvía en sábanas que amanecían dobladas meticulosamente a su lado, lo escondía en el fondo del clóset donde aparecía en lugares más visibles como si hubiera caminado solo durante la noche.

Como si el objeto hubiera desarrollado voluntad propia y agenda específica que no incluía ser ignorado o abandonado.

Entonces llegó el momento que cambiaría para siempre la dinámica de su relación con el poder que había estado manipulando sin entender completamente sus reglas: recibió un mensaje inesperado de alguien que creía haber dejado definitivamente en el pasado.

Un mensaje de texto de Andrés, su exnovio: "Necesito verte. Es urgente. Por favor."

Hacía más de un año que no tenían contacto directo, después de una ruptura que había sido espectacularmente dolorosa y públicamente humillante. Él había confesado una infidelidad que había durado meses, con detalles que Valentina aún no había logrado purgar completamente de su memoria. Ella había respondido con una dignidad que le había costado años de terapia y una transformación personal que la había llevado, eventualmente, hasta el sombrero.

No quería verlo. No quería escucharlo. No quería saber nada sobre su vida, sus problemas, sus arrepentimientos tardíos o sus intentos de reconciliación. Había construido una nueva versión de sí misma sobre los escombros de esa relación, y no tenía interés en excavar ruinas que había enterrado con tanto esfuerzo.

Pero el mensaje se repetía. Llamadas que no contestaba. Notas de voz con una desesperación creciente que sugería que algo más serio que nostalgia romántica estaba motivando su insistencia. Como si intuyera que se acercaba algo definitivo y necesitara resolver asuntos pendientes antes de que fuera demasiado tarde.

Y entonces, en un momento de frustración que combinaba el estrés de la situación con Bruno, la culpa por Ariadna, y la rabia acumulada por meses de experimentación irresponsable con fuerzas que no controlaba, Valentina volvió a mirar el sombrero.

Lo alzó con manos que temblaban de emociones contradictorias. Se lo colocó con un movimiento que se sentía más ritual que cosmético. Y formuló un deseo que tendría consecuencias más devastadoras que todos los anteriores:

—Que desaparezca de mi vida... para siempre.

No especificó si se refería a Andrés o a Bruno o a la situación completa que la tenía atrapada entre una culpa creciente y una adicción que ya no podía controlar. Simplemente dejó que el sombrero interpretara sus intenciones con la libertad creativa que había demostrado en todas las ocasiones anteriores.

Se quitó el sombrero inmediatamente después, lo arrojó sobre la cama con más fuerza de la necesaria, y se dejó caer en la silla respirando como si hubiera corrido varios kilómetros.

Como si hubiera empujado a alguien hacia un precipicio y esperara no escuchar el sonido del impacto.

Pero el sonido llegó, más rápido y más definitivo de lo que había esperado.

Horas después, su madre entró en la habitación con el rostro descompuesto y el teléfono en la mano. Valentina conocía esa expresión; la había visto en películas, en noticias, en los rostros de personas que tienen que comunicar información que cambiará todo para siempre.

Supo la naturaleza de la noticia antes de escucharla, pero no pudo prepararse para el impacto emocional de oír las palabras específicas que confirmarían su peor temor.

Andrés había muerto.

Lo habían asaltado saliendo de un bar en una zona que frecuentaba regularmente sin problemas. Lo habían apuñalado múltiples veces. No había testigos dispuestos a cooperar con la investigación. Ningún sospechoso claro. Solo un charco de sangre en la banqueta y una cartera vacía que sugería robo como motivo, aunque sus tarjetas de crédito y documentos habían sido dejados intactos.

Murió en la ambulancia, sin alcanzar a decir una sola palabra que pudiera explicar qué había estado haciendo en esa área de la ciudad o por qué había salido solo tan tarde en la noche.

El mundo de Valentina se fragmentó de una manera que ninguna de sus experiencias previas con el sombrero la había preparado para enfrentar.

No gritó. No lloró histéricamente. No se desmayó como hacen los personajes en las telenovelas.

Solo se sentó frente al espejo con el sombrero sobre las piernas, como una reina destronada contemplando los restos de un reino que había destruido con sus propias decisiones.

Durante dos días no comió nada sólido. En su cabeza, una letanía absurda se repetía sin parar: "No lo maté. No lo maté. Solo deseé que desapareciera. Solo deseé..."

Pero algo más acompañó la noticia de la muerte de Andrés, algo que transformó el horror en terror puro y la culpa en pánico existencial. Una enfermera del hospital, amiga de una tía lejana, contó algo que se filtró hasta llegar a los oídos de Valentina a través de esa red de chismes que conecta a todas las familias mexicanas.

Cuando sacaron el cuerpo de Andrés de la ambulancia, tenía en la mano derecha una nota arrugada que no había estado allí cuando los paramédicos lo recogieron de la escena del crimen.

No estaba escrita por él. No estaba firmada por nadie. Solo contenía una línea que hizo que Valentina sintiera como si el universo entero hubiera decidido revelarle su verdadera naturaleza:

"No se juega con lo que no se comprende."

Esa noche, Valentina se despertó con un sobresalto que la catapultó desde un sueño profundo hasta una vigilia alerta en menos de un segundo. El sombrero no estaba sobre la mesa donde lo había dejado antes de acostarse. Ni en la silla. Ni en el clóset.

Lo encontró puesto sobre su propia cabeza, colocado con la precisión de alguien que había tenido acceso a ella mientras dormía y había realizado el procedimiento con cuidado profesional.

Saltó de la cama y corrió hacia el espejo, donde su reflejo le mostró algo que la hizo cuestionar no solo su cordura, sino la naturaleza fundamental de la realidad que creía entender.

Su rostro parecía diferente. No en formas obvias que pudiera describir a otra persona, sino en detalles sutiles que alteraban completamente la impresión general: los ángulos eran más pronunciados, los ojos más oscuros, había algo en su expresión que no le pertenecía completamente.

Como si una sombra se hubiera filtrado en su alma durante la noche y hubiera comenzado a ocupar espacio, reorganizando su personalidad desde adentro hacia afuera.

Y entonces comprendió lo que nadie le había dicho explícitamente, lo que su abuela había callado y su madre había preferido olvidar, lo que las historias familiares habían omitido deliberadamente:

El sombrero no solo cumplía deseos a cambio de víctimas externas.

Se alimentaba de ellos. Crecía con cada uso. Desarrollaba apetitos más complejos y exigentes.

Y ahora, después de haber probado sangre real, literal, definitiva, había decidido que Valentina también formaba parte del menú.

No como usuaria, sino como anfitriona.

El parásito había encontrado el huésped perfecto, y estaba comenzando el proceso de asimilación que la convertiría en algo que ya no sería completamente humano cuando el procedimiento terminara.

Capítulo 6

Herencia maldita

El espejo se había convertido en su enemigo más íntimo y más necesario. Valentina evitaba mirarse directamente durante períodos prolongados porque había desarrollado un terror genuino a encontrarse con ojos que ya no reconocía como completamente suyos, con expresiones que sugerían que algo más estaba compartiendo el espacio detrás de su rostro.

Había dejado de usar el sombrero para salir, pero la decisión había llegado demasiado tarde para detener un proceso que había adquirido momentum propio. El objeto seguía apareciendo en lugares donde no debería estar: en la silla junto a su cama cuando despertaba por las madrugadas, en la mesa del comedor durante el desayuno, en el perchero del baño como si hubiera caminado hasta allí durante la noche siguiendo algún itinerario que solo él conocía.

Y aunque trataba de ignorar su presencia, su cuerpo lo deseaba con una intensidad que reconocía como síntoma de adicción física. Como se desea una droga que promete alivio temporal a cambio de dependencia permanente, como se anhela una herida que duele pero que se ha vuelto familiar, como se busca una venganza que consume al vengador tanto como a la víctima.

Valentina sabía que tenía que hacer algo definitivo antes de que la transformación que había comenzado en su interior alcanzara un punto de no retorno. Así que decidió regresar al lugar donde todo había comenzado: el desván familiar.

Subió las escaleras con una determinación que no había sentido en semanas, cargando una linterna que proyectaba sombras danzantes pero que esta vez le parecían menos amenazantes que familiares. El desván olía igual que la primera vez: a tiempo detenido, a secretos almacenados, a historias que habían sido deliberadamente archivadas fuera del alcance de la vida cotidiana.

La luz se filtraba entre las rendijas del techo como cuchillas doradas, creando un ambiente que parecía más sagrado que siniestro. El polvo flotaba en el aire con esa lentitud hipnótica que caracteriza a los espacios donde el tiempo se mueve según reglas diferentes.

Allí, en el mismo baúl donde había encontrado el sombrero, comenzó a buscar lo que antes había ignorado por completo: documentos personales, cartas amarillentas, fotografías que podrían contener las respuestas que necesitaba para entender no solo la naturaleza del objeto que había heredado, sino la historia familiar que había sido cuidadosamente omitida de las conversaciones navideñas.

Encontró un cuaderno pequeño de tapas de cuero agrietado por el tiempo y la humedad. En la primera página, escrito con tinta que había adquirido un color pardo sepia, se leía: "Carmen Vázquez - 1954".

Su abuela. La propietaria original del sombrero cuyas experiencias habían sido reducidas a anécdotas vagas sobre lotería y tiendas incendiadas.

Valentina se sentó en el suelo polvoriento y comenzó a leer con la avidez de quien busca un manual de instrucciones para un artefacto que ha estado usando sin conocer su verdadero propósito.

"Lo recibí como regalo de cumpleaños. De parte de Rosaura, la mujer del bazar de antigüedades. Dijo que había pertenecido a una dama de la corte de Castilla, allá por el siglo XVII. Que traía suerte a quien supiera usarlo correctamente. Que me vería 'favorecida' por fuerzas que no necesitaba entender completamente. Me reí. Yo no creía en esas cosas... hasta que sucedió lo del trabajo de tu abuelo."

"No fueron solo coincidencias como intenté convencerme durante los primeros meses. Cada deseo cumplido venía acompañado de un precio que se cobraba de maneras que no podía predecir ni controlar. Primero pequeños pagos: una cortada inexplicable, una fiebre que duraba exactamente un día, un sueño roto que no parecía importante. Pero después... los cobros se volvieron más severos. La ceguera temporal de mi prima Leticia, el incendio de la sastrería de los Herrera, la desaparición del hijo menor del lechero."

"Y yo... seguía deseando. No podía evitarlo. Es como tener el poder de un dios concentrado en la punta de los labios. La culpa viene después, sí, cuando ves las consecuencias. Pero el deseo... el deseo es siempre primero, más fuerte, más urgente que cualquier consideración ética."

Valentina sintió un escalofrío de reconocimiento que le atravesó la médula espinal como una descarga eléctrica fría.

"Intenté deshacerme del sombrero en tres ocasiones diferentes. Lo quemé en el patio trasero: apareció intacto en mi tocador a la mañana siguiente. Lo enterré en el cementerio, bajo la tumba de mi madre: regresó limpio y planchado a la semana exacta. Lo tiré por el barranco más profundo que encontré: lo hallé esperándome en mi almohada, como si alguien lo hubiera llevado de vuelta y lo hubiera colocado allí mientras yo dormía."

"Hay una cosa que no te conté nunca, hija, porque esperaba que nunca fuera relevante: no es el sombrero el que elige a la mujer que lo usará. Es la mujer

la que lleva algo dentro... algo que el sombrero despierta y amplifica hasta convertirlo en poder real."

"Y si estás leyendo esto, Valentina, es porque tú también lo llevas."

Valentina cerró el cuaderno con manos que temblaban como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El aire del desván se había vuelto más espeso, más difícil de respirar, como si la revelación hubiera alterado la densidad atmosférica del espacio.

Bajó las escaleras sintiéndose como si caminara sobre vidrios rotos, cada paso una punzada de comprensión que no quería aceptar pero que ya no podía negar.

Su madre estaba en la cocina, preparando café con movimientos automáticos que se detuvieron en seco cuando vio la expresión en el rostro de su hija.

Valentina le mostró el cuaderno, le leyó los pasajes más relevantes, le preguntó por qué nunca le había contado la historia completa de lo que realmente había ocurrido con el sombrero de la abuela.

La mujer la miró durante un largo tiempo antes de sentarse pesadamente en una silla que parecía demasiado pequeña para sostener el peso de los secretos que había estado cargando durante décadas.

—Lo olvidé deliberadamente. O quise olvidarlo —admitió con una voz que había perdido toda pretensión de autoridad maternal—. Tu abuela me lo contó una vez, cuando yo tenía tu edad. Me pareció una locura de mujer vieja... hasta que encontré el sombrero en mi tocador una mañana, después de que ella murió.

—¿Y qué hiciste?

—Lo guardé inmediatamente. Lo oculté donde pensé que nadie lo encontraría jamás. Me convencí de que eran fantasías, supersticiones de una época más primitiva.

—¿Nunca lo usaste?

Su madre vaciló, y en esa vacilación Valentina vio décadas de culpa cuidadosamente reprimida.

—Solo una vez. Una sola vez, cuando me sentía desesperada.

—¿Qué deseaste?

—Que tu padre no me dejara. Estábamos pasando por una crisis terrible, él había conocido a otra mujer, hablaba de divorciarse. Yo estaba embarazada de ti y aterrorizada de quedarme sola.

—¿Y qué pasó?

—No me dejó. Pero murió tres meses después. En esa carretera, en el accidente que nunca pudimos explicar completamente. ¿Te acuerdas de esas historias?

Valentina sintió que el mundo giraba con una velocidad que desafiaba las leyes de la física. Todo empezaba a encajar como un rompecabezas siniestro donde cada pieza revelaba una parte de un patrón que se extendía mucho más atrás en su historia familiar de lo que había imaginado.

El sombrero no era simplemente una reliquia maldita. Era una herencia genética, un catalizador que activaba capacidades que ya existían en ciertas líneas familiares, un amplificador para poderes que se transmitían de generación en generación como un virus benéfico que podía volverse letal bajo las circunstancias apropiadas.

Esa noche, Valentina volvió a su habitación y encontró el sombrero en el centro exacto de la cama, colocado sobre la almohada como una corona esperando a su portadora legítima.

Pero no lo tocó. No esta vez.

Encendió su computadora y comenzó a buscar información con la desesperación de quien sabe que el tiempo se agota. Archivos de bibliotecas digitales, foros especializados en ocultismo histórico, blogs académicos sobre antropología de la brujería europea.

Le tomó horas, pero finalmente encontró una referencia que hizo que su sangre se convirtiera en nitrógeno líquido: una mención fugaz en un manuscrito escaneado del siglo XVII, atribuido a un inquisidor que había sido expulsado de Toledo por métodos poco ortodoxos.

"Sombrero del deseo perpetuo, confiscado de los bienes de la Marquesa de Santillana tras su ejecución por brujería. Confeccionado por manos que habían pactado con fuerzas que trascienden la comprensión cristiana. Quien lo use verá cumplidos sus anhelos más profundos. Pero cada deseo conllevará una pérdida equivalente en valor humano. Y el alma del portador será el pago final."

Valentina se quedó inmóvil frente a la pantalla, con los ojos clavados en palabras que habían sido escritas cuatrocientos años antes pero que describían con precisión absoluta lo que había estado experimentando durante las últimas semanas.

Entonces comprendió que el sombrero no era mágico en el sentido tradicional de la palabra.

Era hambriento. Era un parásito inter dimensional que se alimentaba de la energía vital humana, que había encontrado en ciertas líneas genéticas los huéspedes perfectos para su supervivencia a través de los siglos.

Y ahora, después de haber probado sangre fresca a través de la muerte de Andrés, había decidido que era hora de la siguiente fase de su ciclo de vida: la completa asimilación de su huésped actual.

Valentina ya no era la usuaria del sombrero. Se había convertido en su hogar permanente, en el cuerpo que le permitiría continuar existiendo y alimentándose durante las próximas décadas.

Y el proceso de transformación, una vez iniciado, no podía detenerse por métodos convencionales.

Solo podía ser transferido a la siguiente generación.

Lo cual significaba que algún día, cuando tuviera una hija, el ciclo se repetiría con la precisión matemática de una ecuación biológica que había estado resolviéndose durante siglos.

Capítulo 7

Intentos de liberación

Valentina se convirtió en dos personas distintas que habitaban el mismo cuerpo con una tensión creciente que amenazaba con fracturar su cordura definitivamente.

Una que asistía a clases con puntualidad mecánica, fingía escuchar explicaciones sobre teorías políticas que ya no le importaban, respondía mensajes de texto con la eficiencia emocional de los chatbots, comía lo mínimo necesario para mantener las funciones corporales básicas.

Y otra, encerrada en los rincones más oscuros de su mente, obsesionada con el sombrero que había comenzado a controlar no solo sus acciones sino también sus pensamientos más íntimos. El objeto estaba siempre presente, silencioso pero vigilante, como un huésped que había decidido quedarse permanentemente sin pedir permiso.

Intentó deshacerse de él por primera vez una madrugada cuando la desesperación había vencido finalmente al miedo de las consecuencias. Lo envolvió en una camiseta vieja que olía a detergente y normalidad, lo metió en una bolsa negra de basura, y caminó hasta el contenedor del callejón que quedaba junto a una panadería que siempre olía a esperanza matutina.

Lo lanzó como quien se desprende de una bomba sin seguro, sintiendo una mezcla de alivio y terror anticipatorio. Regresó a casa casi corriendo, con el corazón latiendo tan fuerte que temía que los vecinos pudieran escucharlo a través de las paredes.

Despertó sintiendo que había recuperado el control de su vida.

Hasta que entró al baño y lo encontró sobre el lavabo, perfectamente colocado como si nunca se hubiera movido de allí. Mojado por la humedad de la ducha, pero indudablemente presente. Como un animal que hubiera regresado a casa después de una aventura nocturna.

La segunda vez fue más drástica, alimentada por una rabia que había estado acumulándose durante semanas de impotencia. Lo metió en una caja de zapatos reforzada, la llenó de piedras para darle peso, la selló con cinta adhesiva y alambre, y la arrojó al río que atravesaba la ciudad en su punto más profundo, donde el agua negra parecía no tener fondo y se tragaba todo lo que caía sin hacer preguntas.

Vio cómo se hundía con una mezcla de angustia y alivio que la hizo sentir como si estuviera asistiendo a un funeral necesario pero doloroso.

—Ahí te vas a pudrir para siempre —murmuró hacia las aguas oscuras, con una voz que sonaba más esperanzada que convencida.

A la mañana siguiente, el sombrero estaba en el respaldo de su silla favorita, completamente seco, sin una sola mancha de agua o sedimento, como si el río lo hubiera escupido intacto después de rechazarlo como una ofrenda inadecuada.

La tercera vez, decidió usar el fuego como método de destrucción definitiva.

Lo roció con alcohol etílico, lo colocó en una cubeta metálica en el patio trasero, y le prendió fuego con la ceremoniosidad de quien ejecuta un exorcismo. Las llamas lo devoraron rápidamente, produciendo un olor a pelo quemado y a terciopelo carbonizado que le revolvió el estómago hasta el punto de las náuseas.

Observó hasta que no quedó más que un puñado de cenizas grises que el viento dispersó hacia el jardín vecino.

—Por fin —susurró, con una sensación de victoria que duró exactamente hasta la hora de dormir.

Esa noche soñó que se despertaba y que el sombrero la observaba desde el espejo de su habitación. No puesto en su cabeza ni reflejando su imagen: de pie por sí solo, con dos ojos diminutos que habían aparecido en la banda carmesí. Parpadeando con una lentitud reptiliana.

Despertó empapada en sudor que olía a miedo y desesperación. Caminó hacia la cocina con piernas que apenas la sostenían, necesitando agua fría que calmara la fiebre que había aparecido de la nada.

Al abrir la puerta del refrigerador, ahí estaba el sombrero. Frío como el hielo, inmóvil, imposiblemente seco después de haber sido reducido a cenizas horas antes.

Gritó con una intensidad que despertó a los vecinos y trajo a su madre corriendo en camión. Valentina se abrazó a ella como una niña aterrorizada, temblando con violencia incontrolable, señalando hacia el refrigerador donde el objeto esperaba con la paciencia de quien sabe que ya ha ganado definitivamente.

Le mostró el sombrero a su madre, le rogó que lo quemaran juntas, que buscaran ayuda profesional, que contactaran a un sacerdote, a un curandero, a cualquier persona que supiera cómo lidiar con objetos que se negaban a ser destruidos por métodos convencionales.

Pero su madre solo la miró con una expresión que mezclaba compasión y resignación, como quien observa a alguien que lucha contra un diagnóstico terminal que no puede cambiarse.

—No se va porque ya es parte de ti —dijo con una simplicidad que cortó más profundo que cualquier explicación elaborada habría logrado.

Esa frase la persiguió durante días enteros, repitiéndose en su mente como un mantra involuntario que se había vuelto parte de sus procesos de pensamiento básicos.

Decidió entonces un cuarto intento que involucraría fuerzas espirituales más poderosas que su voluntad individual: llevó el sombrero al interior de la iglesia más antigua del centro histórico, lo dejó entre los bancos vacíos durante una misa de madrugada, como si lo ofreciera en sacrificio a entidades que podrían tener más autoridad sobre objetos malditos que los métodos mundanos que había probado anteriormente.

Se arrodilló, rezó con una devoción que no había sentido desde la infancia, suplicó perdón por haber usado poderes que no debería haber tocado jamás. Al salir, no se volteó a verificar si alguien había recogido el sombrero. Caminó sin mirar atrás, con una fe desesperada en que los lugares sagrados tendrían la capacidad de neutralizar objetos que pertenecían claramente al lado opuesto del espectro espiritual.

Pero al llegar a su habitación, su gato —un mestizo callejero llamado Poe que había adoptado el año anterior— la esperaba sobre la cama, maullando con una satisfacción que parecía dirigida específicamente hacia ella.

Y sobre su cabeza felina, equilibrado con una precisión que desafiaba las leyes de la física, estaba el sombrero. Poe ronroneaba como si estuviera particularmente complacido con el nuevo accesorio.

Valentina colapsó emocionalmente.

Lloró por primera vez en semanas, no con lágrimas delicadas sino con sollozos que venían desde algún lugar más profundo que los pulmones. Una rabia infantil mezclada con impotencia absoluta, con terror existencial, con la comprensión terrible de que estaba atrapada en una situación que trascendía su capacidad de control.

Se sintió como una prisionera en una cárcel sin barrotes visibles, participante involuntaria en un contrato que no recordaba haber firmado, jugadora en un juego cuyas reglas cambiaban constantemente para garantizar su derrota.

Esa noche, Bruno le envió un mensaje que no había solicitado y que no había visto venir: "Soñé contigo. El sombrero también estaba en el sueño. Dice que te extraña cuando no lo usas."

Lo bloqueó inmediatamente, pero el mensaje no desapareció de su teléfono. Cada vez que abría la aplicación, ahí estaba, como si se reescribiera automáticamente cada vez que ella intentaba borrarlo.

Finalmente, Valentina comprendió una verdad que la heló hasta el centro de sus huesos: no se trataba de deshacerse del sombrero mediante métodos físicos o espirituales.

Se trataba de deshacerse de la parte de sí misma que lo había atraído en primer lugar. De esa oscuridad latente que su abuela había mencionado en el diario, de esa capacidad para el deseo destructivo que había estado dormida hasta que el objeto la despertó y la amplificó.

Y entonces tomó la decisión más desesperada de todas: si no podía destruir el sombrero, podría al menos documentar todo lo que había aprendido sobre él.

Escribió obsesivamente durante días. En cuadernos, en archivos digitales encriptados, en audios que se envió a sí misma como respaldo. Testimonios detallados. Advertencias específicas. Instrucciones para futuros investigadores.

Como había hecho su abuela en el diario. Como el inquisidor en el manuscrito del siglo XVII. Como todos los que habían intentado escapar del ciclo y solo habían logrado documentar su experiencia antes de ser consumidos completamente.

Y al cerrar su último cuaderno, escribió con tinta que temblaba tanto como su mano:

"Si alguien lee esto... es porque me lo contaron de noche. Y ahora, en la noche más profunda, se lo cuento a quien venga después."

Epílogo

El deseo final

El cuarto de Valentina permaneció cerrado durante meses después de su desaparición. No había sido una desaparición dramática, con policías y búsquedas organizadas. Simplemente había dejado de aparecer en lugares donde era esperada: clases, citas, reuniones familiares.

Su madre encontró una nota sobre la almohada que decía simplemente: "He ido a buscar una manera de romper el ciclo. No me sigan."

El sombrero había desaparecido con ella.

La casa se volvió más silenciosa, como si algo esencial hubiera sido extraído de su atmósfera. Las plantas comenzaron a marchitarse sin razón aparente. Los relojes se atrasaban constantemente. El gato Poe desarrolló la costumbre de maullar hacia espacios vacíos, como si viera cosas que los ojos humanos no podían detectar.

Un año después, llegó un paquete sin remitente a nombre de la madre de Valentina. Dentro había un sombrero negro de ala ancha, con un listón de terciopelo carmesí que parecía húmedo bajo ciertas luces.

Y una nota escrita con la caligrafía de Valentina: "Para la próxima generación. Con amor y advertencias."

La madre lo guardó inmediatamente en el mismo baúl del desván donde había estado durante décadas, jurando que nadie en la familia volvería a tocarlo jamás.

Pero tres años después, cuando su nieta cumplió dieciocho años y subió al desván a buscar vestidos vintage para una fiesta temática de la universidad, encontró un sombrero que parecía haber estado esperándola específicamente.

Y el ciclo, con la precisión de un reloj cósmico que cuenta tiempo en generaciones en lugar de segundos, comenzó una vez más.

Porque hay herencias que no pueden rechazarse, solo transmitirse. Hay objetos que no pueden destruirse, solo trasladarse. Y hay deseos que no pueden contenerse indefinidamente, solo canalizarse hacia nuevos huéspedes que aún no han aprendido el precio real de conseguir todo lo que creen querer.

En algún lugar, en una dimensión que existe en los márgenes de la realidad normal, Valentina sigue buscando una manera de romper definitivamente el ciclo que su familia ha estado perpetuando durante siglos.

Pero hasta que la encuentre, el sombrero continuará apareciendo en desvanes, en tiendas de antigüedades, en bazares donde vendedoras

misteriosas lo ofrecen como regalo a jóvenes que tienen "exactamente la personalidad adecuada" para usarlo.

Y cada nueva portadora creará, durante las primeras semanas de experimentación, que ha encontrado un accesorio mágico que mejorará su vida sin consecuencias.

Hasta que los deseos se vuelven adicción, la adicción se convierte en dependencia, y la dependencia se transforma en algo que ya no es completamente humano.

Porque al final, como Valentina escribió en la última página de su último cuaderno:

"No es el sombrero el que nos elige. Somos nosotras las que llevamos dentro exactamente lo que él necesita para sobrevivir. Y una vez que lo alimentamos con nuestros deseos más oscuros, ya no podemos fingir que somos las víctimas inocentes de esta historia."

"Somos las cómplices. Y esa complicidad es hereditaria."

El sombrero espera, pacientemente, en el desván de una nueva familia, a que la siguiente joven lo encuentre y decida que su vida sería perfecta si solo pudiera conseguir todo lo que desea.

Sin preguntarse nunca cuál será el precio.

Ni quién lo pagará en su lugar.

Porque me lo contaron de noche... cuando los objetos malditos susurran sus promesas más dulces, y las herencias familiares revelan su verdadera naturaleza.

Y ahora, en la noche más profunda, te lo cuento a ti.

Por si algún día encuentras un sombrero que parece haber estado esperándote toda tu vida.

Y te promete cumplir todos tus deseos.

No lo uses.

O úsalo.

Pero recuerda que esta advertencia existía antes de que decidieras ignorarla.

—Fin